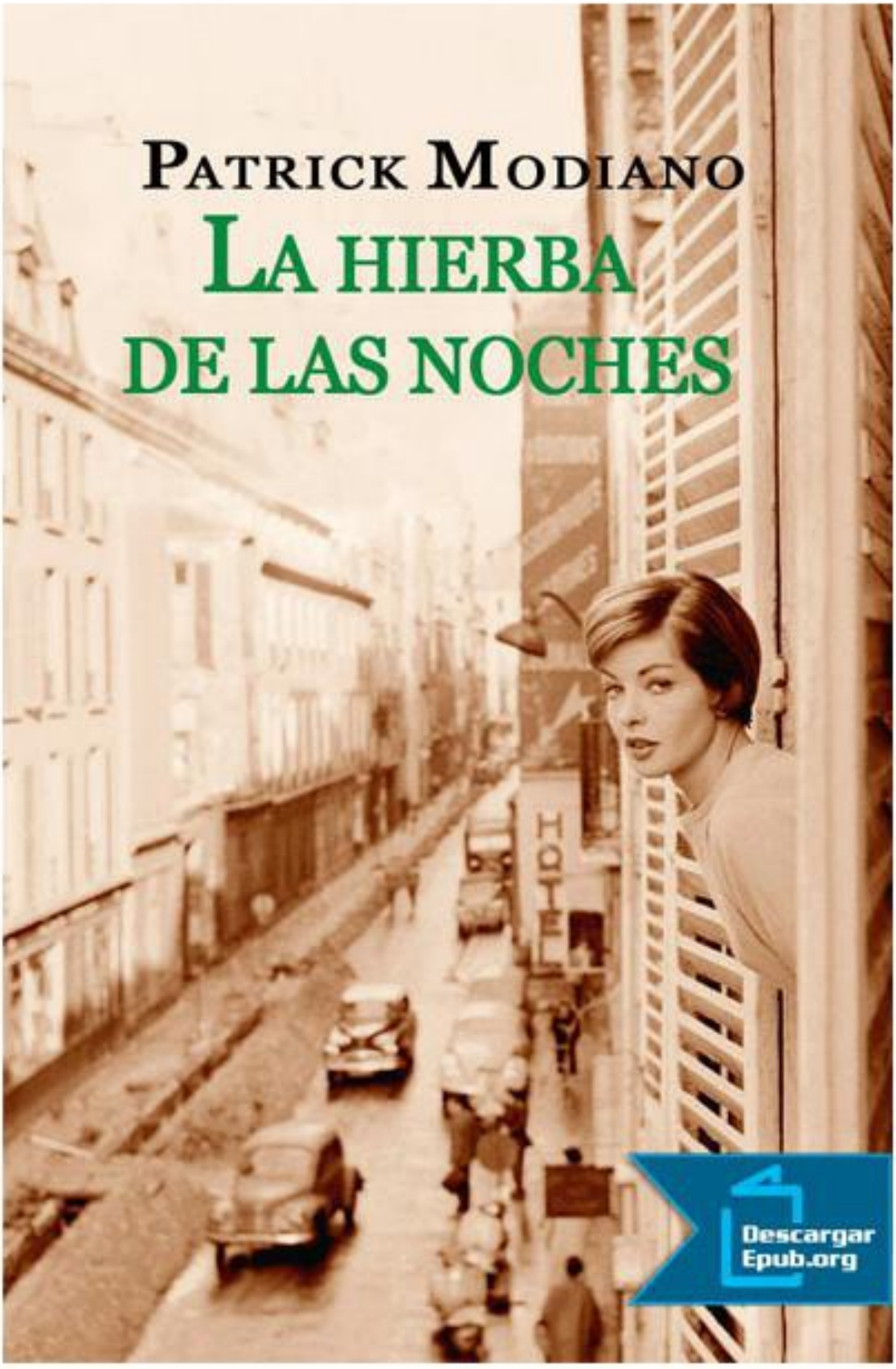


Descargar Epub.org

Decarga miles de libros electrónicos en formato Epub

DescargarEpub.org

Nuevos libros todos los días.

En *La hierba de las noches*, Modiano nos invita, como en otras de sus novelas, a un intenso viaje por un París espectral. La ciudad se configura como una geografía interior, hecha de capas de tiempo que se confunden y entremezclan en esa evocación y búsqueda del tiempo perdido que hace Jean, el protagonista de la novela, escritor y tal vez álter ego del propio Modiano. Jean reconstruye en su escritura los fragmentos de su juventud, en los años sesenta, capturados en una libreta negra; abre una brecha en el tiempo y describe su deriva por la ciudad recordada, sigue el rastro de los ausentes e intenta resolver el misterio de un pasado lleno de interrogantes. Y traza una ruta, que oscila entre el hoy y el ayer, siguiendo la pista de una turbia historia de tintes policiales en la que aparece un leitmotiv del universo modianesco, la exploración del pútrido territorio de la Ocupación pero también el recuerdo de Dannie, un viejo amor.

Y como en las mejores novelas negras, en el corazón de la trama hay un enigma. Dannie no es quien parece ser, su identidad se desdobla y multiplica como el laberinto de espacios que transitan los amantes. Jean la acompañará en algunas de sus desconcertantes misiones. Porque ella, junto con los huéspedes del Unic Hôtel, es una de los protagonistas, los personajes «verdaderos» de una trama compleja que el lector irá descubriendo a medida que avanza la novela. Y es entonces cuando la ficción de Modiano revela también su poder para documentar una época, y por sus páginas vemos aparecer a los fantasmas de la turbulenta historia de la Francia poscolonial, con el asunto Ben Barka como oscuro corazón de las tinieblas. *La hierba de las noches* es una novela magistral, un hipnótico relato sobre los laberintos de la memoria y los pasadizos secretos de la Historia que mantiene al lector en vilo hasta la última página.

Para Orson

Pues no lo soñé. A veces me sorprendo diciendo esta frase por la calle, como si oyese la voz de otro. Una voz sin matices. Nombres que me vuelven a la cabeza, algunos rostros, algunos detalles. Y nadie ya con quien hablar de ellos. Sí que deben de quedar dos o tres testigos que están todavía vivos. Pero seguramente se les habrá olvidado todo. Y, además, uno acaba por preguntarse si hubo de verdad testigos.

No, no lo soñé. La prueba es que tengo una libreta negra repleta de notas. En esta niebla, necesito palabras exactas y miro el diccionario. Nota: escrito breve que se hace para recordar algo. Las páginas de la libreta son una sucesión de nombres, de números de teléfono, de fechas de citas y también de textos cortos que a lo mejor tienen algo que ver con la literatura. Pero ¿en qué categoría hay que clasificarlos? ¿Diario íntimo? ¿Fragmentos de memoria? Y también cientos de anuncios por palabras copiados de los periódicos. Perros perdidos. Pisos amueblados. Demandas y ofertas de empleo. Videntes.

De entre todas esas notas, algunas tienen un eco mayor que otras. Sobre todo cuando nada altera el silencio. Hace mucho que no suena el teléfono. Ni nadie llamará a la puerta. Deben de creer que me he muerto. Está uno solo, atento, como si quisiera captar señales en morse que un interlocutor desconocido le envía desde muy lejos. Muchas señales llegan con interferencias y por mucho que afine uno el oído se pierden para siempre. Pero hay nombres que destacan con nitidez en el silencio y en la página blanca…

Dannie, Paul Chastagnier, Aghamouri, Duwelz, Gérard Marciano, «Georges», el Unic Hôtel, calle de Le Montparnasse… Si no recuerdo mal, en ese barrio andaba yo siempre con la guardia alta. El otro día, pasé por casualidad. Noté una sensación muy rara. No la sensación de que hubiera

pasado el tiempo, sino de que otro yo, un gemelo, rondaba por las inmediaciones; que no había envejecido y seguía viviendo en los mínimos detalles, y hasta el final de los tiempos, lo que viví aquí durante una temporada muy breve.

¿De qué dependía el malestar que notaba tiempo atrás? ¿Era por esas calles a la sombra de una estación y de un cementerio? De repente, me parecían anodinas. Había cambiado el color de las fachadas. Mucho más claras. Nada de particular. Una zona neutral. ¿Era realmente posible que un doble que hubiera dejado yo aquí siguiera repitiendo todos y cada uno de mis antiguos gestos y recorriendo mis antiguos itinerarios por toda la eternidad? No, aquí no quedaba ya nada de nosotros. El tiempo había arramblado con todo. El barrio era nuevo y lo habían saneado, como si lo hubieran vuelto a construir en el emplazamiento de un islote insalubre. Y aunque la mayoría de los edificios eran los mismos, le daban a uno la impresión de hallarse ante un perro disecado, un perro que hubiera sido de uno y al que hubiera querido cuando estaba vivo.

Ese domingo por la tarde, durante el paseo, intenté recordar qué ponía en la libreta negra, que lamentaba no llevar en el bolsillo. Horas a las que había quedado con Dannie. El número de teléfono del Unic Hôtel. Los nombres de las personas con quienes me encontraba allí. Chastagnier, Duwelz, Gérard Marciano. El número de teléfono de Aghamouri en el pabellón de Marruecos de la Ciudad Universitaria. Breves descripciones de diversas zonas de ese barrio que tenía el proyecto de titular «Los adentros de Montparnasse», pero, treinta años después, descubrí que ese título lo había usado ya un tal Oser Warszawski.

Un domingo de octubre a media tarde me llevaron, pues, mis pasos a esa zona por la que otro día de la semana habría evitado pasar. No, no se trataba de una peregrinación de verdad. Pero los domingos, sobre todo a media tarde y si uno está solo, abren en el tiempo algo así como una brecha. Basta con colarse por ella. Un perro disecado al que uno quiso cuando estaba vivo. Cuando estaba pasando delante del edificio grande, blanco y beige sucio, el número 11 de la calle de Odessa —iba por la acera de enfrente, la de la derecha—, noté algo así como si saltase un muelle, esa clase de vértigo que le

entra a uno precisamente cada vez que se abre una brecha en el tiempo. Me quedé quieto con la vista clavada en las paredes del edificio que rodeaban el patinillo. Allí era donde Paul Chastagnier aparcaba siempre el coche cuando vivía en una habitación del Unic Hôtel, en la calle de Le Montparnasse. Una noche, le pregunté por qué no dejaba el coche delante del hotel. Puso una sonrisa apurada y me contestó, encogiéndose de hombros: «Por precaución…».

Un Lancia rojo. Podía llamar la atención. Pero, entonces, si quería resultar invisible, ¿a quién se le ocurría escoger esa marca y ese color…? Luego me explicó que un amigo suyo vivía en ese edificio de la calle de Odessa y que le prestaba el coche a menudo. Sí, por eso lo dejaba aparcado allí.

«Por precaución…», decía. Yo no había tardado en caer en la cuenta de que aquel hombre de alrededor de cuarenta años, moreno, siempre muy atildado, con trajes grises y abrigos azul marino, no tenía ninguna profesión concreta. En el Unic Hôtel lo oía hablar por teléfono, pero la pared era demasiado gruesa para que fuera posible seguir la conversación. Sólo me llegaba la voz, seria y a veces cortante. Silencios prolongados. Al tal Chastagnier lo había conocido en el Unic Hôtel al mismo tiempo que a otras cuantas personas con quien había coincidido en ese mismo establecimiento: Gérard Marciano, Duwelz, de cuyo nombre no me acuerdo… Con el tiempo, sus siluetas se han vuelto borrosas y sus voces inaudibles. Paul Chastagnier destaca con mayor precisión por los colores: pelo muy negro, abrigo azul marino, coche rojo. Supongo que pasó una temporada en la cárcel, como Duwelz y como Marciano. Era el de más edad y ya ha debido de morirse. Se levantaba tarde y quedaba con la gente a cierta distancia, hacia el sur, en esas zonas interiores que están alrededor de la antigua estación de mercancías cuyos nombres tradicionales también a mí me resultaban familiares: Falguière, Alleray e, incluso, algo más allá, la calle de Les Favorites… Cafés desiertos a los que me llevó a veces y donde creía seguramente que nadie podría localizarlo. Nunca me atreví a preguntarle si tenía una prohibición de residencia, aunque fue una idea que se me pasó a menudo por la cabeza. Pero, en tal caso, ¿por qué aparcaba el coche rojo delante de esos cafés? ¿No habría sido más prudente para él ir a pie y discretamente? Yo por entonces iba

siempre andando por aquel barrio que estaban empezando a derruir, siguiendo las hileras de solares, de edificios pequeños de ventanas tapiadas y tramos de calles entre montones de escombros, como después de un bombardeo. Y aquel coche rojo allí aparcado, aquel olor a cuero, aquella mancha llamativa que resucita los recuerdos… ¿Los recuerdos? No. Aquel domingo a última hora de la tarde ya me estaba convenciendo de que el tiempo no se mueve y de que si de verdad me colase por la brecha me lo volvería a encontrar todo intacto. Y, más que cualquier otra cosa, ese coche rojo. Decidí ir andando hasta la calle de Vandamme. Había allí un café al que me había llevado Paul Chastagnier y donde la conversación se fue por derroteros más personales. Noté incluso que estaba a punto de hacerme confidencias. Me propuso, con medias palabras, que «trabajase» para él. Le di largas. No insistió. Yo era muy joven, pero muy desconfiado. Más adelante, volví a aquel café con Dannie.

Ese domingo era casi de noche cuando llegué a la avenida de Le Maine y fui siguiendo los edificios grandes y nuevos, por la acera de los pares. Formaban una fachada rectilínea. Ni una luz en las ventanas. No, no lo había soñado. La calle de Vandamme desembocaba en la avenida más o menos a esa altura, pero aquella tarde las fachadas eran lisas y compactas, sin el mínimo paso. No me quedaba más remedio que rendirme a la evidencia: la calle de Vandamme ya no existía.

Me metí por la puerta acristalada de uno de esos edificios, más o menos en el sitio en que entrábamos en la calle de Vandamme. Luz de tubos de neón. Un corredor largo y ancho que flanqueaban tabiques acristalados, tras los que había una sucesión de oficinas. A lo mejor quedaba un tramo de la calle de Vandamme, encerrado en esa mole de edificios nuevos. Al pensarlo, me entró una risa nerviosa. Seguía por el corredor de las puertas acristaladas. No veía el final y la luz de neón me hacía guiñar los ojos. Pensé que aquel corredor transcurría, sencillamente, por el antiguo trazado de la calle de Vandamme. Cerré los ojos. El café estaba al final de la calle, que prolongaba un callejón sin salida que se topaba con la pared de los talleres del ferrocarril. Paul Chastagnier aparcaba el coche rojo en el callejón sin salida, delante de la pared negra. Encima del café había un hotel, el hotel Perceval, porque así se llamaba una calle que también habían borrado del mapa los edificios nuevos.

Lo tenía todo anotado en la libreta negra.

En los últimos tiempos, Dannie no se sentía ya muy a gusto que digamos en el Unic —como decía Chastagnier— y había tomado una habitación en el hotel Perceval. En adelante quería evitar a los demás, sin que yo supiera a quién en concreto: ¿Chastagnier? ¿Duwelz? ¿Gérard Marciano? Cuanto más lo pienso ahora más me parece que empecé a notarla preocupada a partir del día en que me llamó la atención la presencia de un hombre en el vestíbulo y detrás del mostrador de recepción, un hombre de quien me había dicho Chastagnier que era el gerente del Unic Hôtel y cuyo apellido consta en mi libreta: Lakhdar, y tras el que viene otro apellido: Davin, este entre paréntesis.

La conocí en la cafetería de la Ciudad Universitaria, donde iba yo a menudo a buscar refugio. Vivía en una habitación del pabellón de los Estados Unidos y me preguntaba por qué, porque no era ni estudiante ni norteamericana. Después de conocernos no se quedó ya en ese pabellón por mucho tiempo. Alrededor de diez días apenas. No me decido a poner entero el apellido que anoté en la libreta negra después de nuestro primer encuentro: Dannie R., pabellón de los Estados Unidos, bulevar de Jourdan, 15. A lo mejor vuelve a ser el suyo ahora —después de tantos otros apellidos— y no quiero llamar la atención por si todavía está viva en algún sitio. Y, sin embargo, si leyera ese apellido en letras de molde, a lo mejor se acordaba de que lo había llevado en determinada época y me daba señales de vida. Pero no, no me hago demasiadas ilusiones al respecto.

El día en que nos conocimos, escribí «Dany» en la libreta. Y corrigió personalmente, con mi bolígrafo, la ortografía exacta de su nombre: Dannie. Más adelante me enteré de que ese nombre, «Dannie», era el título del poema de un escritor a quien admiraba yo por aquel entonces y a quien veía a veces, en el bulevar de Saint-Germain, saliendo del hotel Taranne. A veces se dan curiosas coincidencias.

La tarde del domingo en que se fue del pabellón de los Estados Unidos, me pidió que fuera a buscarla a la Ciudad Universitaria. Me estaba esperando delante de la entrada del pabellón con dos bolsas de viaje. Me dijo que había

encontrado una habitación en un hotel de Montparnasse. Le propuse que fuéramos a pie. Las dos bolsas no pesaban mucho.

Tiramos por la avenida de Le Maine. Estaba desierta, como la otra tarde, que también era una tarde de domingo, a la misma hora. Era un amigo marroquí de la Ciudad Universitaria quien le había hablado de ese hotel, el amigo que me presentó en la cafetería cuando nos conocimos, un tal Aghamouri.

Nos sentamos en un banco a la altura de la calle que va siguiendo la tapia del cementerio. Anduvo mirando en las dos bolsas para comprobar si se había dejado algo. Luego seguimos andando. Me iba contando que Aghamouri vivía en ese hotel porque uno de los dueños era marroquí. Pero, entonces, ¿por qué había vivido también en la Ciudad Universitaria? Porque era estudiante. Y además tenía otro domicilio en París. ¿Y ella también era estudiante? Aghamouri iba a ayudarla a matricularse en la facultad de Censier. No parecía muy convencida y dijo esta última frase como por decir algo. No obstante, me acuerdo de que una tarde a última hora la acompañé en metro hasta la facultad de Censier; había línea directa de Duroc a Monge. Lloviznaba, pero no nos importó. Aghamouri le había dicho que había que ir por la calle de Monge y por fin llegamos a la meta: algo así como una explanada, o más bien un solar rodeado de casas bajas a medio derruir. El suelo era de tierra y teníamos que andar con ojo, en la penumbra, para no meternos en los charcos. Al fondo del todo, había un edificio moderno que seguramente estaban acabando de construir porque aún tenía andamios… Aghamouri nos estaba esperando en la entrada y la luz del vestíbulo iluminaba su silueta. Tenía una mirada menos intranquila de lo habitual, como si le diera seguridad estar delante de esa facultad de Censier pese al solar y a la lluvia. Todos esos detalles me vuelven a la memoria desordenados, a trompicones; y a menudo se enturbia la luz. Y es algo que contrasta con las notas tan precisas que hay en la libreta. Esas notas me resultan útiles para darles un poco de coherencia a las imágenes que van a saltos hasta tal punto que el celuloide de la película corre el riesgo de romperse. Curiosamente, otras notas referidas a unas investigaciones que hacía yo por las mismas fechas acerca de sucesos que no viví —se remontan al siglo XIX e incluso al XVIII— me parecen más límpidas. Y los nombres que

tienen que ver con esos sucesos lejanos: la baronesa Blanche, Tristan Corbière y Jeanne Duval, entre otros, y también Marie-Anne Leroy, guillotinada el 26 de julio de 1794 a la edad de veintiún años, me suenan de forma más cercana y familiar que los nombres de mis contemporáneos.

Ese domingo a última hora de la tarde, cuando llegamos al Unic Hôtel, Aghamouri estaba esperando a Dannie sentado en el vestíbulo en compañía de Duwelz y de Gérard Marciano. Fue esa tarde cuando conocí a estos últimos. Quisieron que fuéramos a ver el jardín que había detrás del hotel, con dos mesas con sombrillas. «La ventana de tu cuarto da a este lado», dijo Aghamouri, pero aquel detalle no parecía importarle mucho a Dannie. Duwelz. Marciano. Intento concentrarme para darles un simulacro de realidad; busco qué podría resucitarlos, aquí, ante mis ojos, que me permitiera, tras todo este tiempo que ha pasado, notar su presencia. Qué sé yo, un aroma… Duwelz tenía siempre mucho empeño en ir atildado: bigote rubio, corbata, traje gris, y olía a un agua de *toilette* cuyo nombre recordé muchos años después, porque me encontré en la habitación de un hotel un frasco olvidado: *Pino silvestre*. Por unos segundos, el aroma a *Pino Silvestre* me trajo a la memoria una silueta que va, de espaldas, calle de Le Montparnasse abajo, un rubio de andares premiosos: Duwelz. Luego nada, como en esos sueños de los que no queda, al despertar, sino un reflejo impreciso que se va borrando según transcurre el día. Gérard Marciano, en cambio, era moreno, de piel blanca y bastante bajo; siempre te clavaba la mirada, pero no te veía. Tuve más trato con Aghamouri, con quien quedé varias veces a última hora de la tarde en un café de la plaza de Monge cuando salía de clase en Censier. Siempre me quedaba con la impresión de que quería hacerme alguna confidencia importante, porque, si no, no me habría hecho ir allí para verme a solas y lejos de los demás. Era un café tranquilo cuando caía la tarde, en invierno, y estábamos solos y amparados al fondo del local. Un caniche negro apoyaba la barbilla en la banqueta y nos observaba guiñando los ojos. Cuando recuerdo algunos momentos de mi vida se me vienen versos a la memoria y a menudo intento recordar de quién eran. El café de la plaza de Monge al atardecer lo relaciono con el siguiente verso: «Las uñas afiladas de un caniche golpeando las baldosas de la noche»…

Íbamos a pie hasta Montparnasse. Durante esos trayectos, Aghamouri me

había desvelado algunos detalles, muy pocos, referidos a él. Acababan de echarlo, en la Ciudad Universitaria, de su habitación en el pabellón de Marruecos, pero nunca supe si había sido por motivos políticos o por otros. Vivía en un piso pequeño que le habían prestado en el distrito XVI, cerca de la Casa de la Radio. Pero le gustaba más la habitación que tenía en el Unic Hôtel, que había conseguido gracias al gerente, «un amigo marroquí». ¿Por qué no dejaba entonces el piso del distrito XVI? «Es que ahí vive mi mujer. Sí, estoy casado». Y me di cuenta de que no me diría nada más. Nunca contestaba a las preguntas, por cierto. Las confidencias que me hizo —aunque ¿pueden realmente llamarse confidencias?— me las hizo de camino, de la plaza de Monge a Montparnasse, entre prolongados silencios, como si andar lo animase a hablar.

Había algo que me intrigaba. ¿Era de verdad estudiante? Cuando le pregunté qué edad tenía, me contestó: treinta años. Luego pareció arrepentido de habérmelo dicho. ¿Podía uno seguir siendo estudiante a los treinta años? No me atrevía a hacerle esa pregunta por temor a molestarlo. ¿Y Dannie? ¿Por qué quería ser estudiante también? ¿Así de sencillo era matricularse de la noche a la mañana en esa facultad de Censier? Cuando los miraba a los dos en el Unic Hôtel, la verdad era que no tenían pinta de estudiantes; y allá lejos, por la zona de Monge, el edificio de la facultad, a medio construir al fondo de un solar, me parecía de pronto que pertenecía a otra ciudad, a otro país, a otra vida. ¿Era por Paul Chastagnier, Duwelz y Marciano y por los demás a quienes veía de refilón en la oficina de recepción del Unic Hôtel? Pero nunca me encontraba a gusto en el barrio de Montparnasse. No, la verdad es que esas calles no eran muy alegres que digamos. Según las recuerdo, llueve a menudo, mientras que otros barrios de París los veo siempre en verano cuando pienso en ellos. Me parece que Montparnasse se apagó a partir del final de la guerra. Más abajo, en el bulevar, La Coupole y Le Select tenían aún cierto resplandor, pero el barrio se había quedado sin alma. Ya no había en él ni talento ni corazón.

Un domingo por la tarde estaba solo con Dannie, en la parte de abajo de la calle de Odessa. Empezó a llover y nos metimos en el vestíbulo del cine Montparnasse. Nos sentamos al fondo. Estaban en el descanso y no sabíamos

qué película ponían. Ese cine inmenso y destartalado me hizo sentirme tan incómodo como las calles del barrio. Había en el aire un olor a ozono, como cuando se pasa junto a una reja del metro. Entre el público, unos cuantos soldados de permiso. Al caer la tarde tomarían los trenes de Bretaña, en dirección a Brest o a Lorient. Y en rincones apartados se ocultaban parejas accidentales que no le harían ni caso a la película. Durante la sesión se oirían sus quejas, sus suspiros y, bajo sus cuerpos, el chirriar cada vez más fuerte de las butacas… Le pregunté a Dannie si tenía intención de quedarse mucho más en el barrio. No. No mucho. Habría preferido vivir en una habitación amplia en el distrito XVI. Era un sitio tranquilo y anónimo. Y nadie podría ya localizarlo a uno. «¿Por qué? ¿Tienes que esconderte?». «No, qué va. ¿Y a ti te gusta este barrio?».

En apariencia, había querido zafarse y no responder a una pregunta embarazosa. Y yo ¿qué podía responderle? Qué más daba que este barrio me gustase o no. Ahora me parece que estaba viviendo otra vida dentro de mi vida cotidiana. O, para ser exactos, que esa otra vida iba unida a la vida diaria, bastante gris, y le daba una fosforescencia y un misterio de los que en realidad carecía. Así es como los lugares que nos resultan familiares y que volvemos a ver en sueños muchos años después adquieren un aspecto raro, como aquella calle de Odessa, tan mustia, y aquel cine Montparnasse que olía a metro.

Ese domingo acompañé a Dannie al Unic Hôtel. Había quedado con Aghamouri. «¿Conoces a su mujer?», le pregunté. Pareció sorprenderla que yo estuviera enterado de su existencia. «No», me dijo. «Y él no la ve casi nunca. Están más o menos separados». No tengo mérito alguno si reproduzco esta frase exactamente, porque consta en la parte de abajo de una de las hojas de la libreta, debajo del nombre «Aghamouri». En la misma página hay más notas que no tienen nada que ver con ese barrio triste de Montparnasse, ni con Dannie, Paul Chastagnier o Aghamouri, sino que se refieren al poeta Tristan Corbière y también a Jeanne Duval, la amante de Baudelaire. Había dado con sus direcciones, ya que pone: Corbière, calle de Frochot, 10; Jeanne Duval, calle de Sauffroy, 17, hacia 1878. Más adelante, hay páginas enteras dedicadas a ellos, lo que tendería a demostrar que para mí tenían mayor importancia que la mayoría de los vivos con los que tuve que ver por entonces.

Esa noche, dejé a Dannie a la puerta del hotel. Vi de lejos a Aghamouri, que la estaba esperando a pie firme en medio del vestíbulo. Llevaba un abrigo beige. Eso también lo apunté en la libreta, «Aghamouri, abrigo beige». Seguramente para contar, andando el tiempo, con un punto de referencia, con la mayor cantidad posible de detalles nimios referidos a esa etapa de mi vida, breve y turbia. «¿Conoces a su mujer?» «No. Y él no la ve casi nunca. Están más o menos separados». Frases que sorprendemos cuando nos cruzamos con dos personas que van charlando por la calle. Y nunca sabremos a qué se referían. Un tren pasa por una estación a demasiada velocidad para que se pueda leer el nombre de la estación en el cartel. Entonces, con la frente pegada al cristal de la ventanilla, nos fijamos en unos cuantos detalles: que se cruza un río, que hay un pueblo con campanario, que una vaca negra está meditabunda debajo de un árbol, apartada del rebaño. Albergamos la esperanza de que en la estación siguiente leeremos un nombre y sabremos por fin en qué comarca estamos. Nunca he vuelto a ver a ninguna de las personas cuyos nombres constan en las páginas de esta libreta negra. Su presencia fue fugitiva e incluso corría el riesgo de olvidar los nombres. Simples encuentros que no sabemos si son fruto del azar. Existe una etapa de la vida para esa situación, una encrucijada en donde todavía estamos a tiempo de dudar entre varios caminos. El tiempo de los encuentros, como ponía en la tapa de un libro que encontré en los puestos de los libreros de lance de los muelles. Precisamente ese mismo domingo por la tarde en que dejé a Dannie con Aghamouri, iba andando, no sé por qué, por el muelle de Saint-Michel. Fui bulevar arriba, tan lúgubre como Montparnasse, quizá porque no había el barullo de los días de entresemana y las fachadas estaban apagadas. En la parte de más arriba, donde desemboca la calle de Monsieur-le-Prince, pasadas las escaleras y la barandilla de hierro, una cristalera grande e iluminada, la parte trasera de un café cuya terraza daba a las verjas del jardín de Le Luxembourg. Estaba a oscuras todo el local, menos esa vidriera tras la que solían demorarse hasta muy entrada la noche unos cuantos clientes ante una barra semicircular. Esa noche había entre ellos dos personas a las que reconocí al pasar: Aghamouri, por el abrigo beige, de pie, y a su lado Dannie, sentada en uno de los taburetes.

Me acerqué. Podría haber abierto la puerta acristalada y acercarme a

ellos. Pero me contuvo el temor de ser un intruso. ¿Acaso no estuve siempre, por entonces, aparte, en la posición de espectador, y diría incluso de ese a quien llamaba «el espectador nocturno», aquel escritor del siglo XVIII que me gustaba mucho y cuyo nombre aparece en varias ocasiones, junto con algunas notas, en las páginas de la libreta negra? Paul Chastagnier, cuando estábamos los dos por la zona de Falguière o de Les Favorites, me dijo un día: «Es curioso… usted escucha a la gente con mucha atención… pero está en otra parte…». Detrás de la luna del café, bajo la luz de neón excesivamente fuerte, Dannie no tenía ya el pelo castaño, sino rubio; y el cutis, aún más pálido que de costumbre, lechoso y con pecas. Era la única persona sentada en un taburete. Detrás de ella y de Aghamouri había un grupo de tres o cuatro clientes, con copas en la mano. Aghamouri se inclinaba hacia ella y le hablaba al oído. La besaba en el cuello. Dannie se reía y bebía un sorbo de un licor que reconocí por el color y que pedía siempre que íbamos a un café: Cointreau.

Me preguntaba si le diría al día siguiente: Ayer por la noche te vi con Aghamouri en el café Luxembourg. Aún no sabía qué relación tenían exactamente. En cualquier caso, en el Unic Hôtel no estaban en la misma habitación. Yo había intentado entender qué unía a aquel grupito. Aparentemente, Gérard Marciano era amigo de Aghamouri hacía mucho y este se lo había presentado a Dannie cuando vivían los dos en la Ciudad Universitaria. Paul Chastagnier y Marciano se llamaban de tú, pese a la diferencia de edad, y otro tanto sucedía con Duwelz. Pero ni Chastagnier ni Duwelz conocían a Dannie antes de que se fuera a vivir al Unic Hôtel. Y, para terminar, Aghamouri tenía una relación bastante estrecha con el gerente del hotel, ese que se llamaba Lakhdar, que iba cada dos días a la oficina que estaba detrás del mostrador de recepción. Lo acompañaba a menudo un tal «Davin». Esos dos parecían conocer desde hacía muchísimo a Paul Chastagnier, a Marciano y a Duwelz. Todo eso lo había apuntado yo en la libreta negra, una tarde en que estaba esperando a Dannie, hasta cierto punto como si estuviera haciendo un crucigrama o algún boceto, para entretenerme.

Más adelante, me preguntaron cosas de ellos. Recibí una citación de un tal Langlais. Estuve esperando mucho rato en un despacho de un edificio del muelle de Gesvres, a las diez de la mañana. Por la ventana, veía el mercado de las flores y la fachada negra del Hôtel-Dieu. Una mañana otoñal y soleada en los muelles. Entró en el despacho Langlais, un hombre de pelo castaño y estatura media, que me pareció un tanto seco pese a los ojos saltones y azules. Ni siquiera me dio los buenos días y se puso a hacerme preguntas con cierta severidad. Creo que se le suavizó el tono cuando vio qué tranquilo estaba yo y se dio cuenta de que, en realidad, no estaba implicado en el asunto. Yo me decía a mí mismo que a lo mejor, en ese despacho, estaba en el lugar exacto en que se ahorcó Gérard de Nerval. Quien bajara a los sótanos de ese edificio se encontraría, al fondo de uno de ellos, un tramo de la calle de La Vieille-Lanterne. No pude contestar con muchos detalles a las preguntas del tal Langlais. Me citaba los nombres de Paul Chastagnier, de Gérard Marciano, de Duwelz y de Aghamouri y quería que le indicase qué relación tenía con ellos. Entonces fue cuando me di cuenta de que no, de que desde luego nunca habían desempeñado un papel importante en mi vida. Unos comparsas. Me acordaba de Nerval y de la calle de La Vieille-Lanterne, en la que habían construido el edificio donde estábamos. ¿Lo sabía Langlais? Estuve a punto de preguntárselo. Durante el interrogatorio mencionó en varias ocasiones a una tal Mireille Sampierry que, «por lo visto, había andado» por el Unic Hôtel, pero yo no la conocía. «¿Está seguro de no haber coincidido nunca con ella?». Ese nombre no me sonaba de nada. Debió de darse cuenta de que no le estaba mintiendo y no insistió. Apunté «Mireille Sampierry» en la libreta esa noche y, en la parte de abajo de la misma página, escribí: «Muelle de Gesvres, 14. Langlais. Nerval. Calle de La Vieille-Lanterne». Me extrañaba que Langlais no hubiera aludido en absoluto a Dannie. Era como si no hubiera dejado rastro en sus ficheros. Como suele decirse, había escurrido el bulto y se había esfumado. Mejor para ella. La noche en que la pesqué con Aghamouri en la barra del café Luxembourg, al final ya no conseguía verle la cara por la luz de neón, excesivamente blanca y fuerte. No era ya sino una mancha luminosa, sin

relieve, como en una foto sobreexpuesta. Un espacio en blanco. A lo mejor se había escabullido de las investigaciones del tal Langlais por el mismo sistema. Pero estaba equivocado. En el segundo interrogatorio al que me sometió a la semana siguiente, descubrí que sabía muchas cosas de ella.

Una noche, cuando vivía aún en la Ciudad Universitaria, la acompañé hasta la estación de Le Luxembourg. No quería volver sola tan lejos, al pabellón de los Estados Unidos, y me pidió que fuera en el metro con ella. Cuando estábamos bajando las escaleras del andén, pasó el último tren. Podíamos ir a pie, pero la perspectiva de ir por la interminable calle de La Santé, siguiendo las fachadas de la cárcel y, luego, del hospital Saint-Anne, me oprimió el corazón. Dannie me llevó hasta el cruce de la calle de Monsieur-le-Prince, y acabamos delante de la misma barra semicircular y en los mismos sitios en que estaban la otra noche ella y Aghamouri. Ella sentada en el taburete y yo de pie. Estábamos muy juntos porque se apiñaban en la barra muchos clientes. La luz era tan fuerte que yo tenía que guiñar los ojos y no podíamos hablar porque había mucho barullo alrededor. Luego todos se fueron yendo; ya no quedaba más que un cliente, desplomado sobre la barra, y no había forma de saber si estaba borracho o dormido sin más. La luz seguía igual de blanca y de fuerte, pero me daba la impresión de que ahora abarcaba un campo más reducido y había un único foco, clavado en nosotros. Cuando salimos al aire libre, todo estaba sumido, por contraste, en una oscuridad de toque de queda y sentí el mismo alivio que una mariposa que escapase de la atracción y la quemadura de la lámpara.

Debían de ser las dos o las tres de la madrugada. Me dijo que a menudo perdía el último metro en la estación de Le Luxembourg y que por eso tenía localizado ese café, al que llamaba «el 66», el único del barrio que no cerraba de noche. Poco después del interrogatorio del tal Langlais, iba yo andando, muy tarde, hacia la parte alta del bulevar de Saint-Michel y vi de lejos un furgón de la policía aparcado en la acera; tapaba la luna, demasiado iluminada, del «66». Estaban metiendo dentro a los clientes. Sí, esa era, efectivamente, la impresión que había tenido delante de esa barra, con Dannie. Unas mariposas deslumbradas y enviscadas en la luz, antes de una redada. Me parece incluso que le dije la palabra «redada» al oído y que sonrió.

Había por entonces, en París, de noche, puntos así, demasiado luminosos, que hacían las veces de trampa y que yo intentaba eludir. Cuando iba a dar a uno de ellos, rodeado de clientes raros, no bajaba la guardia e intentaba, incluso, tener localizadas las salidas de emergencia. «Te crees que estás en Pigalle», me dijo ella. Y me sorprendió oír en sus labios la palabra «Pigalle» dicha con cierta familiaridad. Ya en la calle, fuimos siguiendo las verjas del jardín de Le Luxembourg. Repetí la palabra «Pigalle» y me eché a reír. Ella también. Todo callaba a nuestro alrededor. A través de las rejas nos llegaba el rumor de los árboles. La estación de Le Luxembourg estaba cerrada y habría que esperar hasta las seis para coger el primer metro. A lo lejos, habían apagado las luces del «66». Podíamos ir a pie y yo estaba dispuesto a enfrentarme con ella a la calle de La Santé, larga y siniestra.

De camino, íbamos buscando un atajo y nos extraviamos por las callecitas que hay alrededor de Le Val-de-Grâce. El silencio era aún más hondo y oíamos el ruido de nuestros pasos. Me pregunté si no estaríamos lejos de París, en una ciudad de provincias: Angers, Vendôme, Saumur, nombres de ciudades que yo no conocía y cuyas calles tranquilas se parecían a la calle de Le Val-de-Grâce, al cabo de la que una verja grande resguardaba un jardín.

Dannie me había cogido del brazo. A distancia, una luz mucho menos fuerte que la del «66» en la planta baja de un edificio.

Un hotel. La puerta acristalada estaba abierta y la luz salía del pasillo, en medio del cual dormía un perro con la mandíbula apoyada en las baldosas. Al fondo del todo, detrás del mostrador de recepción, el vigilante nocturno, un hombre calvo, hojeaba una revista. Allí, en la acera, no me sentía ya con fuerzas para seguir adelante, pegado a la pared de la cárcel y del hospital, y continuar por esa calle de La Santé cuyo final, de noche, no se veía.

No sé ya quién de los dos tiró del otro. En el pasillo, pasamos por encima del perro sin despertarlo. La habitación 5 estaba libre. Me acuerdo de ese número, 5, aunque a mí se me olvidan siempre los números de las habitaciones de hotel, el color de las paredes, los muebles y las cortinas, como si fuera preferible que mi vida de entonces se fuese borrando sobre la marcha. Sin embargo las paredes de la habitación 5 se me han quedado grabadas en la memoria y las cortinas también: papel pintado con motivos decorativos azul

pálido y esa clase de cortinas negras que según supe más adelante eran de tiempos de la guerra y no dejaban que saliera ninguna luz fuera para atenerse a las consignas de eso que se llamaba «la Defensa Pasiva».

Aún más entrada la noche, me di cuenta de que Dannie quería contarme algo, pero no se decidía. ¿Por qué la Ciudad Universitaria y el pabellón de los Estados Unidos siendo así que no era ni estudiante ni norteamericana? Pero, bien pensado, los encuentros auténticos son los de dos personas que no saben nada una de otra, ni siquiera de noche en una habitación de hotel. «Hace un rato estaban un poco raros los clientes del "66"», le dije. «Menos mal que no hubo una redada». Sí, esas personas que teníamos alrededor, que hablaban demasiado alto bajo esa luz blanca, ¿por qué habían ido a parar a aquella hora tardía al Barrio Latino, tan de provincias? «Te haces demasiadas preguntas», me dijo Dannie en voz baja. Un reloj daba los cuartos. El perro ladró. Volvía a darme la impresión de que estaba muy lejos de París. Incluso me pareció oír, inmediatamente antes de que empezase a amanecer, un ruido de zuecos que se alejaba. ¿Saumur? Muchos años después, una tarde en que andaba por las inmediaciones de Le Val-de-Grâce, intenté localizar ese hotel. No había apuntado ni el nombre ni la dirección en la libreta negra, de la misma forma que evitamos escribir los detalles demasiado íntimos de nuestra vida, por temor a que, cuando ya hayan quedado recogidos en el papel, dejen de pertenecernos.

En su despacho del muelle de Gesvres, el tal Langlais me preguntó: «¿Vivía en una habitación del Unic Hôtel?». Ponía voz distraída, como si ya supiera la respuesta y esperase de mí una simple confirmación: «No». «¿Iba usted mucho por "el 66"?». Esta vez me miraba de frente. A mí me extrañó que dijera «el 66». Hasta ese momento, creía que la única en llamar así a ese sitio era Dannie. Yo también les había puesto a veces a algunos cafés otros nombres diferentes del suyo, nombres de un París más antiguo, y había dicho: «Quedamos en Tortoni», o «A las nueve en Le Rocher de Cancale».

—¿«El 66»? —Hice como si le estuviera dando vueltas al nombre. Volvía a oír a Dannie decirme con su voz sorda: «Te crees que estás en Pigalle»—. ¿«El 66» en Pigalle? —le dije al tal Langlais con expresión fingidamente pensativa.

—No, no… Es un café del Barrio Latino.

A lo mejor no era oportuno pasarme de listo.

—Ah, sí… He debido de ir un par de veces…

—¿Por las noches?

Titubeé antes de contestarle. Habría sido más prudente decirle: de día, cuando todo el local estaba abierto y la mayoría de los clientes se sentaban en la terraza, por la zona de las verjas de Le Luxembourg. De día era un café que no se diferenciaba de los demás. Pero ¿por qué mentir?

—Sí. De noche.

Me acordaba del local sumido en la oscuridad a nuestro alrededor y de aquella zona estrecha iluminada, al fondo del todo, como un refugio clandestino, ya pasada la hora de cerrar. Y ese nombre, «el 66», uno de esos nombres que circulan en voz baja, entre los iniciados.

—¿Iba usted solo?

—Sí. Solo.

Iba mirando una hoja, encima del escritorio, donde me parecía ver una lista de nombres. Tenía la esperanza de que no estuviera el de Dannie.

—¿Y no conocía a ninguno de los parroquianos del «66»?

—A nadie.

Él seguía con la vista clavada en la hoja de papel. Me habría gustado que me dijera los nombres de los «parroquianos del "66"» y que me explicase quién era toda esa gente. A lo mejor Dannie había conocido a algunos. O Aghamouri. Ni Gérard Marciano, ni Duwelz, ni Paul Chastagnier parecían habituales del «66». Pero no tenía seguridad de nada.

—Debe de ser un café de estudiantes como todos los demás del Barrio Latino —dije.

—De día sí. Pero por las noches no.

Hablaba ahora con un tono seco, casi amenazador.

—Sabe —le dije, esforzándome por ser todo lo manso y conciliador que pudiera—, nunca he sido un «parroquiano nocturno del "66"».

Me miró con los ojos azules y saltones y no había nada amenazador en su mirada, una mirada cansada y tirando a benévola.

—Fuere como fuere, no está usted en la lista.

Veinte años después, en el expediente que me llegó a las manos gracias al tal Langlais —no se había olvidado de mí; hay centinelas así que están apostados en todas las encrucijadas de la vida de uno— estaba la lista de los «parroquianos del "66"» y, el primero, uno llamado «Willy des Gobelins». Ya la copiaré cuando tenga tiempo. Y copiaré también unas cuantas páginas de ese expediente que completan las notas de mi libreta negra vieja y coinciden con ellas. Pasé ayer, sin ir más lejos, por delante del «66» para ver si esa parte del café seguía existiendo. Empujé la puerta acristalada, la misma por la que entramos Dannie y yo y tras la que me quedé mirándola, sentada en la barra con Aghamouri bajo aquella luz demasiado fuerte y demasiado blanca. Me senté en la barra. Eran las cinco de la tarde y los clientes estaban en la otra parte del café, la que da a las verjas de Le Luxembourg. El camarero pareció un poco extrañado cuando le pedí un Cointreau, pero lo hice en recuerdo de

Dannie. Y para beberlo a la salud de aquel «Willy des Gobelins», el primero de la lista y del que no sabía nada.

—¿Siguen abriendo hasta muy tarde? —le pregunté al camarero.

Frunció el entrecejo. No parecía entender la pregunta. Un muchacho que rondaba los veinticinco años.

—Cerramos todas las noches a las nueve, caballero.

—Este café se llama «el 66», ¿no?

Dije esas palabras con voz de ultratumba. El camarero me miró con ojos preocupados.

—¿Por qué «el 66»? Se llama «Le Luxembourg», caballero.

Me acordé de la lista de los «parroquianos del "66"». Sí, la copiaré cuando tenga un rato. Pero ayer por la tarde me volvían a la memoria algunos de los nombres de esa lista: Willy des Gobelins, Simone Langelé, Orfanoudakis, el doctor Lucaszek, conocido por «doctor Jean», Jacqueline Giloupe y una tal Mireille Sampierry que había nombrado Langlais la primera vez.

Detrás de mí, en el local y en la terraza, turistas y estudiantes. En la mesa más próxima, un grupo, cuya conversación escuchaba yo distraídamente, lo formaban una serie de alumnos de la Escuela de Minas. Estaban celebrando algo, seguramente el comienzo de las vacaciones de verano. Se hacían fotos con los iPhone en la luz sin brillo y neutra del presente. Una tarde cualquiera. Y, sin embargo, era allí, en ese mismo sitio, en plena noche, donde los tubos de neón me obligaban a guiñar los ojos y apenas si conseguíamos oírnos Dannie y yo por el barullo y esas palabras perdidas para siempre que cruzaban entre sí Willy des Gobelins y todas aquellas sombras que nos rodeaban.

Si he de fiarme de mis recuerdos, «el 66» no se diferenciaba esencialmente del Unic Hôtel ni de los demás sitios de París que conocía por entonces. Por todas partes se cernía una amenaza en el aire que le daba un color particular a la vida. Y lo mismo ocurría cuando no estaba en París. Un día, Dannie me pidió que fuera con ella a una casa de campo. Tengo escrito en una de las páginas de la libreta negra: «Casa de campo. Con Dannie». Nada más. En la

página anterior leo: «Dannie, avenida de Victor-Hugo, edificio con dos salidas. Me cita delante de la otra salida del edificio, en la calle de Léonard-de-Vinci, a las siete».

La esperé allí varias veces, siempre a la misma hora y delante del mismo portal. Por entonces, había relacionado a aquella persona a quien Dannie «visitaba a menudo» —una palabra pasada de moda que me extrañó oírle— y la casa de campo. Sí, si no me falla la memoria me dijo que la «casa de campo» era de «la persona» de la avenida de Victor-Hugo.

«Casa de campo con Dannie». No escribí el nombre del pueblo. Hojeando la libreta negra, tengo dos sentimientos contradictorios. Como en esas páginas no hay detalles concretos, me digo que por entonces no me extrañaba nada. ¿La despreocupación de la juventud? Pero vuelvo a leer algunas frases, algunos nombres, algunas indicaciones y me da la impresión de que estaba enviando llamadas en morse para más adelante. Sí, era como si quisiera dejar por escrito indicios que me permitieran, en un futuro remoto, aclarar lo que había vivido mientras estaba sucediendo sin acabar de entenderlo. Llamadas en morse pulsadas al azar, presa de la mayor confusión. Y habría que esperar años y años antes de poder descifrarlas.

En la página de la libreta en que pone en tinta negra «Casa de campo con Dannie» hay una lista de pueblos que escribí con bolígrafo azul hace alrededor de diez años, cuando se me metió en la cabeza localizar aquella «casa de campo». ¿Caía por las inmediaciones de París o más allá, por la zona de Sologne? Se me ha olvidado por qué escogí esos pueblos y no otros. Creo que la forma en que sonaban los nombres me recordaba uno en que nos paramos para echar gasolina. Saint-Léger-des-Aubées, Vaucourtois, Dormelles-sur-l'Orvanne, Ormoy-la-Rivière, Lorrez-le-Bocage, Chevry-en-Sereine, Boisemont, Achères-la-Forêt, La Selle-en-Hermoy, Saint-Vincent-des-Bois.

Había comprado un mapa Michelin que aún conservo y que pone esta indicación: 150 km alrededor de París. Norte-Sur. Luego, un mapa de Estado Mayor de Sologne. Me pasé unas cuantas tardes mirándolos, intentando recordar el recorrido que hacíamos en un coche que nos había prestado Paul Chastagnier, no el Lancia rojo, sino un coche más discreto, de color gris.

Salíamos de París por la puerta de Saint-Cloud, el túnel y la autopista. ¿Por qué ese camino hacia el oeste si la casa de campo estaba al sur por la zona de Sologne?

Algo después, en la parte de abajo de una página de la libreta donde tomé muchas notas sobre el poeta Tristan Corbière, descubrí que ponía en letra diminuta: FEUILLEUSE y, detrás, un número de teléfono. El nombre de ese pueblo podría haber seguido siempre invisible entre las notas de letra prieta referidas a Corbière. Feuilleuse, 437.41.10. Es verdad, una vez fui a reunirme con Dannie a la casa de campo y me dio el número de teléfono. Cogí un auto de línea en la puerta de Saint-Cloud. El auto se paró en una ciudad pequeña. Desde un café, llamé a Dannie. Vino a buscarme en coche, también en esta ocasión el coche gris que nos había prestado Paul Chastagnier. La «casa de campo» estaba a unos veinte kilómetros. Miré a ver dónde estaba Feuilleuse: no en Sologne, sino en Eure-et-Loir.

437.41.10. Sonaba el timbre, pero nadie cogía el teléfono, y me sorprendió que, después de tantos años, todavía existiera el número. Una noche en que marqué otra vez el 437.41.10 oí un chisporroteo y voces ahogadas. A lo mejor era una de esas líneas que llevan mucho abandonadas. Esos números sólo los sabían unos cuantos iniciados que los usaban para comunicarse de forma clandestina. Acabé por distinguir una voz de mujer que repetía siempre la misma frase, cuyas palabras no conseguía entender, una llamada monótona, como en un disco rayado. ¿La voz del servicio de información horaria? ¿O la voz de Dannie que me llamaba desde un tiempo diferente y desde esa casa de campo perdida?

Consulté una guía de teléfonos antigua de Eure-et-Loir que encontré en el mercadillo de viejo de Saint-Ouen, en un depósito, entre varios cientos. Sólo había diez abonados en Feuilleuse, y allí estaba el número, efectivamente, una cifra secreta que le abría a uno «*Las puertas del pasado*», que era el nombre de una novela policíaca que escogí en la biblioteca de la casa de campo y que Dannie y yo leímos. Feuilleuse (E.-et-L.). Cantón de Senonches. Señora Dorme. La Barberie. 437.41.10. ¿Quién era esa señora Dorme? ¿Dijo alguna vez ese apellido Dannie delante de mí? A lo mejor aún vivía. Bastaba con entrar en contacto con ella. Ella sabría qué había sido de Dannie.

Llamé a información. Pregunté por el nuevo número de teléfono de La Barberie, en Feuilleuse, en Eure-et-Loir. E igual que aquel otro día en que estaba hablando con el camarero del café Luxembourg, mi voz era una voz de ultratumba. «¿Feuilleuse con dos eles, señor?». Colgué. No merecía la pena. Después de tanto tiempo, seguramente ya no venía en la guía el apellido de la señora Dorme. Por la casa debían de haber pasado varios ocupantes que le habrían cambiado la apariencia tanto que no la habría reconocido. Extendí en la mesa el mapa de los alrededores de París y me sentí decepcionado al separarme del de Sologne, que me había tenido entretenido toda una tarde. La sonoridad acariciadora de la palabra «Sologne» me había hecho caer en un error. Y me acordaba también de los estanques que había no muy lejos de la casa y que me recordaban esa comarca. Pero me dan igual los mapas Michelin. Para mí esa casa seguirá siempre en un enclave imaginario de Sologne.

Ayer por la noche fui recorriendo con el dedo índice en el mapa el trayecto de París a Feuilleuse. Era remontar el curso del tiempo. El presente no tenía ya importancia alguna, con esos días todos iguales con su luz sin brillo, una luz que debe de ser la de la vejez y en la que nos da la impresión de estar sobreviviendo. Me decía que volvería a encontrar la hilera de árboles y las cercas blancas. El perro se me acercaría despacio, recorriendo el paseo. Había pensado a menudo que, aparte de nosotros, era el único habitante de la casa, e incluso el dueño. Cada vez que volvíamos a París le decía a Dannie: «Tendríamos que llevarnos este perro». Se colocaba delante del coche gris para ver cómo nos íbamos. Y después, cuando ya nos habíamos subido al coche y habíamos cerrado las puertas, se iba a la cabaña que servía para guardar la leña y donde solía dormir cuando no estábamos. Y en todas esas ocasiones yo lamentaba tener que volver a París. Le había preguntado a Dannie si no sería posible que esa casa nos sirviera de refugio durante un tiempo. Sería posible, me dijo ella, pero no de inmediato. Me había confundido o lo había entendido mal, pero no había relación alguna entre la «persona» de la avenida de Victor-Hugo a quien iba ella a ver a menudo y aquella casa. La dueña —sí, era una mujer— estaba de momento en el extranjero. Me explicó que la había conocido el año anterior cuando andaba buscando trabajo. Pero no especificaba qué clase de «trabajo». Ni Aghamouri

ni esos a los que yo llamaba «la banda de Montparnasse» —Paul Chastagnier, Duwelz, Gérard Marciano y otras siluetas que veía a menudo en el vestíbulo del Unic Hôtel— sabían que existiera aquella casa. «Mejor», dije. Ella sonrió. Aparentemente estaba de acuerdo conmigo. Una noche, habíamos encendido un fuego de leña y nos habíamos sentado en el sofá grande, delante de la chimenea, con el perro echado a nuestros pies, y me dijo que estaba arrepentida de haberle pedido prestado el coche gris a Paul Chastagnier. Y añadió incluso que no quería volver a tener nada que ver con esos «golfantes». Me extrañó que dijera esa palabra porque siempre hablaba de forma mesurada y se quedaba callada a menudo. Tampoco en esta ocasión tuve la curiosidad de preguntarle qué la unía exactamente a esos «golfantes» y por qué se había ido a vivir al Unic Hôtel por influencia de Aghamouri. A decir verdad, en la tranquilidad de aquella casa, que resguardaba la hilera de árboles y las cercas blancas, ya no me apetecía hacerme preguntas.

No obstante, una tarde volvíamos de dar un paseo por el camino de Le Moulin d'Étrelles —los nombres que pensamos que se nos han olvidado o que no decimos en voz alta por temor a parecer conmovidos se nos vienen a la memoria y la verdad es que no es tan doloroso— y el perro iba delante de nosotros bajo el sol de otoño. Acabábamos de entrar en la casa y cerrar la puerta cuando oímos el ruido de un motor. Se acercaba. Dannie me cogió de la mano y tiró de mí para llevarme al primer piso. En el dormitorio, me hizo señas para que me sentara y se arrimó a una de las ventanas. El motor se detuvo. Sonó una portezuela al cerrarse. Un ruido de pasos en la parte del paseo que era de grava. «¿Quién es?», pregunté. No me contestó. Me escurrí hasta la otra ventana. Un coche grande y negro de marca americana. Me dio la impresión de que alguien seguía al volante. Un timbrazo. Luego, dos. Luego, tres. Abajo ladró el perro. Dannie estaba petrificada y apretaba la cortina con una mano. Una voz de hombre: «¿Hay alguien? ¿Hay alguien? ¿Me oyen?». Una voz recia, con un acento muy leve, belga, o suizo, o el acento internacional que tienen esas personas cuya lengua materna no sabemos exactamente cuál es y ni siquiera ellos lo saben. «¿Hay alguien?».

El perro ladraba cada vez más. Se había quedado en la entrada y, si la puerta estaba mal cerrada, la abriría con la pata. Cuchicheé: «¿No te parece

que el tipo ese puede meterse en la casa?». Dannie me dijo que no con la cabeza. Se había sentado en el borde de la cama, con los brazos cruzados. Tenía en la cara una expresión de fastidio más que de temor; allí estaba, quieta, con la cabeza gacha. Y yo pensaba que el tipo esperaría en el salón y que nos iba a resultar difícil salir de la casa para no encontrarnos con él. Pero no perdía la sangre fría. Me había visto a menudo en situaciones así, escapando de las personas a quienes conocía porque de pronto me resultaba cansado tener que hablar con ellas. Cruzaba de acera cuando las veía acercarse o buscaba refugio en el portal de un edificio hasta que hubieran pasado. Incluso hubo una vez en que salí de una zancada por la ventana de una planta baja para escapar de alguien que había venido a verme de improviso. Conocía muchos edificios con dos salidas y en la libreta negra hay una lista.

No hubo más timbrazos. El perro se había callado. Por la ventana veía al hombre ir hacia el coche, que estaba aparcado a la altura de la escalera de la fachada. Era moreno y bastante alto y llevaba un abrigo forrado de piel. Se inclinaba hacia la ventanilla abierta y hablaba con la persona que estaba al volante, a quien no le veía la cara. Luego se subía al coche y este se alejaba por el paseo.

Al caer la tarde, Dannie me dijo que valía más no encender la luz. Corrió las cortinas del salón y de la habitación donde comíamos. Nos alumbramos con una vela. «¿Crees que van a volver?», le pregunté. Se encogió de hombros. Me dijo que seguramente serían unos amigos de la dueña. Prefería no tener nada que ver con ellos porque, en caso contrario, «le darían la lata». De vez en cuando llamaba la atención alguna expresión vulgar en su forma de hablar, muy cuidada. Allí, en la penumbra, con las cortinas corridas, me decía a mí mismo que nos habíamos metido en aquella casa con fractura. Y me parecía casi normal porque estaba muy acostumbrado a vivir sin la menor sensación de legitimidad, esa sensación que notan quienes han tenido padres buenos y honrados y pertenecen a un ambiente social muy concreto. A la luz de la vela, nos hablábamos en voz baja para que no se nos oyera desde fuera y a Dannie tampoco le extrañaba esa situación. Yo no sabía gran cosa de ella, pero estaba seguro de que teníamos más de un punto en común y que pertenecíamos al mismo mundo. Pero no habría sido capaz de aclarar cuál era

ese mundo.

Estuvimos dos o tres noches sin encender la luz eléctrica. Dannie me explicó con medias palabras que en realidad no es que tuviera «derecho» a estar en aquella casa. Sencillamente, se había quedado con una llave el año anterior. Y no había puesto al tanto a la «dueña» de que tenía la intención de pasar alguna temporada aquí. Tendría que aclararlo con la persona que estaba al cuidado de la casa, que también se ocupaba del parque y a quien nos encontraríamos el día menos pensado. No, la casa no estaba abandonada, como lo había creído yo. Pasaron los días. El guardián llegaba por la mañana y no le extrañaba nuestra presencia. Un hombre menudo de pelo gris que llevaba un pantalón de pana y una chaqueta de caza. Dannie no le dio explicación alguna y él no nos hizo ninguna pregunta. Incluso llegó a decirnos que si necesitábamos algo, podía ir a comprárnoslo. Nos llevó muchas veces, con el perro, a hacer la compra a Châteauneuf-en-Thymerais. Y también más cerca, a Maillebois y a Dampierre-sur-Blévy. Esos nombres los tenía yo dormidos en la memoria, pero no se habían borrado. Y, de la misma forma, asomó ayer un recuerdo enterrado. Unos días antes de irnos a Feuilleuse, acompañé a Dannie al edificio de la avenida de Victor-Hugo. Esta vez me pidió que no la esperase del otro lado, delante del portal de la calle de Léonard-de-Vinci, sino en un café que había en la plaza, algo más allá. No sabía a qué hora iba a salir. La estuve esperando casi una hora. Cuando llegó estaba muy pálida. Pidió un Cointreau y se lo bebió de un trago para meterse lo que ella llamaba «un latigazo». Y pagó las consumiciones con un billete de quinientos francos que cogió de un fajo atado con una tira de papel rojo. Ese fajo no lo tenía al venir, en el metro, porque aquella tarde nos quedaba lo justo para sacar dos billetes de segunda.

La Barberie. Le Moulin d'Étrelles. La Framboisière. Vuelven las palabras, intactas, como los cuerpos de aquellos dos novios que encontraron en la montaña, atrapados en el hielo, y que llevaban cientos de años sin envejecer. La Barberie. Era el nombre de la casa cuya fachada blanca y simétrica veo aún entre las hileras de árboles. Hace tres años, en un tren, iba leyendo distraídamente los anuncios de un periódico y me llamaba la atención que eran muchos menos que en la época en que los copiaba en las páginas de la libreta

negra. Ya no había ni ofertas ni peticiones de empleo. Ni perros perdidos. Ni videntes. Ni ninguno de esos recados que se enviaban desconocidos. «Martin. Llámanos. Yvon, Juanita y yo estamos muy preocupados». Me llamó la atención un anuncio: «Se vende. Casa antigua. Eure-et-Loir. En aldea entre Châteauneuf y Brezolles. Parque. Estanques. Cuadras. Tel. Agencia Paccardy. 02.07.33.71.22.» Me pareció que reconocía la casa. Copié el anuncio en la parte de abajo de la última página de mi libreta negra vieja a modo de conclusión. Y, sin embargo, eso de las cuadras no me recordaba nada. Estanques sí que había, o, más bien, charcas en que se bañaba el perro cuando dábamos un paseo. La Barberie no era sólo el nombre de la casa, sino el de la aldea cuyo castillo debía de ser antiguamente la casa. Alrededor, lienzos de pared medio derruidos bajo la vegetación, seguramente partes del edificio principal y las ruinas de una capilla e incluso, por qué no, de unas cuadras. Una tarde en que estábamos dando un paseo con el perro —gracias a él habíamos descubierto las ruinas esas, nos iba guiando sucesivamente hacia ellas como un perro trufero— fuimos haciendo proyectos para rehabilitarlo todo, como si fuésemos los dueños. A lo mejor Dannie no se atrevía a decírmelo, pero aquella casa había pertenecido de verdad, hacía varios siglos, a sus antepasados, los señores de La Barberie. Y hacía mucho que estaba deseando volver a escondidas para verla. Al menos eso era lo que me gustaba imaginar a mí.

Me dejé olvidadas en La Barberie alrededor de cien páginas de un manuscrito que estaba escribiendo recurriendo a las notas tomadas en la libreta negra. O, más bien, me dejé el manuscrito en el salón donde lo escribía creyendo que íbamos a volver a la semana siguiente. Pero nunca pudimos volver, así que nos dejamos allí, abandonados para siempre, el perro y el manuscrito.

En todos estos años he pensado en más de una ocasión que habría podido recuperar ese manuscrito, igual que recuperamos un recuerdo, uno de esos objetos que van unidos a un determinado momento de nuestras vidas: una flor seca, un trébol de cuatro hojas. Pero ya no sabía por dónde caía la casa de campo. Y me daba pereza y cierta aprensión hojear la libreta negra vieja en la que, por lo demás, tardé mucho en descubrir el nombre del pueblo y el número de teléfono, de tan diminuta como era la letra en que estaban escritos.

Ahora ya ha dejado de darme miedo la libreta negra. Me ayuda a inclinarme sobre el pasado, y esta expresión me hace sonreír. Era el título de una novela: *Un hombre se inclina sobre su pasado*, que encontré en la biblioteca de la casa, unos cuantos estantes de libros junto a una de las ventanas del salón. ¿El pasado? No, qué va, no se trata del pasado, sino de los episodios de una vida soñada, intemporal, que le arranco, página a página, a la desabrida vida cotidiana para proporcionarle algunas sombras y algunas luces. Esta tarde, estamos en el presente, llueve; las personas y las cosas están ahogadas en la grisura y espero con impaciencia la noche, cuando todo destacará de forma clara precisamente por los contrastes de la sombra y de la luz.

La otra noche, iba cruzando París en coche y me turbaban todas esas luces y esas sombras, esos modelos de farolas de diferentes épocas que, en toda una avenida o en la esquina de una calle, me daban la impresión de estar haciéndome señas. Era la misma sensación que se nota cuando nos quedamos mucho rato mirando una ventana con luz: una sensación de presencia y de ausencia a la vez. Detrás de los cristales, la habitación está vacía, pero alguien se ha dejado encendida la lámpara. Para mí no hubo nunca ni presente

ni pasado. Todo se confunde, como en esa habitación vacía donde luce una lámpara todas las noches. Sueño a menudo que encuentro el manuscrito. Entro en el salón de baldosas negras y blancas y rebusco en los cajones o debajo de los estantes de libros. O un misterioso corresponsal, cuyo nombre no consigo entender en la parte posterior del sobre detrás de la palabra «remitente», me lo manda por correo. Y en el matasellos pone el año en que íbamos Dannie y yo a aquella casa de campo. Pero no me extraña que el paquete haya tardado tanto en llegar. Está claro que no hay ni pasado ni presente. Por las notas de la libreta negra me acuerdo de algunos de los capítulos de ese manuscrito, dedicados a la baronesa Blanche, a Marie-Anne Leroy, a quien guillotinaron el 26 de julio de 1794 a los veintiún años; al edificio Radziwill durante la Revolución; a Jeanne Duval, a Tristan Corbière y a sus amigos, Rodolphe de Battine y Herminie Cucchiani… Ninguna de esas páginas se refería al siglo XX , en que vivía yo. Sin embargo, si pudiera volver a leerlas, resucitarían a través de ellas los colores exactos y el olor de las noches y de los días en que las estuve escribiendo. Si me fío de las notas de la libreta negra, el edificio Radziwill de 1791 no se diferenciaba gran cosa del Unic Hôtel de la calle de Le Montparnasse: el mismo ambiente turbio. Y ahora que lo pienso, ¿no tenía acaso Dannie aspectos en común con la baronesa Blanche? Me costó mucho ir siguiéndole los pasos a esa mujer. Le pierde uno el rastro a menudo aunque aparezca en las Memorias de Casanova que estaba yo leyendo entonces y en algunos de los informes de los inspectores de policía de Luis XV. ¿Y habían cambiado estos en realidad desde el siglo XVIII? Un día, Duwelz y Gérard Marciano me contaron en voz baja que al Unic Hôtel lo vigilaba y lo protegía al tiempo un inspector de la brigada antivicio. Seguramente él también redactaba informes. Y, más de veinte años después, en el expediente que me dio el tal Langlais —me quedé realmente sorprendido de que no se hubiera olvidado de mí en todos estos años, y él me decía sonriendo: «pues claro que no, lo he ido siguiendo "de lejos"»— había, entre los demás documentos, un informe acerca de Dannie, redactado con la misma precisión que los de hace dos siglos referidos a la baronesa Blanche.

En última instancia, no lamento la pérdida de ese manuscrito. Si no hubiera desaparecido, creo que ahora no me apetecería ya escribir. El tiempo queda

anulado y todo vuelve a empezar: como antes, con el mismo tipo de pluma y con la misma letra, lleno páginas mientras consulto otra vez las notas de mi libreta negra vieja. He necesitado casi una vida entera para volver al punto de partida.

La noche pasada volví a soñar que iba a correos y me acercaba a la ventanilla con un aviso a mi nombre. Al presentarlo, me alargaban un paquete cuyo contenido sabía de antemano: el manuscrito olvidado en La Barberie el siglo pasado. En esta ocasión sí podía leer el nombre del remitente: señora Dorme. La Barberie. Feuilleuse. Eure-et-Loir. Y el matasellos era del año 1966. En la calle, abría el paquete; era el manuscrito, efectivamente. Se me había olvidado que por entonces usaba hojas cuadriculadas de las que se van arrancando sobre la marcha de esos blocs de color naranja de la marca Rhodia. La tinta era azul florida, eso también se me había olvidado. Noventa y nueve páginas, y la última a medio escribir. Una letra prieta, con muchas tachaduras.

Andaba recto, con el manuscrito bien sujeto bajo el brazo. Me daba miedo perderlo. Era media tarde y verano. Iba por la calle de La Convention en dirección a la fachada negra y las verjas del hospital Boucicaut.

Cuando me desperté, caí en la cuenta de que, en el sueño, la oficina de correos donde había recogido el paquete era la misma a la que acompañaba a menudo a Dannie. Recogía allí su correspondencia. Le pregunté por qué se la mandaban a lista de correos de la calle de La Convention. Me explicó que había vivido una temporada en ese barrio y que más adelante se había visto «sin domicilio fijo».

No recibía mucha correspondencia. Una única carta en cada ocasión. Nos parábamos en un café, más abajo, en la esquina de la calle de La Convention con la avenida de Félix-Faure, enfrente mismo de la boca de metro. Abría la carta y la leía delante de mí. Y luego se la metía en el bolsillo del abrigo. Me dijo la primera vez que fuimos a ese café: «un pariente de provincias que me escribe».

Parecía quejosa de no vivir ya en ese barrio. Por lo que me había parecido entender —aunque Dannie se contradecía a veces y no parecía tener en realidad eso que se llama sentido de la cronología—, era el primer sitio donde

había vivido al llegar a París. No mucho tiempo. Unos cuantos meses. Le noté enseguida cierta reticencia a decirme de qué provincia o de qué país venía exactamente. Un día, me dijo: «Cuando puse los pies en París, en la estación de Lyon…», y esa frase debió de llamarme la atención, porque la apunté en la libreta negra. Era inusual que me diera una indicación tan concreta en lo referido a ella. Era un atardecer en que habíamos ido a buscar su correspondencia a la calle de La Convention mucho más tarde de lo habitual. Cuando llegamos a la oficina de correos, ya se había hecho de noche y era casi la hora de cerrar. Acabamos en el café. El camarero, que la conocía seguramente de los tiempos en que vivía en el barrio, le trajo, sin que ella se lo pidiera, una copa de Cointreau. Dannie leyó la carta y se la metió en el bolsillo.

«Cuando puse los pies en París, en la estación de Lyon…». Y me explicó que el día aquel había cogido el metro. Después de muchos trasbordos, llegó aquí, a la estación de Boucicaut. Y me indicaba, tras la luna del café, la boca de metro. Por cierto que se había equivocado en los trasbordos y, primero, había ido a parar a Michel-Ange-Auteuil. La dejé hablar, sabedor de la forma en que se escabullía de las preguntas demasiado concretas: cambiaba de conversación, como si estuviera pensando en otra cosa, con expresión de no haber oído a su interlocutor. Sin embargo, le dije: «¿Aquel día no fue nadie a buscarte a la estación de Lyon?» «No. Nadie». Le habían prestado un piso pequeño, muy cerca de aquí, en la avenida de Félix-Faure. Se quedó unos pocos meses. Fue antes de la Ciudad Universitaria. Agaché la cabeza. Con una sola palabra, con una mirada demasiado insistente corría el riesgo de que se callase. «Luego te enseñaré la casa en que vivía». Me asombró esa oferta y, sobre todo, la voz, tan triste, como si estuviera enfadada consigo misma por haberse ido de aquí. De repente, estaba perdida en sus pensamientos. Sí, me daba la impresión en ese instante de alguien a quien le habría gustado mucho desandar lo andado tras darse cuenta de que había tirado por el camino equivocado. Dannie se metió la carta en el bolsillo. En el fondo, el único vínculo que había conservado con ese barrio era la lista de correos de la estafeta.

Aquella noche fuimos andando por la calle de La Convention, en dirección

al Sena. Más adelante, volvimos a ir dos o tres veces por ese mismo camino cuando ella había quedado en la orilla derecha, en la avenida de Victor-Hugo, y esa misma tarde la había acompañado a la oficina de correos para que recogiera la acostumbrada carta. Al pasar, me enseñó la iglesia de Saint-Christophe-de-Javel a la que iba con regularidad, me dijo, a encender una vela, no porque creyese en Dios, sino más bien por superstición. Era en los tiempos en que aún llevaba poco en París. Por eso he sentido siempre un cariño particular por esa iglesia de ladrillo e incluso en la actualidad me apetece ir y encender una vela yo también. Pero ¿para qué?

Esa noche, a orillas del Sena, no cogimos el metro en la estación de Javel, como hacíamos para ir a la orilla derecha. Dimos media vuelta y subimos por la calle de La Convention. Dannie tenía mucho empeño en enseñarme la casa donde había vivido. A la altura del café, giramos en la avenida por la acera de la derecha. Cuando llegamos cerca del edificio, me dijo: «Voy a enseñarte el piso… Sigo teniendo la llave…». Seguramente era esta una visita premeditada, puesto que llevaba encima la llave. Me dijo también, tras haber echado una ojeada a la ventana oscura de la portería: «La portera no está nunca a esta hora, pero no metas ruido en las escaleras». No encendió la luz. Se veía más o menos porque había un vago resplandor de una luz de emergencia en la planta baja. Dannie se apoyaba en mi brazo; subíamos arrimados uno a otro y yo me acordaba de una expresión que me daba risa: «A paso de lobo». Abrió la puerta en la oscuridad y luego, cuando entramos, la cerró despacio. Buscaba a tientas el interruptor y una luz amarilla salió del plafón de la entrada. Me avisó de que ahora teníamos que hablar en voz baja y no encender más luces. Nada más entrar, a la derecha, la puerta entornada de un dormitorio, que me dijo que era el suyo. Me llevó pasillo adelante, a la luz de la entrada. A la izquierda, una habitación amueblada con una mesa y un aparador. ¿El comedor? A la derecha, el «salón», a juzgar por el sofá y la vitrina pequeña en que había figuritas de marfil. Como estaban echadas las cortinas, encendió una lámpara que había encima de un velador. Era la misma luz amarilla y velada que la del aplique. Al fondo del todo, un dormitorio con una cama grande con barrotes de cobre y un papel pintado con motivos decorativos azul cielo. Había unos cuantos libros apilados encima de una de

las mesillas de noche. Temí de repente oír cerrarse de golpe la puerta de entrada y que nos sorprendiese la persona que viviera allí. Dannie abría los cajones de las mesillas de noche uno tras otro y los registraba. Sobre la marcha, iba cogiendo unos cuantos papeles que se metía en el bolsillo del abrigo. Y yo estaba a pie firme, petrificado, mirándola y a la espera del portazo. Dannie estaba abriendo una de las hojas de la puerta del armario de luna que había enfrente de la cama, pero las baldas estaban vacías. Lo volvió a cerrar. «¿No crees que podría llegar alguien?», le pregunté en voz baja. Se encogió de hombros. Miraba los títulos de los libros de la mesilla de noche. Cogió uno, de tapas rojas, y se lo metió también en el bolsillo del abrigo. Debía de conocer a la persona que vivía aquí ya que la llave del piso seguía siendo la misma. Apagó la lámpara de la mesilla y salimos del dormitorio. Al fondo, la luz amarilla del plafón y la lámpara del salón, que se había quedado encendida, acentuaban el aspecto pasado de moda de aquel pisito, con el aparador de madera oscura, las figuritas de marfil en la vitrina, las alfombras gastadas. «¿Conoces a la gente que vive aquí?», le pregunté. No me contestó. No podía tratarse de sus padres porque había llegado un día de provincias, o del extranjero, a la estación de Lyon. ¿Alguien que vivía solo y le había alquilado una habitación en su piso?

Dannie me llevaba hacia ese cuarto de la izquierda, antes de llegar al vestíbulo. No encendió la luz. Dejó la puerta abierta de par en par. Se veía bastante bien gracias al plafón de la entrada. Una cama mucho más pequeña que la del cuarto del fondo y con el somier al aire. Estaban echadas las cortinas, las mismas cortinas negras del hotel al que habíamos ido a parar por la zona de Le Val-de-Grâce. Pegada a la pared de la izquierda, en la parte contraria a la cama, una mesa montada en caballetes y, encima, un tocadiscos metido en una funda de cuero y dos o tres discos de treinta y tres revoluciones. Dannie quitó con la manga el polvo de las fundas. Me dijo: «Espérame un momento». Me senté en el somier. Cuando volvió, llevaba en la mano un capacho en el que metió el tocadiscos y los discos. Se sentó a mi lado encima del somier y parecía pensativa, como si le diera miedo dejarse algo olvidado. «Es una pena», me dijo en voz alta, «que no podamos quedarnos en este cuarto». Sonrió con sonrisa un tanto crispada. Su voz tenía un eco raro en

aquel piso vacío. Cerramos la puerta del dormitorio al salir. Yo llevaba el capacho con el tocadiscos y los discos. Ella apagó la luz del vestíbulo. Después de abrir la puerta de entrada me dijo: «Ha vuelto la portera. Tenemos que pasar delante de la portería lo más deprisa que podamos». Me daba miedo tropezar en la penumbra de las escaleras con aquel capacho en la mano. Bajaba los escalones delante de ella. Se encendió la luz; nos quedamos quietos en el descansillo del primero un momento. Sonó un portazo. Dannie me cuchicheó que era la puerta de la portería. Seguimos bajando las escaleras con una luz fuerte que contrastaba con la luz velada del piso. En la planta baja estaba encendida la puerta acristalada de la portera. Había que apretar el botón para que se abriera la puerta cochera. ¿Y si se quedaba bloqueada? Imposible ocultar aquel capacho, que me parecía que pesaba muchísimo y que me daba pinta de ladrón de pisos. La puerta bloqueada, la portera llamando por teléfono a la policía, el coche celular al que nos subimos Dannie y yo. Sí, claro, es inevitable, siempre nos sentimos culpables cuando unos padres nobles y honrados no nos han convencido, en la infancia, de nuestros legítimos derechos e incluso de nuestra clara superioridad en cualesquiera circunstancias de la vida. Dannie apretó el botón y abrió la puerta cochera. En la calle, yo no podía por menos de apretar el paso; y ella andaba al mismo paso que yo. A lo mejor tenía miedo de cruzarse con la persona que vivía en el piso.

Al llegar a la calle de La Convention, pensaba que íbamos a meternos en la boca de metro, pero Dannie me llevó al café donde solíamos ir después de pasar por la lista de correos. A aquellas horas, no había clientes. Nos sentamos en una mesa del fondo. El camarero le puso un Cointreau y yo me preguntaba si era prudente hacernos notar aquí después de la visita clandestina al piso. Había escondido el capacho debajo de la mesa. Dannie se había sacado de los bolsillos del abrigo el libro y los papeles. Más adelante, me dijo que se alegraba de haber recuperado aquel libro que tenía hacía mucho y que le habían regalado de pequeña. A punto había estado de perderlo en varias ocasiones y siempre volvía a encontrarlo, igual que esos objetos fieles que no quieren separarse de nosotros. Era *Rupert de Hentzau* de Anthony Hope, en una colección antigua con tapas rojas y sobadas. Entre los papeles a los que

estaba pasando revista había unas cuantas cartas, un pasaporte viejo, unas tarjetas de visita… Eran las nueve de la noche, pero el camarero y el otro hombre, que era su jefe y estaba llamando por teléfono detrás de la barra, parecían haberse olvidado de nuestra presencia. «Nos hemos dejado encendida la luz del salón», me dijo Dannie de pronto. Y, más que preocupación, caer en la cuenta de aquello le daba pena o añoranza, como si un gesto tan trivial como ese de volver a casa para apagar la luz le estuviera vedado. «Ya sabía yo que se me olvidaba algo…, tendría que haber mirado si no quedaba ropa mía en el armario empotrado de mi cuarto…». Le ofrecí, si me daba la llave, volver a subir al piso para apagar la luz del salón y traerle la ropa, pero a lo mejor no necesitaba la llave, bastaba con llamar a la puerta. Si había vuelto la persona que vivía en el piso me abriría y le explicaría que iba de parte de Dannie. Se lo dije como si fuera lo más natural, con la esperanza de que me diese más explicaciones. Había acabado por entender que no había que hacerle preguntas directas. «No, no, es imposible», me dijo con una voz muy tranquila. «Deben de pensar que me he muerto…». «¿Que te has muerto?». «Sí…, bueno…, que he desaparecido, vamos…». Me sonrió para atenuar la seriedad con la que había dicho esas palabras. Le hice notar que, de todas formas, «ellos» se darían cuenta de que alguien había encendido la lámpara del salón y de que se habían llevado los papeles, el libro, el tocadiscos y los discos… Se encogió de hombros. «Pensarán que es un fantasma». Soltó una risa breve. Tras aquella indecisión y aquella tristeza que me habían extrañado en ella, parecía relajada. «Es una señora mayor que me alquilaba una habitación», me dijo. «Y no debió de entender que me fuera de la noche a la mañana sin avisarla. Pero yo prefiero cortar por lo sano. No me gustan las despedidas». Yo me pregunté si sería verdad o si quería tranquilizarme y evitar otras preguntas. ¿Por qué, si se trababa de una «señora mayor», había hablado antes en tercera persona del plural? Qué más daba. La verdad es que en aquel café no sentía la necesidad de hacerle preguntas. Vale más, en vez de estar siempre imponiendo interrogatorios a los demás, aceptarlos como son, en silencio. Y además es posible que tuviera el presentimiento inconcreto de que me iba a hacer más adelante esas preguntas. Efectivamente, pasados tres o cuatro años, estaba una noche dentro de un

coche en la glorieta de Mirabeau y veía cómo comenzaba, delante de mí, la calle de La Convention. Tuve la ilusión de que bastaba con salir de aquel coche y dejarlo abandonado en pleno atasco y meterme a pie por la calle aquella. Por fin estaría al aire libre y en estado de ingravidez. Andaría con paso ligero por la acera de la derecha. Al pasar, entraría a encender una vela en la iglesia de Saint-Christophe-de-Javel. Y me vería, algo más arriba, entre el café y la boca de metro. Al camarero no lo sorprendería volver a verme y, sin necesidad de pedirle nada, traería dos Cointreau y colocaría las copas una enfrente de otra. Yo llamaría a la puerta del piso para recoger la ropa de Dannie. El problema era que no sabía el número exacto de la casa y que en aquel tramo de la avenida de Félix-Faure las fachadas y los portales se parecían demasiado para que yo pudiera reconocer cuáles eran los que buscaba. Esa misma noche me pareció oír su voz, algo ronca, decirme: «Una señora mayor que me alquilaba una habitación», y esa voz me parecía tan cercana… Una señora mayor. Miré la guía de calles para intentar averiguar el número. Me acordaba de que habíamos pasado delante de un hotel y de una cristalera grande detrás de la que me había sorprendido ver filas de teléfonos que relucían en la penumbra. Una tarde que Dannie iba a la lista de correos, quedó conmigo en el café y anduve un trecho por la avenida de Félix-Faure en dirección a la casa en que habíamos entrado como ladrones la otra noche. Había padres en la acera esperando la hora de salida de un colegio de niñas. La guía de calles ratificaba mis recuerdos. Los Teléfonos Burgunder. El Hôtel Aviation: estaban antes de la casa, de eso estaba seguro. Pero ¿y el colegio de niñas, en el número 56? ¿Estaba antes o después? En cualquier caso, el edificio en cuestión estaba antes del cruce de la avenida con la calle de Duranton. Quería comprobarlo *in situ*. Pero ¿para qué? Todas aquellas fachadas eran parecidísimas. «Una señora mayor que me alquilaba una habitación…». En la guía sí que había, en el número 63, una señora Baulé.

Dannie me había alargado el libro de tapas rojas, *Rupert de Hentzau* de Anthony Hope, para que lo metiera en el capacho con el tocadiscos y los discos. Le pregunté si lo había leído. Sí, la primera vez de pequeña, hasta el final, sin enterarse de nada. Más adelante, leía un capítulo al azar. Eran cerca de las nueve de la noche. El camarero nos dijo que el café iba a cerrar. Nos

vimos fuera, bajo la lluvia. Yo llevaba el capacho y uno de los bolsillos del abrigo de Dannie abultaba mucho por todos los papeles que había metido dentro. El metro nos hizo esperar mucho rato, y más aún en el trasbordo de La Motte-Picquet. A esas horas, el vagón iba vacío. Dannie rebuscaba en el bolsillo y apartaba, de entre los demás papeles, lo que me pareció que eran tarjetas de visita. Como se dio cuenta de que la estaba observando con cierta curiosidad, me dijo, sonriendo: «Ya te lo enseñaré todo… Ya verás… No es que sea nada del otro mundo…». La perspectiva de volver a su habitación de Montparnasse no parecía entusiasmarla. Fue esa noche, en el metro, cuando aludió por primera vez a la casa de campo donde podríamos ir, pero yo no tenía que decirles nada a los demás. Los demás eran Aghamouri y los otros con los que se trataba: Duwelz, Marciano y Chastagnier… Le pregunté si Aghamouri sabía que había vivido en el piso de la avenida de Félix-Faure. Pues no, no lo sabía. No lo había conocido hasta después, en la Ciudad Universitaria. Y tampoco sabía nada de la existencia de esa casa de campo que acababa de mencionar delante de mí. Una casa de campo a unos cien kilómetros de París, me dijo. No, ni Aghamouri ni nadie la había acompañado nunca a la lista de correos a recoger la correspondencia. «¿Así que soy el único que está al tanto de tus secretos?», le pregunté. Íbamos por el pasillo interminable de la estación de Montparnasse y estábamos solos en la cinta mecánica. Me cogió del brazo y me apoyó la cabeza en el hombro. «Espero que sepas guardar secretos». Fuimos andando por el bulevar hasta Le Dôme y luego dimos un rodeo, siguiendo la tapia del cementerio. Dannie estaba intentando hacer tiempo para no cruzarse en el vestíbulo del hotel con Aghamouri y los demás. Con quien no quería encontrarse sobre todo era con Aghamouri. Yo estaba a punto de preguntarle por qué tenía que darle cuenta de sus asuntos, pero me lo pensé y me pareció inútil. Creo que por entonces ya me había dado cuenta de que nadie contesta nunca a las preguntas. «Habría que esperar a que apaguen las luces del vestíbulo para volver», le dije con un tono un tanto desenfadado. «Como hicimos hace un rato para subir al piso… Pero corremos el riesgo de que nos vea el vigilante nocturno…». Según nos íbamos acercando al hotel, yo notaba en ella cierta aprensión. Con tal de que no haya nadie en el vestíbulo, iba pensando. Dannie acababa por contagiarme su

intranquilidad. Ya estaba oyendo a Paul Chastagnier decirme, con aquella voz metálica suya: «Pero ¿qué lleva en ese capacho?». Dannie dudó antes de entrar en la calle del hotel. Eran casi las once de la noche. «¿Esperamos un poco más?», me preguntó. Nos sentamos en un banco del paseo central, en el bulevar de Edgar-Quinet. Yo había dejado el capacho a mi lado. «Menuda metedura de pata habernos dejado encendida antes la luz del salón», me dijo ella. Me sorprendió que le diera tanta importancia. Pero ahora, después de todos estos años, entiendo mejor la tristeza repentina que le ensombreció la mirada. Yo también noto una sensación muy rara cuando pienso en esas lámparas que se nos olvidó apagar en sitios a los que nunca volvimos… No tuvimos la culpa. En todas aquellas ocasiones tuvimos que irnos deprisa y de puntillas. Estoy seguro de que en la casa de campo nos dejamos en algún sitio una lámpara encendida. ¿Y si hubiera sido yo el único responsable de ese descuido o de ese olvido? Ahora estoy convencido de que no se trataba ni de olvido ni de descuido sino que, en el momento de irnos, era yo quien encendía deliberadamente una lámpara. Quizá por superstición, para conjurar la mala suerte y, sobre todo, para que quedase una huella nuestra, una señal que indicase que no nos habíamos ido de verdad y que volveríamos un día u otro.

«Están todos en el vestíbulo», me cuchicheó Dannie al oído. Había decidido ir delante de mí, cuando estábamos llegando cerca del hotel, y mirar a través de los cristales si el vestíbulo estaba vacío y el paso libre. No quería que se fijasen en nosotros por culpa del capacho. A mí también me estorbaba el capacho aquel, como si fuese la prueba de que acabábamos de cometer una mala acción, y ahora me asombro de que me estorbase. ¿Por qué ese perpetuo sentimiento de incertidumbre y de culpabilidad? ¿Culpable de qué exactamente? Miré a mi vez desde detrás de los cristales. Estaban sentados en los sillones del vestíbulo. Aghamouri en el brazo del sillón en que se había acomodado Marciano; los demás, Paul Chastagnier, Duwelz y el hombre a quien llamaban sencillamente «Georges» estaban en sendos sillones, viejos y de cuero marrón. Habríase dicho que estaban celebrando un consejo de guerra. Sí, ¿culpables de qué? Eso es lo que me pregunto. Por lo demás, no era esa clase de personas la que estaba en condiciones de darnos lecciones de ética. Cogí a Dannie del brazo y la hice entrar en el vestíbulo del hotel. El primero

en vernos fue «Georges», ese hombre cuya cara contrastaba con el cuerpo robusto y fornido: una cara de luna y unos ojos soñadores, aunque al poco se daba uno cuenta de que la cara expresaba tanta violencia como el cuerpo. Y cuando te daba la mano notabas una repentina sensación de frío, como si te transmitiera eso que se llama fluido glacial. Nos acercamos y oí la voz metálica de Paul Chastagnier:

—¿Qué? ¿Venimos de hacer la compra?

Y clavaba la vista en el capacho que llevaba yo en la mano izquierda.

—Sí… Sí… Venimos de la compra —dijo Dannie en un tono muy suave. Seguramente quería infundirse valor. Me dejaba asombrado su sangre fría porque hacía un rato había estado muy preocupada, según nos acercábamos al hotel. El que se llamaba «Georges» nos miraba a los dos con su cara de luna de piel blanca, tan blanca que parecía que iba maquillado. Enarcaba las cejas con una expresión de curiosidad y desconfianza que yo le había visto cada vez que estaba en presencia de alguien. A lo mejor era a él a quien le tenía miedo Dannie. La primera vez que me crucé con él en el vestíbulo, me lo presentó: «Georges». Él no dijo nada y se limitó a enarcar las cejas. Georges: en la forma en que sonaba ese nombre había de pronto algo inquietante y cavernoso que encajaba perfectamente con la cara. Tras salir del hotel, Dannie me dijo: «Por lo visto es un tipo peligroso». Pero no me aclaró por qué. ¿Lo sabía con certeza? Según ella, era un hombre a quien Aghamouri había conocido en Marruecos. Sonrió y se encogió de hombros: «Huy, ¿sabes? Vale más no mezclarse en ninguna de esas cosas…».

—¿Toman algo con nosotros? —propuso Paul Chastagnier.

—Es un poco tarde —dijo Dannie con la misma voz suave.

Aghamouri, que no se había levantado del brazo del sillón en que estaba Gérard Marciano, nos miraba fijamente a los dos con ojos extrañados. Me pareció que se había puesto pálido.

—Qué lastima que no se sumen a nosotros. Nos habrían explicado qué han comprado.

Y esta vez Paul Chastagnier se dirigía a mí. Estaba claro que el capacho lo intrigaba.

—¿Me ayuda a llevarlo a mi cuarto?

Dannie se había vuelto hacia mí y me llamaba de usted de repente, indicando el capacho. Parecía como si los hiciera fijarse aposta en el capacho, quizá para provocarlos.

La seguí hasta el ascensor, pero tiró por las escaleras. Subía delante de mí. En el descansillo del primer piso, donde no podían vernos, se me acercó y me dijo al oído:

—Vale más que te vayas. Si no, voy a tener problemas con Aghamouri.

La acompañé hasta la puerta de su habitación. Cogió el capacho. Me dijo en voz baja, como si pudieran oírnos:

—Mañana a las doce en Le Chat blanc.

Era un café un poco triste de la calle de Odessa, con una sala trasera donde podía uno pasar inadvertido entre unos cuantos que jugaban al billar. Unos bretones con gorra de marinero.

Antes de cerrar la puerta, me dijo, aún más bajo:

—Estaría bien que pudiéramos ir a la casa de campo que te he dicho.

Para bajar, preferí el ascensor. No quería cruzarme con ninguno de ellos por las escaleras. Sobre todo con Aghamouri. Temía que me hiciera preguntas y me pidiera cuentas. Una vez más pecaba de esa falta de confianza en mí mismo o de esa timidez que le había llamado la atención a Paul Chastagnier y lo había movido a decir un día en que íbamos juntos por las calles grises de los adentros de Montparnasse: «Es curioso…, un chico sensible y con dotes como las suyas… ¿Por qué anda siempre bajo mínimos?».

En el vestíbulo, todavía estaban todos en los sillones. Por desgracia no me quedaba más remedio que pasar por delante para salir del hotel y no me apetecía hablar con ellos. Aghamouri había alzado la cabeza y me clavaba una mirada fría que no era la suya habitual. A lo mejor había estado vigilando la puerta del ascensor para saber si me quedaba o no en la habitación de Dannie. Paul Chastagnier, Duwelz y Gérard Marciano estaban inclinados hacia «Georges» y lo escuchaban atentamente, como si les estuviera dando instrucciones. Me escurrí hacia la entrada del hotel, poniendo cara de no querer molestar. Temía que Aghamouri fuera detrás de mí. Pero no, seguía sentado con los otros. Era sólo un aplazamiento, pensé. Mañana me pediría cuentas en lo referido a Dannie, y era algo que me agobiaba de antemano. No

tenía nada que decirle. Nada. Y además nunca he sabido contestar a las preguntas.

Una vez en la calle, no pude por menos de observarlos desde detrás de los cristales. Y ahora, según lo escribo, me parece que los sigo observando, de pie en la acera, como si no me hubiera movido de ese sitio. Por mucho que miro a «Georges», el que Dannie me decía que era «peligroso», he dejado de notar esa sensación de intranquilidad que se adueñaba de mí a veces cuando me codeaba con ellos en el vestíbulo del Unic Hôtel. Paul Chastagnier, Duwelz y Gérard Marciano se inclinan hacia «Georges» por toda la eternidad, preparando eso que Aghamouri llamaba «sus fechorías». Acabarán mal, en la cárcel o en turbios arreglos de cuentas. Aghamouri, sentado en el brazo del sillón, calla y los mira con ojos intranquilos. Había sido él quien me dijo: «Tenga cuidado. Pueden llevarlo por muy malos caminos. Le aconsejo que corte radicalmente con ellos mientras está a tiempo». Esa tarde me había citado a la salida de la universidad de Censier. Quería a toda costa que tuviéramos una «explicación». Pero yo había pensado que quería asustarme para que dejase de ver a Dannie. Y, ahora, ahí está, él también detrás del cristal por toda la eternidad, con la mirada intranquila clavada en los otros, que conspiran en voz baja. Y me entran ganas de ser yo quien le diga ahora: «Tenga cuidado». Yo no corría peligro alguno. Pero no tenía una conciencia clara de ello por entonces. Han tenido que pasar unos cuantos años para que caiga en la cuenta. Si no me falla la memoria, tenía, pese a todo, el vago presentimiento de que ninguno de ellos me arrastraría nunca por «malos caminos». Langlais, cuando me interrogó en el muelle de Gesvres, me dijo: «La verdad es que se trata usted con gente muy peculiar». Se equivocaba. A todas esas personas con las que me crucé las veía desde muy lejos. Esa noche, no sé ya cuánto tiempo me quedé detrás del cristal del hotel, observándolos. Hubo un momento en que Aghamouri se levantó y se arrimó al cristal. Iba a darse cuenta de que yo estaba a pie firme en la acera, observándolos. No me moví ni un milímetro. Qué le íbamos a hacer si salía a la calle y se me acercaba. Pero tenía la mirada vacía y no me veía. El que se llamaba «Georges» —el más peligroso por lo visto— se levantó también y se reunió con Aghamouri, con sus andares premiosos. Estaban a pocos centímetros de

mí, detrás del cristal; y el otro, con su cara lunar y sus ojos duros, tampoco me veía. A lo mejor el cristal era opaco desde dentro, como las lunas sin azogue. O, sencillamente, nos separaban decenas y decenas de años; ellos seguían inmovilizados en el pasado, en medio de ese vestíbulo de hotel, y ellos y yo no vivíamos ya en la misma época.

En la libreta negra apuntaba muy pocas citas. Me daba miedo siempre que la persona con quien había quedado no viniera si apuntaba de antemano la hora y la fecha del encuentro. No hay que tener tanta seguridad en el porvenir. Como decía Paul Chastagnier, «vivía bajo mínimos». Tenía la impresión de que llevaba una vida clandestina y por eso, en esa clase de vida, uno evita dejar rastro y poner por escrito lo que tiene que hacer. Y, sin embargo, leo en medio de una de las páginas de la libreta: «Martes. Aghamouri. 19:00. Censier». Esa cita no me importaba nada y no me molestaba que quedara constancia de ella, escrita con claridad.

Debía de ser dos o tres días después de la llegada a deshora al Unic Hôtel, cuando yo llevaba el capacho. Me extrañó recibir una nota de Aghamouri en el 28 de la calle de L'Aude, donde tenía una habitación alquilada. ¿Cómo podía estar enterado de mis señas? ¿Por Dannie? La había llevado varias veces a la calle de L'Aude, pero me parece que eso fue más adelante. Tengo los recuerdos confusos. Aghamouri decía en su carta: «No le diga nada de esta cita a nadie. Y sobre todo no le diga nada a Dannie. Que quede entre nosotros. Ya lo entenderá». Ese «ya lo entenderá» me intranquilizó.

Ya había anochecido. Lo esperé paseando por el solar que había delante del edificio nuevo de la universidad. Aquella tarde me había llevado la libreta negra y, para hacer tiempo, anotaba los letreros que quedaban en algunas casas y algunos almacenes que iban a derribar, al borde del solar. Leo:

Sommet frères - Cueros y pieles
Blumet (B.) e hijo - Corredor en cueros y pieles
Curtiduría de Beaugency

Casa A. Martin - Cueros en bruto reverdecidos
Secadero de la Lonja de los Cueros de París

Según iba tomando nota de esos nombres, sentía una incomodidad que iba a más. Me parece que se me nota en la letra, movida, casi ilegible al final. Añadí a lápiz, con letra más firme:

Orfanato de Les Cent Filles.

Era una manía eso de saber todo cuanto había estado, al hilo del paso de los años y por capas sucesivas, en tal o cual sitio de París. En esta ocasión, me parecía que estaba notando el olor estomagante de las pieles y los cueros en bruto. El título de un documental, que vi cuando era demasiado joven y me dejó marcado para toda la vida, me volvía a la memoria: *La sangre de los animales*. Mataban a los animales en Vaugirard, en La Villette, y traían hasta aquí las pieles para comercializarlas. Miles y miles de animales anónimos. Y de todo aquello no quedaba sino un solar; y, por muy poco tiempo, los nombres de algunos carroñeros y asesinos en unas paredes medio derruidas. Y yo los había apuntado aquella tarde en la libreta. ¿Para qué? Habría preferido saber cómo se llamaban las muchachas del orfanato que hubo en este solar mucho antes de la lonja de los cueros.

—Está muy pálido…, ¿le pasa algo?

Tenía a Aghamouri delante. No lo había visto salir de uno de los edificios de la facultad. Se había acercado, con su abrigo beige, y llevaba una cartera negra. A mí me tenían aún absorto mis anotaciones. Me dijo, con sonrisa apurada:

—Me reconoce, ¿no?

Estaba dispuesto a enseñarle los nombres que acababa de escribir, pero por entonces tenía la sensación de que la gente desconfiaba de uno si se daban cuenta de que estaba allí, solo, escribiendo en un rincón. Seguramente temían que les robases algo, sus palabras, retazos de su vida.

—¿Ha sido interesante la clase?

Yo nunca había sido estudiante y me lo imaginaba en un aula como las de la escuela municipal, abriendo el pupitre para sacar la gramática y el cuaderno de redacción y metiendo el palillero en el tintero.

Íbamos cruzando el solar, evitando los charcos. Aquel abrigo beige y aquella cartera negra me ratificaban en mi opinión: no podía ser estudiante. Parecía que fuera a una cita de negocios en el vestíbulo de un hotel de Ginebra. Yo había pensado que iríamos andando, como de costumbre, hasta el café de la plaza de Monge, pero íbamos en sentido inverso, camino del Jardín Botánico.

—¿No le importa que hablemos tranquilamente mientras damos un paseíto?

Tenía un tono desenvuelto y amistoso, pero yo intuía en él cierto apuro, como si anduviera buscando las palabras y estuviese esperando a estar en un lugar alejado donde no pudiéramos encontrarnos con nadie conocido. Y, precisamente, se abría ante nosotros la calle de Cuvier, desierta y silenciosa hasta el Sena.

—Quería ponerlo sobre aviso…

Dijo esas palabras muy serio. Luego, nada. A lo mejor en el último momento no se atrevía a entrar en detalles.

—¿Sobre aviso de qué?

Le hice la pregunta con demasiada brusquedad. A lo mejor «vivía bajo mínimos» —como decía Paul Chastagnier—, pero nunca había hecho caso de los consejos de los demás. Nunca. Y siempre se quedaban sorprendidos —y chasqueados— porque los había escuchado atentamente, con los ojos muy abiertos de un alumno aplicado o de un joven formal. Íbamos siguiendo una fila de edificios pequeños que bordeaban el Jardín Botánico. En mi opinión, era la parte del Jardín donde estaba la Casa de Fieras. Había muy poca luz en la calle y, en lo hondo de esa penumbra y de ese silencio, era posible que oyésemos el rugido de esas fieras.

—Debería habérselo dicho antes… Se trata de Dannie…

Yo me había vuelto hacia él, pero él seguía con la cabeza erguida y mirando al frente. Me preguntaba si no querría rehuirme la mirada.

—Conocí a Dannie en la Ciudad Universitaria. Estaba buscando a alguien que le prestase una habitación allí e incluso a alguien que pudiera prestarle un

carnet de estudiante…

Hablaba despacio, como si intentase, sobre la marcha, dejar lo más claro posible un asunto muy enmarañado.

—Siempre tuve la impresión de que alguien le había dicho que fuera a verme… Si no, nunca se le habría ocurrido ir a la Ciudad Universitaria…

Yo también me había preguntado a menudo cómo una chica como Dannie había podido enterarse de la existencia de aquella Ciudad Universitaria. Se lo había preguntado un atardecer en que la acompañé a la lista de correos. «¿Sabes?», me dijo. «Vine a París para estudiar». Sí, pero ¿para estudiar qué?

—Con la ayuda de un amigo del pabellón de Marruecos, le conseguí un carnet de estudiante y de residente… A nombre de mi mujer…

Pero ¿por qué a nombre de su mujer? Se había parado.

—Le daba miedo usar su propio carnet de identidad… Cuando yo tuve que irme de la Ciudad Universitaria, ya no quiso quedarse allí. Le presenté a los otros, en el hotel de Montparnasse… Creo que gracias a ellos ha podido conseguir documentación falsa…

Me apretó el brazo y me hizo cruzar a la acera de enfrente. Yo me quedé sorprendido de que, de repente, hubiese querido cruzar la calle. Estábamos parados delante de un edificio pequeño y a lo mejor le daba miedo que pudieran oírlo hablar desde una de las ventanas. Enfrente, no había peligro. Íbamos siguiendo la verja de la lonja de vinos, sumida en penumbra y que estaba aún más desierta y silenciosa que la calle.

—¿Y por qué necesitaba documentación falsa? —le pregunté.

Me daba la impresión de estar soñando. Era algo que me sucedía a menudo por entonces, sobre todo cuando ya había caído la noche. ¿El cansancio? ¿O sería aquella sensación extraña de *déjà vu* que se adueña de uno también cuando está falto de sueño? En esos casos, todo se confunde en la cabeza, el pasado, el presente, el futuro, por un fenómeno de sobreimpresión. Y hoy aún la calle de Cuvier me sigue pareciendo apartada de París, en una ciudad de provincias desconocida, y me cuesta creer que ese hombre que andaba a mi lado haya existido de verdad. Oigo mi propia voz en un eco lejano: «¿Por qué necesitaba documentación falsa?».

—¿Pero al menos se llama Dannie? —le pregunté a Aghamouri con un tono

fingidamente desenvuelto, pues sentía mucha aprensión ante lo que fuera a revelarme.

—Sí, creo que sí… —me dijo con tono seco—. En el carnet de identidad nuevo no lo sé. No tiene mayor importancia. El carnet que le di en la Ciudad Universitaria está a nombre de mi mujer… Michèle Aghamouri.

Le pregunté, y me arrepentí nada más hacerlo:

—¿Y su mujer está enterada?

—No.

Volvía a ser lo que era pocos momentos antes y la persona de la que conservo hoy aún un recuerdo bastante concreto: un hombre intranquilo, siempre con la guardia en alto.

—Esto queda entre nosotros, ¿verdad?

—¿Sabe? —le dije—. Aprendí a callarme desde niño.

El tono solemne en que me salió aquella frase me dejó asombrado a mí mismo.

—Ha hecho algo bastante serio y le podrían pedir cuentas de ello —me dijo rápidamente—. Por eso quería una documentación nueva.

—¿Algo bastante serio?

—Pregúntele a ella. El problema es que si le dice algo, sabrá que la información viene de mí…

Había un portón abierto por el que se entraba a la lonja de los vinos y Aghamouri se detuvo delante de él.

—Podemos acortar por ahí —dijo—. Conozco un café en la calle de Jussieu. ¿No está harto de andar?

Crucé el portón detrás de él y salimos a un patio grande rodeado de edificios medio derruidos, como los de la antigua lonja de los cueros. Y la misma penumbra del solar donde lo había estado esperando antes… A distancia, una farola iluminaba con luz blanca unos almacenes, intactos aún y que tenían en las paredes carteles del mismo tipo de los que me habían llamado la atención en los edificios, derruidos a medias, de la lonja de los cueros.

Me volví hacia Aghamouri:

—¿Me permite?

Me saqué del bolsillo de la chaqueta la libreta negra, y vuelvo ahora a leer las notas que tomé aquella tarde con letra rápida mientras íbamos camino de la calle de Jussieu:

Marie Brizard y Roger
Butte de la Gironde
Las Bons Vins algériens
Almacenes del Loira
Libaud, Margerand y Blonde
Pórtico de los aguardientes. Bodegas de La Roseraie…

—¿Hace eso a menudo? —me preguntó Aghamouri.

Parecía decepcionado, como si temiera que cuanto quería contarme no me interesase de verdad y yo tuviera otras preocupaciones. Pero es algo que no puedo evitar; por entonces era ya igual de sensible que ahora en lo tocante a las personas y las cosas a punto de desaparecer. Estábamos llegando delante de un edificio moderno con el vestíbulo iluminado y en cuyo frontón ponía: Facultad de Ciencias.

Cruzamos el vestíbulo de esa facultad y, luego, otro solar hasta llegar a la calle de Jussieu.

—Es ahí —me dijo Aghamouri.

Y me indicaba, en la acera de enfrente, un café, pasado el Teatro de Lutèce. Había un grupo de gente en la acera, esperando que empezase la función.

Nos sentamos en un rincón, cerca de la barra. Enfrente de nosotros, al otro lado del local, había una hilera de mesas donde estaban cenando unas cuantas personas.

Ahora me tocaba a mí tomar la iniciativa para hacerlo hablar. En caso contrario, iba a arrepentirse de haberme dicho demasiado.

—Se refirió usted antes a algo bastante grave que tenía que ver con Dannie… Me gustaría que concretase un poco.

Titubeó por un momento.

—Está expuesta a graves contratiempos de orden jurídico…

Buscaba las palabras, palabras que fueran exactas, profesionales; palabras de abogado o de policía.

—De momento, está más o menos segura… Pero existe el peligro de que se den cuenta de que está implicada en un asunto muy feo…

—¿A qué se refiere con eso de «un asunto muy feo»?

—Eso se lo tiene que preguntar usted a ella.

Hubo un momento de silencio. E incluso embarazoso. Oí el timbre del teatro, pared por medio, anunciando que empezaba la función. ¡Dios mío, cuánto me habría gustado esa noche estar con ella en la sala, entre los espectadores, y que no estuviera ya implicada en «un asunto muy feo»… No entendía las reticencias de Aghamouri en explicarme en qué consistía ese «asunto muy feo».

—Me parece que tiene usted bastante intimidad con Dannie —le dije.

Me miró con expresión molesta.

—Lo vi con ella una noche, muy tarde, en «el 66»…

No parecía saber qué era «el 66». Le aclaré que se trataba del café que estaba en la parte de arriba del bulevar de Saint-Michel, cerca de la estación de Le Luxembourg.

—Es posible… Íbamos por allí cuando vivíamos aún en la Ciudad Universitaria…

Me sonreía, como si tuviera la pretensión de que, a partir de ese momento, la conversación se encarrilara por unos derroteros más anodinos, pero yo quería que fuera al grano. A fin de cuentas, era él quien había querido quedar conmigo. Yo llevaba encima la carta, dirigida a mí y enviada al 28 de la calle de L'Aude. La había metido entre las páginas de la libreta negra. Por lo demás, la conservé y hoy la he vuelto a leer antes de copiar lo que decía, fielmente, en una de las hojas de este papel de cartas «Clairefontaine» que llevo usando para escribir desde hace unos días.

—¿Y no le parece que habría que avisar a su mujer de que Dannie tiene un carnet de identidad a nombre suyo…?

Noté que se «rajaba»; y nunca me había parecido más oportuna esa palabra vulgar. Ahora, cuando me acuerdo, le veo incluso una red de rajitas en la piel

de la cara. Parecía tan inquieto que quise tranquilizarlo. No, todo aquello no tenía ninguna importancia.

—Si pudiera usted recuperar ese carnet a nombre de mi mujer que le di a Dannie, me vendría estupendamente…

Sabía perfectamente que yo no era mal chico. Bien pensado, las dos o tres veces que había ido a buscarlo, a última hora de la tarde a la facultad de Censier a la salida de clase, habíamos hablado de literatura. Conocía bastante a fondo a Baudelaire e incluso me había pedido que le leyese mis notas sobre Jeanne Duval.

—De todas formas —me dijo—, los otros le han conseguido una documentación falsa y ya no necesita ese carnet… Pero sobre todo no le diga que yo le he contado nada…

Parecía tan preocupado que estaba decidido a hacerle ese favor sin saber muy bien cómo. Notaba ciertos escrúpulos en registrarle el bolso a Dannie. Al principio, cuando la acompañaba a la lista de correos, ella le presentaba al empleado de la ventanilla algo así como un carnet de identidad. ¿Estaría a nombre de Michèle Aghamouri? ¿Era ese el nombre que aparecía en la documentación falsa que le había dado el grupito del Unic Hôtel? ¿Y cuál de ellos en concreto le había hecho ese favor? ¿Paul Chastagnier, Duwelz, Gérard Marciano? Yo más bien apostaba por «Georges», el hombre de la cara de luna y del fluido glacial, de más edad que los otros y a quien le tenían cierto miedo, ese de quien había dicho Paul Chastagnier, cuando le pregunté algo acerca de él: «¿Sabe? No puede decirse que sea un angelito».

—Por lo visto tiene usted un piso con su mujer por la zona de la Casa de la Radio.

Pensé que iba a parecerle indiscreto. Pero no fue así. Me sonrió y me dio la impresión de que lo aliviaba que sacase ese tema a relucir.

—Sí…, un pisito muy pequeño…, me gustaría invitarlo para que conociera a mi mujer…, pero con la condición de que se olvide, cuando estemos allí, de que tengo trato con Dannie, con el Unic Hôtel y con los demás…

Había dicho «allí» como si dijera el nombre de un país lejano y neutral donde se estuviera protegido del peligro.

—En realidad —le dije—, basta con cruzar el Sena para olvidarse de todo

lo que deja uno atrás.

—¿Lo cree usted de verdad?

Me di cuenta claramente de que andaba buscando que lo reconfortasen. Creo que se fiaba de mí… Cada vez que estábamos a solas o que íbamos andando desde la plaza de Monge a Montparnasse, hablábamos de literatura. Desde luego no habría podido hacer nada así con los otros, con los del Unic Hôtel. No me imaginaba a Paul Chastagnier ni a Duwelz, ni a «Georges» interesándose por lo que hubiera podido ocurrirle a Jeanne Duval. ¿Gérard Marciano, quizá? Me había contado un día que quería empezar a pintar y que sabía de un «bar de artistas» en la calle de Delambre: Le Rosebud. Años después, en el expediente que me dio el tal Langlais había una ficha policial de Marciano con dos fotos antropométricas de cara y de perfil, y mencionaban Le Rosebud como uno de los sitios por los que iba con asiduidad.

Aghamouri alzó la cabeza para mirarme.

—Por desgracia, no creo que baste con cruzar el Sena…

Volvía a tener esa sonrisa tímida que corría el riesgo de desaparecer en cualquier momento.

—Dannie no es la única… Yo también, Jean, me he metido en un buen lío…

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre y me enterneció. Me quedé callado para dejarlo hablar. Temía que, si decía una sola palabra, eso cortase de raíz cualquier confidencia.

—Me da miedo volver a Marruecos… Estaría igual que en París… Una vez que has metido un dedo en el engranaje, es muy difícil sacar la mano…

¿A qué engranaje se refería? Con la voz más suave que pude, al filo del cuchicheo, le hice, pese a todo, una pregunta, al azar.

—¿Cuando vivía en la Ciudad Universitaria no se sentía seguro?

Frunció las cejas con expresión aplicada, seguramente la que ponía en clase, en la universidad de Censier, para tranquilizarse a sí mismo diciéndose que no era más que un simple estudiante.

—¿Sabe, Jean? Había un ambiente raro en la Ciudad Universitaria, en el pabellón de Marruecos… Muchos controles de policía… Querían sobre todo vigilar a los residentes desde un punto de vista político. Algunos estudiantes

estaban en contra del gobierno marroquí… y Marruecos pedía a Francia que los vigilase… Así estaban las cosas…

Parecía aliviado por haberme contado aquello. E incluso jadeante. Así estaban las cosas. Después de ese preámbulo, seguramente le resultaba más fácil ir al grano.

—Hablando en general, por decirlo así, yo estaba en una posición bastante delicada…, pillado entre los dos bandos…, me trataba con gente de los dos al mismo tiempo… Habría podido decirse que jugaba con dos barajas… Pero es mucho más complicado… En el fondo, nunca se juega con dos barajas…

Debía de tener razón si me lo decía tan serio… Curiosamente esa frase se me quedó en la memoria. En los años posteriores, cuando estaba solo en la calle, preferentemente de noche y en algunos barrios del oeste —una noche fue, precisamente, cerca de la Casa de la Radio—, oía la voz lejana de Aghamouri diciéndome: «En el fondo, nunca se juega con dos barajas».

—Me descuidé…, dejé que me metieran en una especie de engranaje. ¿Sabe, Jean? Esas personas que andan por el Unic Hôtel tienen unas relaciones muy estrechas con Marruecos…

Según iba avanzando la hora, había cada vez más barullo y muchas más personas cenando en las mesas que teníamos enfrente. Aghamouri hablaba en voz baja y yo no oía todo lo que decía. Sí, el Unic Hôtel era el lugar de aterrizaje de algunos marroquíes y de franceses que tenían «asuntos» con ellos. Pero ¿qué tipo de «asuntos»? Aquel «Georges» de la cara de luna y de quien Paul Chastagnier me había explicado que no era «ningún angelito» tenía, también él, un hotel en Marruecos… Paul Chastagnier había vivido mucho tiempo en Casablanca… Y Marciano había nacido allí… Y él, Aghamouri, había acabado entre la gente aquella por un amigo marroquí que iba por la Ciudad Universitaria pero que, de hecho, tenía un cargo en la embajada, un cargo de consejero en asuntos «de seguridad»…

Hablaba cada vez más deprisa y me costaba no perderme en aquel aluvión de detalles. A lo mejor quería librarse de una carga o de un secreto que había llevado a cuestas él solo demasiado tiempo. Me dijo de repente:

—Perdone… Todo esto debe de parecerle incoherente…

Pero no era el caso. Yo estaba acostumbrado a escuchar a la gente. E

incluso, aunque no entendiera nada de lo que me estaban diciendo mis interlocutores, seguía con los ojos muy abiertos, sin quitarles la vista de encima y con mirada penetrante, con lo que les daba la ilusión de que tenían delante a un oyente de lo más atento. Yo pensaba en otra cosa, pero seguía con la mirada clavada en ellos y con cara de estarme bebiendo sus palabras. En el caso de Aghamouri era diferente. Como formaba parte del entorno de Dannie, intentaba enterarme. Y tenía la esperanza de que se le escapasen algunas palabras referidas al «asunto muy feo» en el que me había dicho que estaba metida.

—Tiene usted suerte… Usted no se ve en la obligación, como nosotros, de pringarse… Puede seguir con las manos limpias…

En esas palabras apuntaba un reproche. ¿Qué quería decir con ese «nosotros»? ¿Él y Dannie? Le miré las manos. Eran delicadas, mucho más que las mías. Y blancas. También la elegancia de las manos de Dannie me había llamado la atención. Tenía unas muñecas gráciles.

—Pero hay que tener cuidado con los malos encuentros… Por más que se crea uno invulnerable, siempre hay un punto flaco… Siempre… Tenga cuidado, Jean…

Era como si me envidiara «las manos limpias» y estuviera esperando el momento en que acabase por manchármelas. Se le volvía la voz cada vez más lejana. Y, en el momento en que estoy escribiendo estas líneas, esa voz es tan débil como las que oímos por la radio, ya muy entrada la noche, confusas por culpa de las interferencias. Creo que sobre la marcha tenía ya esa misma impresión. Me parece que por entonces los veía a todos como si estuvieran detrás de los cristales de un acuario y ese cristal nos separaba, a ellos y a mí. Igual que en los sueños vemos a los demás vivir las incertidumbres del presente pero nosotros estamos ya al tanto del porvenir. Y entonces intentamos convencer a la señora du Barry de que no vuelva a Francia para que no la guillotinen. Esta noche, me digo que voy a coger el metro hasta Jussieu. Según vayan pasando las estaciones, iré tiempo atrás. Me encontraré a Aghamouri sentado en la misma mesa, cerca de la barra, con el abrigo beige y la cartera negra encima de la mesa, esa cartera negra en la que yo me preguntaba si llevaba los apuntes de las clases de la universidad de Censier con los que iba

a poder, por lo que me decía, examinarse del «acceso a la universidad». No me habría sorprendido que sacara de ella fajos de billetes de banco, un revólver o las fichas de las informaciones que tenía que darle a ese amigo marroquí de la Ciudad Universitaria del que me había hablado y que tenía un cargo de «consejero» en la embajada… Me lo llevaría a la estación de Jussieu y haríamos el viaje inverso en el tiempo. Al final de la línea, saldríamos en Église-d'Auteuil. Una noche tranquila, una plaza apacible, casi aldeana. Le diría: «Arreglado. Está en el París de hoy. Ya no tiene nada que temer. Los que querían hacerle daño llevan ya mucho muertos. Está fuera de su alcance. Ya no hay cabinas telefónicas. Para ponerse en contacto conmigo, a cualquier hora del día o de la noche, puede usar este objeto». Y le daría un móvil.

—Sí… Tenga cuidado, Jean… Cuando estaba en el Unic Hôtel lo vi varias veces hablando con Paul Chastagnier… Lo meterá también a usted en un asunto muy feo…

Era tarde, la gente salía del teatro de Lutèce. Ya no quedaba nadie cenando en las mesas de enfrente. Aghamouri parecía aún más intranquilo que al principio de la conversación. Me daba la impresión de que tenía miedo de salir y se iba a quedar en ese café hasta la hora de cerrar.

Volví a preguntarle:

—¿Y Dannie? ¿Cree en serio que ese «asunto muy feo» del que me hablaba…?

No me dejó acabar la frase. Me dijo con tono seco:

—Puede costarle muy caro… Incluso con documentación falsa existe el riesgo de que la localicen… Hice mal al llevarla al Unic Hôtel y presentarle a los otros…, pero fue sólo para darle un respiro… Habría debido irse enseguida de París…

Se le había olvidado mi presencia. Seguramente se estaba repitiendo las mismas palabras que cuando estaba solo, de noche, a aquellas horas. Y luego movió la cabeza como si saliera de un mal sueño.

—Le estaba hablando de Paul Chastagnier… Pero el más peligroso no deja de ser «Georges»… Él ha sido quien le ha proporcionado a Dannie documentación falsa. Tiene apoyos muy importantes en Marruecos y contactos con ese amigo de la embajada… Quieren que yo les eche una mano…

Estaba a punto de contármelo todo, pero se detuvo a tiempo.

—No entiendo que un chico como usted se trate con esa gente… A mí no me queda más remedio… Pero usted…

Me encogí de hombros.

—¿Sabe? —le dije—. Yo no me trato con nadie. La mayoría de la gente no me importa nada. Sólo Restif de La Bretonne, Tristan Corbière, Jeanne Duval y unos pocos más.

—Pues entonces es usted muy afortunado…

Y, como habría hecho un policía que quisiera sacarle a alguien una confesión y fingiera complicidad, dijo:

—En el fondo, la culpa de todo esto la tiene Dannie, ¿verdad? Si hay un consejo que pueda darle es el de que debe romper con esa chica…

—Nunca hago caso de los consejos.

Y me esforzaba por sonreírle con sonrisa candorosa.

—Cuídese… Dannie y yo somos algo así como unos apestados… Con nosotros se arriesga a contagiarse de la lepra…

En resumidas cuentas, lo que quería decirme era que entre ellos dos había un vínculo estrecho, puntos en común, una complicidad.

—No se preocupe demasiado por mí —le dije.

Cuando salimos del café eran casi las doce de la noche. Aghamouri iba muy tieso con el abrigo beige puesto y la cartera negra en la mano.

—Disculpe…, esta noche he perdido un poco la cabeza… No haga caso de lo que le he dicho… Debe de ser cosa de los exámenes. Duermo muy mal… Tengo un oral dentro de unos días…

Había recobrado toda su dignidad y su seriedad de estudiante.

—Se me da mucho peor el oral que el escrito.

Hacía por sonreír. Le propuse ir con él hasta la estación de metro de Jussieu.

—Hay que ver…, si ni siquiera se me ha ocurrido invitarlo a cenar.

Ya no era el mismo hombre. Había reaccionado por completo.

Cruzamos la plaza con paso tranquilo. Aún nos quedaba tiempo antes del último metro.

—No tenga en cuenta lo que le he dicho de Dannie… No es tan

tremendo… Y, además, cuando le tienes cariño a una persona, te tomas demasiado a pecho lo que tiene que ver con ella y te preocupas inútilmente…

Hablaba con voz rotunda y recalcando todas las palabras. Se me vino a la cabeza una frase hecha: está mareando la perdiz.

Estaba a punto de bajar las escaleras de la boca del metro. No pude por menos de preguntarle:

—¿Va a ir a dormir al Unic Hôtel?

No se esperaba esa pregunta. Titubeó por un momento:

—Creo que no… Por fin he vuelto a conseguir mi habitación en la Ciudad Universitaria…, no deja de ser un sitio más agradable…

Me dio un apretón de manos. Estaba impaciente por dejarme, porque bajó a toda velocidad las escaleras. Antes de internarse en el pasillo, se volvió como si temiera que fuera siguiéndolo. Y tuve la tentación de hacerlo. Nos imaginaba sentados juntos en uno de los bancos granate del andén, esperando el metro, que tardaba en llegar por lo avanzado de la hora. Me había mentido, no iba a la Ciudad Universitaria, porque en tal caso habría cogido la línea de la Porte d'Italie. Volvía al Unic Hôtel. Se bajaría en Duroc. Una vez más intentaba yo enterarme de en qué «asunto muy feo» se había metido Dannie. Pero él no me contestaba. Allí, en aquel banco, fingía incluso que no me conocía. Se subía al vagón del metro, se cerraban las puertas y él miraba con ojos apagados, pegando la frente al cristal.

Esa noche volví a pie a mi habitación de la calle de L'Aude. Como era una buena caminata, podía ensimismarme en mis pensamientos. Cuando Dannie iba allí, a quedarse conmigo, a menudo era ya la una de la madrugada. A veces me decía: «He ido a ver a mi hermano», o: «Estaba en casa de mi amiga de Le Ranelagh», sin darme demasiados detalles. Por lo que me había parecido entender, ese hermano —de vez en cuando lo llamaba «Pierre»— no vivía en París, pero venía con regularidad. Y a «la amiga de Le Ranelagh» la llamaba así porque su casa estaba por las inmediaciones de los jardines de Le Ranelagh. Nunca me había dicho nada de presentarme a su hermano, pero en cambio me decía que algún día conocería a su «amiga de Le Ranelagh». Pasaban los días sin que cumpliera esa promesa.

Era posible que Aghamouri no me hubiera mentido y, mientras yo me iba andando a la calle de L'Aude, él habría llegado ya a su habitación de la Ciudad Universitaria. Pero ¿y Dannie? Todavía estaba oyendo, como un eco cada vez más debilitado, la voz de Aghamouri: «Ha hecho algo bastante serio… Puede costarle muy caro…». Y me daba miedo esperarla en vano esa noche. Aunque, bien pensado, la esperaba a menudo por las noches sin tener nunca la seguridad de que iba a venir. O, si no, llegaba de improviso, a eso de las cuatro de la madrugada. Yo me había quedado dormido, con un sueño ligero, y el ruido de la llave en la cerradura me despertaba sobresaltado. Las veladas se me hacían largas cuando no salía del barrio y me quedaba esperándola; pero me parecía bastante natural. Me compadecía de quienes tenían que apuntar en la agenda incontables citas, algunas con dos meses de anticipación. Todo estaba decidido y nunca esperarían a nadie. Nunca sabrían que el tiempo palpita, se dilata, luego vuelve a quedarse parado y, poco a

poco, nos va dando esa sensación de vacaciones y de infinito que otros buscan en la droga, pero que yo encontraba sencillamente en la espera. En el fondo, estaba seguro de que antes o después vendrías. A eso de las ocho de la noche, oía como mi vecina cerraba la puerta y sus pasos se iban dejando de oír por las escaleras. Vivía en el piso de arriba. En su puerta, un cartoncito blanco donde ponía su nombre, escrito con tinta roja: Kim. Tenía nuestra edad más o menos. Trabajaba en una obra de teatro y me había dicho que siempre tenía miedo de llegar tarde, después de levantarse el telón. Nos había regalado entradas a Dannie y a mí, y habíamos ido a un teatro de los bulevares que hoy ya no existe. Un taxi la esperaba todas las noches de la semana —menos los lunes— a las ocho en punto, y los domingos a las dos de la tarde, delante del número 28 de la calle de L'Aude. Por la ventana, la veía meterse en el taxi, con una cazadora forrada de piel, y cerrar la portezuela. Estábamos en enero; había hecho mucho frío y, luego, una capa de nieve cubrió la calle y, por unos días, estábamos lejos de París, en un pueblo de montaña. No me acuerdo ya ni de cómo se llamaba la obra ni del argumento. Mi vecina aparecía en el escenario después del descanso. Yo había apuntado en la libreta negra una de las frases de su papel, y la hora exacta, las nueve y cuarenta y cinco, en que decía esa frase. Si me hubieran preguntado el porqué, no creo que hubiese podido contestar de forma concreta. Pero ahora lo entiendo mejor; necesitaba puntos de referencia, nombres de estaciones de metro, números de edificios, pedigrís de perros, como si temiese que, de un momento a otro, las personas y las cosas nos esquivasen o desapareciesen y fuera necesario conservar al menos una prueba de su existencia.

Sabía que todas las noches, más o menos a las nueve y cuarenta y cinco, Kim diría, en el escenario, de cara al público:

—Habremos tenido tan poco que ver en su vida…

Y cuando lo escribo ahora, medio siglo después —o un siglo si a mano viene, ya no sé contar los años—, me olvido por un momento de esa sensación de vacío que noto. Taxi esperando a las ocho de la noche; miedo de llegar después de que se alzase el telón; cazadora forrada de piel por el frío y la nieve; gestos que eran cotidianos y ya han quedado abolidos, obra de teatro que nadie volverá a ver, risas y aplausos perdidos, y el propio teatro

derribado ya… Habremos tenido tan poco que ver en su vida… Los lunes, día de descanso, había luz en su ventana, y eso también me resultaba tranquilizador. Las demás noches estaba solo en aquel edificio pequeño. A veces me daba la sensación de que perdía la memoria y no sabía ya muy bien qué estaba haciendo allí. Hasta que volvía Dannie.

Iba andando con ella por el barrio de mi infancia, ese barrio por el que solía evitar pasar porque me traía recuerdos dolorosos y que ha cambiado tanto que en la actualidad me resulta totalmente ajeno e indiferente. Habíamos dejado atrás el Royal Saint-Germain y estábamos llegando ante la entrada del hotel Taranne. Vi salir del hotel a ese escritor a quien yo admiraba y uno de cuyos poemas se llamaba: «Dannie». Detrás de nosotros, una voz masculina llamó: «¡Jacques!…», y se volvió. Me miró con extrañeza, porque pensó que era yo quien lo había llamado por su nombre. Me entraron ganas de aprovechar la casualidad, de acercarme y de estrecharle la mano. Le habría preguntado por qué se llamaba «Dannie» su poema y si él también había conocido a una chica con ese nombre. Pero no me atreví. Alguien lo alcanzó, volviendo a llamarlo «Jacques…», y él cayó en la cuenta de la confusión. Creo, incluso, que me sonrió. Los dos hombres iban por el bulevar, delante de nosotros, en dirección al Sena.

—Deberías acercarte a saludarlo —me dijo Dannie. Se ofreció incluso a ir ella a hablarle en mi lugar, pero la detuve. Y, además, ya era tarde, los hombres se habían perdido de vista tras torcer, a la izquierda, por el bulevar de Raspail. Dimos media vuelta. Otra vez estábamos delante de la entrada del hotel Taranne.

—¿Por qué no le dejas una carta pidiéndole una cita? —me dijo Dannie.

De ninguna manera. La próxima vez que me lo encontrase vencería la timidez y me acercaría a saludarlo. Por desgracia, no me lo encontré nunca más y, decenas de años después, me enteré por uno de sus amigos de que, si alguien le daba la mano, lo miraba con expresión cansada y decía: «¿Seguimos en cinco dedos?». Sí, a veces la vida es monótona y cotidiana, como hoy,

cuando estoy escribiendo estas páginas para dar con líneas de fuga y evadirme por las brechas del tiempo. Estábamos sentados los dos en el banco del paseo central, entre la parada de taxis y el hotel Taranne. El año siguiente me enteré también de que allí, en aquella acera, habían cometido un crimen, detrás de donde estábamos nosotros. Obligaron a subir a un coche —que dijo ser de la policía— a un político marroquí, pero de hecho fue un rapto y, luego, un asesinato. Y el nombre de «Georges», ese que estaba a menudo en el vestíbulo del Unic Hôtel, salió en los periódicos como el de uno de los ejecutores de aquel crimen y yo esperaba continuamente encontrarme con los nombres de Paul Chastagnier, Duwelz, Gérard Marciano y Aghamouri, cuya opinión al respecto me habría interesado mucho. Pero me daba miedo, y me acordaba de la frase que me dijo aquella noche en que estábamos en el café de al lado del teatro de Lutèce: «Somos unos apestados. Con nosotros se arriesga a contagiarse de la lepra…». Una tarde me metí en una cabina telefónica alejada, al oeste, por la parte de Auteuil. Y estar tan lejos me tranquilizaba un poco. Me parecía que el Unic Hôtel estaba en otra ciudad. Marqué el número del pabellón de Marruecos en la Ciudad Universitaria, que me había dado Aghamouri la primera vez que quedamos los dos con Dannie y que yo había apuntado en la libreta negra: POR 58.17. No parecía muy probable que siguiera teniendo una habitación allí. Me oí decir con voz inexpresiva:

—¿Podría hablar con Ghali Aghamouri?

Hubo un momento de silencio. Estuve a punto de colgar. Pero me entró un vértigo, como a alguien que pudiera ponerse a cubierto pero nota de pronto deseos de correr al encuentro de un peligro.

—¿De parte de quién?

El hombre me había preguntado con voz seca, que era la un inspector de la prefectura de policía.

—De un amigo.

—Le he preguntado cómo se llama, caballero.

Estaba a punto de ceder al vértigo: decirle mi apellido, mi nombre, mi dirección. Me contuve a tiempo.

—Tristan Corbière.

Un silencio. Debía de estar apuntando el nombre.

—¿Y por qué quiere hablar con Ghali Aghamouri?

—Porque quiero hablar con él.

Yo también había puesto un tono seco, aún más seco que el suyo.

—Ghali Aghamouri no vive ya en el pabellón de Marruecos. ¿Me oye, caballero? ¿Me oye?

Ahora era yo quien no decía nada. Y notaba, en el otro extremo del hilo, la alteración de mi interlocutor, e incluso su preocupación ante mi silencio. Colgué. Más adelante, pasé a menudo por la acera en que estaban el Royal Saint-Germain y el hotel Taranne, pero ya no existían ninguno de los dos, como si alguien hubiera querido cambiar el decorado del crimen para que se olvidase. La semana pasada me fijé incluso en que habían quitado el banco que había delante de la parada de taxis, donde estábamos sentados aquella tarde Dannie y yo.

—Qué tonta… hace un rato, habría podido acercarme a él y decirle que me llamo Dannie…, como su poema…

Se echó a reír. Sí, aquel hombre, por lo que había leído yo acerca de él y por su aspecto campechano, seguramente habría tenido el detalle de pasar con nosotros unos momentos. Yo a veces recitaba por la calle, cuando iba solo, versos que él había escrito:

Si muero que mi viuda vaya
a Javel, cerca de Citron…

Saint-Christophe-de-Javel. Precisamente volvíamos de ese barrio al que había acompañado a Dannie, como de costumbre, a la lista de correos. Quise contarle durante el trayecto todo lo que me había dicho Aghamouri, ese «asunto muy feo» al que había aludido y que tenía que ver con ella, pero buscaba las palabras, o más bien el tono que había que usar, un tono ligero, casi de broma, para no asustarla… Me daba miedo que se cerrase en banda —como se decía en algunos ambientes, en el del Unic Hôtel seguramente— y que nos sintiéramos incómodos el uno con el otro.

Estábamos a punto de meternos por la calle de Rennes y seguir por ella

hasta Montparnasse. Pero, a la entrada de esa calle ancha, triste y recta que se perdía en el horizonte —todavía no la vestía de luto la barra negruzca de la torre Montparnasse—, hice ademán de retroceder. Le pregunté si de verdad tenía intención de volver al Unic Hôtel.

—Tengo que ver a Aghamouri —me dijo— para que me dé unos papeles.

Era el momento de aclarar las cosas. Estuve titubeando unos segundos. Y luego dije:

—¿Qué clase de papeles? ¿Documentación a nombre de Michèle Aghamouri?

Me miraba estupefacta, parada en la acera, a la altura de lo que es ahora la entrada del Monoprix y que era entonces un jardín abandonado donde habían hallado refugio decenas y decenas de gatos vagabundos.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

Se le endureció la expresión y pensé en Aghamouri. Si hubiera estado presente en aquel momento, Dannie se habría portado violentamente con él. Luego se encogió de hombros y dijo con tono indiferente:

—Parece un poco raro, pero es de lo más natural… Michèle me prestó su carnet de estudiante… He perdido toda la documentación y tengo que hacer un montón de gestiones liosas para sacar una partida de nacimiento… Nací en Casablanca…

¿Era una coincidencia? Ella también tenía algo que ver con Marruecos.

—También me ha contado que alguien te había proporcionado una documentación falsa.

Había dicho «alguien» porque no sabía cómo se llamaba de verdad el hombre de cara de luna a quien los otros llamaban «Georges», ni si se trataba de su nombre, de un alias o incluso de un apellido.

—No, no, nada de documentación falsa… ¿Te refieres a Rochard? ¿Ese que está a menudo en el vestíbulo del hotel?

—Ese a quien llaman «Georges»…

—Sí, ese —me dijo—. Viaja mucho a Marruecos… Tiene un hotel en Casablanca. Y como nací allí me ha podido conseguir una documentación provisional… Hasta que me llegue la de verdad.

No nos metimos por la calle de Rennes. A lo mejor la perspectiva de ir hacia Montparnasse por esa calle ancha y aburrida y de llegar al Unic Hôtel le daba también a ella cierta aprensión. Íbamos hacia el Sena.

—Aghamouri me ha dicho que necesitabas documentación falsa porque estabas metida en un asunto muy feo…

Habíamos llegado a la altura de la Escuela de Bellas Artes. Había grupos de estudiantes en la acera. Estaban celebrando algo. Algunos llevaban instrumentos de música; otros iban disfrazados de varias cosas: mosqueteros, presidiarios, o, sencillamente, llevaban el tronco al aire y la piel pintada de diferentes colores. Como si fueran indios.

—¿Te ha dicho «un asunto muy feo»?

Me miraba fijamente, frunciendo las cejas. Era como si no lo entendiera. Los estudiantes, a nuestro alrededor, gritaban y estaban empezando a tocar sus instrumentos. Me arrepentí de las palabras que había dicho: documentación falsa, asunto muy feo. Y pensar que podríamos haber sido como esos estudiantes tan simpáticos que no nos dejaban pasar… Nos estaban invitando a su baile de aquella noche. El baile de Les Quat'z'Arts. Nos costó librarnos del grupo, y finalmente las voces y la música acabaron por apagarse a nuestra espalda.

—Aghamouri hasta quería que recuperase el carnet a nombre de su mujer que te dio…

Se echó a reír y yo no sabía si era una risa natural o forzada.

—¿Y además te ha dicho que estaba metida en un asunto muy feo? ¿Y te has creído todo eso, Jean?

Íbamos andando por los muelles y me sentía aliviado por estar allí en vez de en la calle de Rennes, monótona y asfixiante. Por lo menos había espacio abierto y podía respirar. Y muy poca circulación. Silencio. Se oía el ruido de nuestros pasos.

—Dice lo primero que se le pasa por la cabeza… El que está metido en un asunto muy feo es él… ¿No te ha dicho nada?

—No.

Todo aquello no tenía importancia alguna. Lo único que contaba era que íbamos andando por los muelles sin pedirle permiso a nadie y sin dejar nada a

la espalda. E incluso podíamos cruzar el Sena y perdernos por otros barrios, e incluso irnos de París, a otras ciudades y a vivir otra vida.

—Lo utilizan para tenderle una trampa a un marroquí que viene a menudo a París… No está completamente de acuerdo con ellos, pero se le ha quedado pillada la mano en el engranaje… No puede decirles que no a nada…

Yo casi no atendía a lo que me decía. Me bastaba con ir andando con ella por los muelles y oír el sonido de su voz. En realidad no me interesaban los comparsas del Unic Hôtel: Chastagnier, Marciano, Duwelz, ese a quien llamaban «Georges» y que se llamaba Rochard, esas personas cuyos nombres me esfuerzo por repetir para que no se me vayan del todo de la memoria.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿No te queda más remedio que tratar con todos esos?

—De ninguna manera… Me los presentó Aghamouri. No tengo nada que ver con ellos.

—¿Ni siquiera con Rochard?

Me costó hacerle esa pregunta. Aquel Rochard a quien llamaban «Georges» me resultaba tan indiferente como los demás.

—Le pedí un favor sin importancia, sencillamente… Y ya está…

—¿Y te sigues llamando Dannie en la documentación falsa?

—No te rías de mí, Jean…

Me había cogido del brazo y estábamos cruzando el puente Royal. Sentía siempre, y no sé por qué, una sensación de ingravidez y un alivio cuando cruzaba el Sena por ese puente hacia la orilla derecha.

En medio del puente, Dannie se detuvo. Me dijo:

—Documentación falsa o documentación auténtica, ¿tú crees que para nosotros tiene importancia de verdad?

No, la verdad. Ninguna importancia. En aquellos años yo no estaba seguro de mi propia identidad. ¿Por qué iba a estarlo ella más que yo? Incluso ahora tengo dudas de que el extracto de mi partida de nacimiento sea correcto y estaré esperando hasta el final a que me den la ficha que se había perdido y donde figuraban mi nombre de verdad, mi fecha de nacimiento de verdad y los apellidos y los nombres de mis verdaderos padres, a quienes resulta que nunca conocí.

Dannie arrimaba la cara a la mía y me cuchicheaba al oído:

—Te haces siempre demasiadas preguntas…

Creo que estaba equivocada. Es ahora, decenas y decenas de años después, cuando intento descifrar las señales en morse que me envía desde lo hondo del pasado ese interlocutor misterioso. Pero entonces me conformaba con vivir al día sin hacerme demasiadas preguntas. Y, además, a las que le hice a ella —no eran muchas y no insistía mucho al preguntarle— nunca me contestó. Salvo una noche, con medias palabras. Hasta pasados veinte años no supe, por el expediente que me dio el tal Langlais, en qué «asunto muy feo se había metido», como decía Aghamouri. E incluso me había especificado: «Algo serio». Sí, efectivamente, era serio. Había muerto un hombre, que no es poco.

Esta noche he hojeado el expediente de Langlais y he vuelto a dar con una de las páginas de papel cebolla donde aparecen unos detalles muy concretos que copio: «Dos proyectiles alcanzaron a la víctima. Uno de los dos proyectiles lo dispararon a quemarropa. El otro no se disparó ni a quemarropa ni a poca distancia… Han aparecido los dos casquillos correspondientes a las dos balas disparadas…». Pero no tengo valor para copiar el resto. Ya volveré a ello más adelante, un día en que haga bueno y el sol y el cielo azul disipen las sombras.

Íbamos cruzando el jardín de Les Tuileries. Me pregunto en qué estación estábamos. Ahora, mientras escribo estas líneas, me parece que estábamos en enero. Veo manchas de nieve en los jardines de Le Carrousel, e incluso en la acera por la que andábamos, orillando Les Tuileries. Al frente, una aureola de bruma envuelve las farolas de debajo de los soportales de la calle de Rivoli. Y, sin embargo, tengo una duda: podría ser principios de otoño. Los árboles de Les Tuileries todavía tienen hojas. No tardarán en caérseles, pero a mí el otoño no me hace pensar en el final de nada. Creo que el año empieza en el mes de octubre. Invierno. Otoño. Las estaciones cambian y se confunden en el recuerdo como si este, con el paso de los años, viviera su propia vida, una vida vegetal, y no fuera nunca una imagen fija y muerta. Sí, las estaciones se mezclan a menudo; la primavera del invierno, el veranillo de San Martín… Cuando llegamos bajo los soportales estaba lloviendo, una lluvia muy fuerte o,

más bien, uno de esos chaparrones que lo pillan a uno desprevenido en verano.

—¿Te parece que tengo de verdad pinta de meterme en un asunto feo?

Me acercaba la cara, como si quisiera que le pasase revista atentamente, y me miraba a los ojos con una mirada tan sincera…

—Si me hubiera metido en un asunto feo, te lo diría…

Esa frase aún sigo oyéndola de noche, en las horas de insomnio. La apunté en la libreta negra. Debía de sospechar algo, pese a todo, un presentimiento inconcreto ya que la puse por escrito así, tal y como lo hice. ¿Por qué no me dijo nada? ¿O por qué me lo dijo sólo con medias palabras, una noche, cuando salíamos de la estación de Lyon? Sobre la marcha, no me fijé demasiado. A lo mejor no quería asustarme, pero, en tal caso, es que no me conocía bien. No sé ya qué moralista que leía yo en los tiempos de la calle de L'Aude afirmaba que hay que tomar siempre como son a las personas a las que queremos y, sobre todo, no pedirles cuentas.

—¿Sabes? —me dijo—. No voy a tardar en romper con los golfantes del Unic Hôtel.

Cuidaba el vocabulario, e incluso la dicción, pero a veces usaba expresiones vulgares, o de jerga, algunas de las cuales no conocía yo y las apuntaba en la libreta negra: fumarse la clase, un marrón, los maderos, en el culo del mundo. También he encontrado en las páginas de la libreta negra, entre comillas, «los golfantes del Unic Hôtel», y me pregunto si no estaría pensando por entonces en usarlo para ponerle título a una novela.

—Tienes razón —le dije—. Siempre puedes contar con los que te escriben a lista de correos.

Les había puesto a esas palabras una ironía de la que me arrepentí en el acto. Pero, bien pensado, era ella la que había empezado al decir con tono burlón «los golfantes del Unic Hôtel».

De repente parecía triste.

—Quien me escribe a lista de correos suele ser mi hermano…

Lo dijo muy deprisa, con una voz ronca que no le conocía, y había tanta sinceridad en aquella confesión que me guardé rencor a mí mismo por haber dudado hasta entonces de la existencia de un hermano a quien se negaba a presentarme.

Lista de correos. En el expediente del tal Langlais había una hoja de papel de un blanco sucio que parecía una ficha de identidad. Esta noche vuelvo a mirarla con la esperanza de que por fin me revele su secreto: en la foto infame de Fotomatón, grapada a la izquierda, reconozco a Dannie con el pelo más corto. Y, sin embargo, la foto está a nombre de una tal Mireille Sampierry, domiciliada en París, distrito IX, en el 23 de la calle de Blanche. Data del año anterior a que nos conociéramos y lleva la mención: «Certificado de una autorización de recepción sin sobretasa de correspondencia en lista de correos y lista de telégrafos». Y, sin embargo, no se trata de la oficina de correos de la calle de La Convention, adonde la acompañé en varias ocasiones, sino de la «estafeta n.º 84», del 31 de la calle de Ballu (IX). ¿En cuántas listas de correo recibía correspondencia? ¿Cómo llegó esa ficha a manos de Langlais o de los miembros de su servicio? ¿Se le quedó olvidada a Dannie en algún sitio? Y ese nombre, «Mireille Sampierry», ¿no lo había citado Langlais en su despacho del muelle de Gesvres cuando me interrogó? Es curiosa la forma en que algunos detalles de la existencia que no vemos al momento, los descubrimos veinte años después, como cuando miramos con lupa una foto antigua familiar y un rostro o un objeto en los que hasta entonces no nos habíamos fijado nos salta a la vista…

Me llevaba hacia la derecha por los soportales de la calle de Castiglione.

—Te invito a cenar… No queda demasiado lejos… Podemos ir a pie…

A esas horas el barrio estaba desierto y el ruido de nuestros pasos retumbaba bajo los soportales. Reinaba en torno tal silencio que no podía ya romperlo el paso de un coche, sino el golpeteo de los cascos del caballo de un coche de punto. No sé si lo pensé en aquel momento o si se me ha ocurrido ahora, al escribir estas líneas. Estábamos perdidos en el París nocturno de Charles Cros y de su perro, Satin; en el de Tristan Corbière; e incluso en el de Jeanne Duval. Por la Ópera pasaban coches y volvíamos a estar en el París del siglo XX, que tan lejano me parece hoy en día… Íbamos por la Chaussée d'Antin y, al final del todo, se veía la fachada oscura de la iglesia, como un ave gigantesca en reposo.

—Ya casi hemos llegado —me dijo—. Es a la entrada de la calle de Blanche…

Anoche soñé que íbamos por ese mismo camino, debido seguramente a lo que acababa de escribir. Oía su voz: «Es a la entrada de la calle de Blanche…», y me volvía despacio hacia ella. Le decía: «¿En el 23?».

No parecía oírme. Andábamos con paso regular y del brazo.

«Conocí a una chica que se llamaba Mireille Sampierry en el 23 de la calle de Blanche».

No se inmutaba. Seguía callada como si yo no hubiese dicho nada o la distancia del tiempo fuera tan grande entre nosotros que mi voz no pudiera llegarle.

Pero aquella noche yo no sabía nada aún de ese nombre, Mireille Sampierry. Íbamos siguiendo la glorieta de La Trinité.

—Ya verás…, es un sitio que me gusta mucho… Iba a menudo cuando vivía en la calle de Blanche…

Recuerdo que, por una asociación de ideas, me acordé de la baronesa Blanche. Había estado tomando notas sobre ella pocos días antes, en la libreta, copiando una de las páginas de un libro que trataba de París en tiempos de Luis XV: era un informe donde constaba lo poco que se sabía de la vida caótica y aventurera de esa mujer.

—¿Sabes por qué se llama así la calle? —le pregunté—. Por la baronesa Blanche.

El día anterior Dannie había querido saber qué escribía en la libreta y le había leído mis notas acerca de esa mujer.

—Entonces, ¿he vivido en la calle de la baronesa Blanche? —me dijo, sonriente.

El restaurante hacía esquina con la calle de Blanche y a una callecita que iba hasta la iglesia de La Trinité. Detrás de las lunas de la fachada había unas cortinas corridas. Dannie entró delante, como si lo hiciera en un sitio que le era familiar. Al fondo, una barra grande, y, a ambos lados, una fila de mesas redondas con manteles blancos. Paredes rojo oscuro, por la luz tamizada. Sólo había dos clientes —un hombre y una mujer— en una mesa cerca de la barra, tras la que estaba un hombre moreno de unos cuarenta años.

—Anda, tú por aquí… —le dijo a Dannie, como si le extrañase su presencia.

Ella parecía un poco apurada. Le dijo:

—He estado fuera de París una temporada…

El hombre me saludó con un leve movimiento de la cabeza. Dannie me presentó.

—Un amigo.

Nos sentó en una de las mesas, cerca de la puerta, a lo mejor para que estuviéramos tranquilos, lejos de los otros dos clientes. Pero estos no hablaban mucho o, si hablaban, era en voz baja.

—Se está bien aquí —me dijo Dannie—. Debería haberte traído antes…

Era la primera vez que la veía relajada. En todos los lugares de París a los que la había acompañado le notaba siempre una pizca de intranquilidad en lo hondo de los ojos.

—Viví un poco más arriba…, en un hotel…, cuando me fui del piso de la avenida de Félix-Faure…

Antes de escribir estas líneas, vuelvo a leer la ficha: «Mireille Sampierry, domiciliada en París, distrito IX, en el 23 de la calle de Blanche». Pero el 23 no es un hotel, lo he comprobado. Entonces, ¿por qué me dijo que había vivido en un hotel? ¿Por qué esa mentira, anodina en apariencia? ¿Y ese nombre: Mireille Sampierry? Ya es demasiado tarde para preguntárselo, menos en mis sueños, donde las épocas se confunden y puedo hacerle todas las preguntas gracias a las cosas de las que me enteré en el expediente del tal Langlais. Pero no sirve de nada. No me oye, y yo noto esa extraña sensación de ausencia que sentimos cuando soñamos con amigos muertos a quienes vemos, pese a todo, en el sueño, tan cercanos.

—¿Y qué has andando haciendo todo este tiempo?

El hombre estaba de pie delante de nuestra mesa. Nos había servido dos copas de Cointreau, pensando seguramente que teníamos los dos los mismos gustos.

—Intentando encontrar trabajo…

El hombre se volvía hacia mí y me echaba una mirada irónica, como si no se creyera lo que Dannie acababa de decir y me tomase por testigo.

—Si es que ni nos ha presentado… André Falvet…

Me daba un apretón de manos sin dejar de sonreírme. Yo tartamudeé:

—Jean…

Siempre me resultaba violento presentarme y meterme en la vida de alguien de esa forma abrupta, casi militar, que exige algo parecido a ponerse en posición de firme. Para que resultase menos solemne, omitía el apellido.

—¿Y encontraste trabajo?

Tenía en la mirada algo más que ironía. Hubiérase dicho que estaba hablando con una niña.

—Sí…, un trabajo de secretaria… con él…

Y me señalaba con el dedo.

—¿De secretaria?

Movía la cabeza con expresión de admiración fingida.

—Algunas personas me han preguntado qué había sido de ti. E incluso me hicieron muchas preguntas que tenían que ver contigo, pero puedes estar tranquila…, mis labios están sellados… Les dije que te habías ido al extranjero…

—Hiciste bien.

Dannie miraba a su alrededor para comprobar que el lugar no había cambiado. Luego se volvía hacia mí:

—Es un sitio muy tranquilo…

Se notaba uno apartado de todo, en una cueva donde nadie podría entrar ya porque una cortina gruesa de color rojo estaba corrida ante la puerta de entrada. El hombre y la mujer de la mesa del fondo se habían esfumado sin que yo me diera cuenta y ya no tendría forma de saber quiénes eran.

—Sí, muy tranquilo —le dijo él—. Se te ha olvidado que hoy es el día de cierre…

Se fue hacia la barra y, antes de meterse por la puerta que debía de llevar a la cocina, dijo:

—No esperaba a nadie a cenar esta noche…, os aviso de que será una cena improvisada…

Dannie se inclinó hacia mí, y nuestras frentes se tocaban. Me cuchicheó:

—Es muy agradable… No tiene nada que ver con los del Unic Hôtel… Puedes fiarte…

No entendí de momento por qué intentaba tranquilizarme. El nombre del

hombre ese, André Falvet, figura en el expediente que me entregó Langlais, y qué impresión tan rara notamos siempre cuando nos llegan aclaraciones, veinte años después, acerca de personas con las que nos cruzamos… Por fin desciframos, gracias a un código secreto, lo que vivimos equivocados, sin entenderlo bien… Un trayecto en coche, de noche, sin faros, y por más que pegábamos la frente a la ventanilla no dábamos con ningún punto de referencia. Y, además, ¿de verdad nos hacíamos muchas preguntas sobre la meta del viaje? Veinte años después va uno por la misma carretera, de día, y por fin puede ver todos los detalles del paisaje. Pero ¿para qué? Es demasiado tarde, ya no queda nadie. André Falvet, miembro de la banda Stéfani. Preso en el Penal Central de Poissy. Criador de perros en Porcheville. Gerente del Carrol's Beach en La Garoupe; Restaurante La Passée, en el bulevar de Gouvion-Saint-Cyr. Le Sévigné, en la calle de Blanche.

—Deberíamos venir aquí más a menudo —me dijo Dannie.

Volvimos varias veces. El local no estaba ya vacío, como la primera noche, sino que en todas las mesas había unos clientes muy raros de quienes me preguntaba yo si vivirían en el barrio. Varios se sentaban a la barra y hablaban con el llamado André Falvet. A algunos los citan en el expediente de Langlais. Nombres, nombres sin más que podría copiar aquí, por si acaso, pero no tengo valor. Lo haré más adelante, para quedarme tranquilo. Nunca se sabe; no hay que dejar nunca de enviar señales. La luz era un poco velada, como si las bombillas no tuvieran los vatios suficientes. A menos que el llamado Falvet intentase que el ambiente fuera más íntimo. Después de escribir esto, me queda una duda. Esta luz es la misma que la del piso de la avenida de Félix-Faure donde Dannie me llevó una noche, la misma también que la de la casa de campo La Barberie, en Feuilleuse, cuando se hacía de noche. Es como si el tiempo hubiera desgastado las lámparas. Pero, a veces, salta un resorte. Ayer, estaba solo en la calle y se desgarraba un velo. Ni pasado ya, ni presente, un tiempo inmóvil. Todo había recobrado su luz auténtica. Eran alrededor de las ocho de la tarde, en verano, y todavía había sol en la parte de abajo de la calle de Blanche. Habían puesto dos o tres mesas en la acera, delante del restaurante. La puerta estaba abierta de par en par y se oía, procedente del local, un rumor de conversaciones. Dannie y yo estábamos

sentados fuera, en una de las mesas. El sol nos obligaba a guiñar los ojos.

—Debería enseñarte el hotel donde vivía, algo más arriba —me decía.

—¿En el 23?

—Sí. En el 23.

Y no parecía extrañada de que yo supiera el número.

—Pero no es un hotel.

No me contestaba, y no tenía ninguna importancia. Dannie quería que paseásemos por el barrio antes de que cayera la noche. Pero teníamos por delante muchísimo tiempo. Gracias a la hora de verano, a las diez de la noche aún sería de día. Y yo pensaba incluso que iba a ser una noche blanca.

Hace un rato, estaba en una librería de la calle de L'Odéon. Ya era de noche. Había encontrado en las estanterías de libros de lance una novela encuadernada en un color rojo sucio que se llamaba: *Se acabaron los sueños*. El librero, en su mesa, acababa de meter el libro en una bolsa blanca de plástico y me lo estaba alargando cuando entró una mujer. No cerró al entrar la puerta acristalada, como si no quisiera entretenerse. Una mulata de mi edad, alta, vestida con un abrigo viejo de color de herrumbre y con el cinturón colgando. Llevaba un capacho. Se nos acercó y puso el capacho encima de la mesa del librero.

—¿Compra usted libros?

Había hecho la pregunta con brusquedad y con el acento de los antiguos arrabales de París.

—Depende —dijo el librero.

—Vengo de parte de una señora mayor… Trabajo en su casa…

Sacó los libros del capacho: libros de arte, tomos de la colección de La Pléiade… A uno iban enganchados un collar y un broche, y los volvió a meter en el capacho. Con aquellos ademanes tan bruscos salieron volando unos cuantos billetes de banco. Los recogió y se los metió en un bolsillo del abrigo.

—¿Y esa señora mayor vive en el barrio? —preguntó el librero.

—No… no… Vive en el distrito XVII… Es la señora de la casa en que trabajo…

—Tendría usted que darme su dirección —dijo el librero.

—¿Y para qué quiere su dirección?

De repente, se había vuelto agresiva. Aquel collar, aquel broche y aquellos billetes de banco entre los libros daban la impresión de un robo apresurado.

Los libros estaban apilados encima de la mesa.

—Entonces, ¿no se quiere quedar con ellos?

—Ahora mismo, no —dijo el librero.

Ella los metía uno a uno, con ademán rabioso, en el capacho. El librero miraba las tapas como si quisiera localizar manchas de sangre. A lo mejor pensaba que había asesinado a esa vieja, «la señora de la casa en que trabajaba», como decía ella.

La mujer se encogió de hombros y se fue, dejando la puerta abierta al salir. Por miedo a que se esfumase, salí en el acto, pisándole los talones.

Nada más verla en la librería, me había dicho a mí mismo que era la reencarnación de Jeanne Duval, o Jeanne Duval en persona. Que fuera alta, y tuviera acento parisino y el capacho donde había amontonado libros, las joyas y los billetes de banco encajaba con los pocos detalles que había leído yo acerca de ella y había apuntado antiguamente en la libreta negra. Iba unos diez metros por delante de mí y cojeaba levemente. Habría podido alcanzarla, pero prefería seguirla a distancia para convencerme de que era ella. Llevaba colgando a ambos lados el cinturón del abrigo y el capacho en la mano izquierda, y, con el peso, ladeaba el busto. Los faroles, en las fachadas de los edificios de la calle, no habían cambiado desde el siglo XIX y apenas si la iluminaban. Me daba miedo perderla de vista. En el cruce de L'Odéon, se encaminó a la boca del metro. Yo había apretado el paso. Cuando la mujer estaba a punto de bajar las escaleras, grité:

—Jeanne…

Se volvió. Me lanzó una mirada intranquila, como si la hubiera pillado con las manos en la masa. Nos quedamos un momento quietos los dos, observándonos. Quise acercarme y acompañarla hasta el andén para llevarle el capacho. Pero no pude moverme. Notaba las piernas pesadas como el plomo, cosa que me sucede a menudo en sueños. Luego ella bajó las escaleras muy deprisa. Seguramente tenía miedo de que la siguiera. Debía de tomarme por un poli de paisano. Impresionado, me senté al pie de la estatua de Danton. Le había dicho al librero que «la señora para la que trabajaba» vivía en el distrito XVII. Pues claro, aquello encajaba con el último testimonio que había leído acerca de ella. Nunca pudo saberse en qué fecha murió y había llegado a

preguntarme si en realidad se había muerto. Y, además, ni siquiera sabíamos la fecha de nacimiento. Su sombra seguía muy presente aún en algunos barrios de París. El último testigo que la identificó, porque vivía cerca, dijo que su casa estaba en el 17 de la calle de Sauffroy. Que, desde luego, está al final del distrito XVII. Un trayecto largo de metro. Desde Odéon, trasbordaría en Sèvres-Babylone. Luego, en Saint-Lazare. Se bajaría en Brochant. Me prometía ir algún día a la calle de Sauffroy. Por lo menos, tenía más o menos un punto de referencia. Pero no podía decir lo mismo de las personas a quienes había conocido en una época más próxima que la de Jeanne Duval y que, como ella, aparecían en la libreta negra. No sabía qué había sido de ellas. Me parece que esos a quienes Dannie llamaba «los golfantes del Unic Hôtel» se habían muerto, por lo menos «Georges», alias Rochard, y Paul Chastagnier. No tengo tanta seguridad en lo referido a Duwelz y Gérard Marciano. Tampoco volví a tener noticias de Aghamouri. Y Dannie había desaparecido definitivamente. Y eso que yo me había hecho en la última página de la libreta negra una lista de unos cuantos detalles que recordaba y que deberían haberme puesto sobre su rastro. Añadí los demás detalles que no sabía y de los que me enteré hojeando las páginas del expediente de Langlais. Sin embargo, mis investigaciones no habían dado resultado y, al cabo de cierto tiempo, acabé por dejarlas. No me hacía ya demasiadas ilusiones. Todo aquello acabaría por caer en el olvido un día u otro.

Desde que empecé a escribir estas páginas, me digo que sí hay un medio de luchar contra el olvido. Y es ir a determinadas zonas de París donde uno no ha vuelto desde hace treinta o cuarenta años y quedarse por allí una tarde entera, como si estuviera de vigilancia. A lo mejor esas personas de quienes nos preguntamos qué ha sido aparecerán en la esquina de una calle o en el paseo de un parque, o saldrán de los edificios que flanquean esos callejones sin salida que se llaman «glorietas» o «villas». Viven con una vida secreta y eso sólo pueden hacerlo en sitios silenciosos, lejos del centro. Sin embargo, en todas las ocasiones en que me pareció reconocer a Dannie, fue siempre entre el gentío. Una tarde a última hora, en la estación de Lyon, cuando iba a coger

un tren, entre el barullo de la salida de vacaciones. Un sábado a media tarde en el cruce del bulevar y de la Chaussée d'Antin, en el flujo de gente que se agolpaba en las puertas de los grandes almacenes. Pero en todas esas ocasiones estaba equivocado.

Hace veinte años, una mañana de invierno estaba citado en el juzgado de lo civil del distrito XIII y, a eso de las once, al salir del juzgado, estaba en la acera de la plaza de Italie. No había vuelto a esa plaza desde la primavera de 1964, una temporada en que iba por ese barrio. Y de pronto caí en la cuenta de que no llevaba encima ni un céntimo para coger un taxi o el metro y volver a casa. Di con un cajero automático en una callecita que estaba detrás de la tenencia de alcaldía, pero, tras teclear el número secreto, salió, en vez de los billetes, una cartulina. Ponía: «Saldo disponible insuficiente. Disculpe las molestias». Volví a teclear el número, y volvió a salir la misma cartulina: «Saldo disponible insuficiente. Disculpe las molestias». Rodeé el edificio de la tenencia de alcaldía y me vi otra vez en la acera de la plaza de Italie.

El destino quería que me quedase allí y no había que llevarle la contraria. A lo mejor tanta era mi insuficiencia que no conseguiría nunca salir del barrio. Me notaba ingrávido por el sol y el cielo azul de enero. En 1964 no había rascacielos, pero ahora se iban desvaneciendo poco a poco en el aire límpido para dejarles el sitio al café Le Clair de lune y a las casas de planta baja del bulevar de La Gare. Iba a colarme dentro de un tiempo paralelo donde nadie podría ya darme alcance.

Las paulonias de flores malva de la plaza de Italie… Me repetía esa frase y debo reconocer que se me llenaban los ojos de lágrimas. ¿O sería el frío del invierno? En resumidas cuentas, había regresado al punto de partida, y si los cajeros automáticos hubiesen existido allá por 1964, la cartulina habría sido para mí la misma: Saldo disponible insuficiente. No disponía por entonces de nada, ningún derecho, ninguna legitimidad. Ni familia, ni categoría social bien definida. Flotaba en el aire de París.

Iba andando hacia el punto en que había estado el café Le Clair de lune. Nos quedábamos sentados en las mesas del fondo, cerca de la tarima de los músicos, sin tomar nada. Estaba dando la vuelta a la plaza. Debería coger una habitación en algún hotel modesto, quizá el Coypel, si existiera aún, u otro

cuyo nombre no recordaba, por la zona de Les Gobelins. Había llegado a la esquina con la avenida de la Sœur-Rosalie e iba otra vez en dirección a la tenencia de alcaldía, preguntándome hasta cuándo iba a estar dando vueltas por la plaza, como si fuera un campo magnético que no me soltaba. Me detuve delante de la terraza de un café. Un hombre de cierta edad estaba sentado a una mesa, detrás de la cristalera, y me miraba. Y yo tampoco le quitaba ojo. Tenía una cara que me recordaba a alguien. Rasgos bastante regulares. Pelo gris —o blanco— cortado a cepillo más bien largo. Me hizo una seña con el brazo. Quería que entrase en el café.

Se levantó al acercarme yo y me tendió la mano.

—Langlais. ¿Me recuerda?

Titubeé un momento. Fue seguramente la tiesura de su porte militar y ese «¿me recuerda?» lo que me ayudó a identificarlo. Y además nunca te olvidas de las caras de aquellos con quienes te has cruzado en un período difícil de la vida.

—El muelle de Gesvres…

Pareció sorprenderlo que le dijera eso:

—Veo que tiene muy buena memoria…

Se había sentado y me hizo una seña para que ocupase la silla que tenía enfrente.

—Lo he ido siguiendo de lejos todo este tiempo —me dijo—. He leído incluso su último libro sobre esa… Jeanne Duval…

Yo no sabía muy bien qué contestarle. Repetí:

—¿Me ha ido siguiendo?

Sonrió y recordé que anteriormente me había demostrado cierto trato benigno.

—Sí… Lo he ido siguiendo… Era mi oficio, hasta cierto punto…

Me observaba frunciendo el ceño, como en el siglo anterior en su despacho del muelle de Gesvres. Aparte del pelo gris cortado a cepillo, aunque algo largo, no había cambiado mucho. No es que hiciera mucho calor que digamos en aquella terraza acristalada y no se había quitado la gabardina, que habría podido datar de la época lejana en que me interrogó.

—Supongo que no vive en el barrio…, si no me lo habría encontrado…

—No, no vivo en el barrio —le dije—. Y llevaba una eternidad sin venir por aquí…, desde la época del muelle de Gesvres…

—¿Quiere tomar algo?

El camarero estaba junto a nuestra mesa. Estaba a punto de pedir un Cointreau, en recuerdo de Dannie, pero no llevaba un céntimo encima y me resultaba violento que me invitase.

—No…, estoy bien así —tartamudeé.

—Sí, hombre… Tome algo…

—Un café solo.

—Y yo otro —dijo Langlais.

Hubo un silencio. Me tocaba a mí romperlo.

—¿Vive usted en el barrio?

—Sí. De toda la vida.

—Yo también, cuando era joven, conocía bien este barrio… ¿Se acuerda del café Le Clair de lune?

—Claro que sí. Pero ¿qué hacía usted en Le Clair de lune?

El tono era el mismo con que me había interrogado hacía tiempo. Me sonreía.

—No tiene usted obligación de responder. No estamos ya en mi despacho…

Detrás de la cristalera de la terraza veía parte de la plaza de Italie, que no había cambiado bajo el sol y el cielo azul. Me daba la impresión de que me había interrogado el día anterior. Le sonreí.

—¿Y cuándo quiere usted reanudar el interrogatorio? —le pregunté.

Estaba seguro de que él también tenía la misma impresión que yo. El tiempo estaba abolido. No había pasado más de un día entre el muelle de Gesvres y la plaza de Italie.

—Es curioso —me dijo—. En varias ocasiones he querido volver a entrar en contacto con usted… Llamé incluso una vez por teléfono a su editorial, pero no quisieron darme sus señas.

Se inclinaba hacia mí, guiñando los ojos.

—La verdad es que habría podido dar con sus señas yo solo… Era mi oficio…

Volvía a tener el tono seco del muelle de Gesvres. Yo ya no sabía si estaba bromeando.

—Pero me daba miedo molestarlo… y que mi gestión le resultara embarazosa…

Cabeceaba como si no supiera si decirme algo. Yo esperaba con los brazos cruzados. Me parecía de pronto que se habían invertido los papeles y que era yo quien estaba detrás de su escritorio e iba a empezar a interrogarlo.

—Mire…, cuando me jubilé, me quedé con dos o tres expedientes, de recuerdo… y, entre ellos, con el expediente de esos por quienes lo interrogamos a usted en el muelle de Gesvres…

Se mostraba apurado, casi tímido, como si me hubiera confesado algo comprometedor que pudiera escandalizarme.

—Si siente usted interés…

Me pregunté si estaba soñando o no. Un hombre acababa de sentarse a una de las mesas de la terraza, al fondo del todo, y estaba marcando un número, con el índice, en el móvil. Ver ese objeto me confirmó que aquello no era un sueño y que estábamos ambos en el presente y en el mundo real.

—Pues claro que me interesa —le dije.

—Por eso quería saber sus señas… Pensaba mandárselo todo por correo…

—Una gente muy peculiar —le dije—. Me acuerdo mucho de ella esta temporada…

Me apetecía explicarle por qué aquel expediente, que tenía ya casi medio siglo, me interesaba. Vives una época breve de tu vida —día a día, sin hacerte preguntas— en circunstancias raras, entre personas que son raras también. Y hasta mucho más adelante no puedes entender por fin qué viviste y quiénes eran exactamente esos que te rodeaban, siempre y cuando te proporcionen por fin el medio para resolver un lenguaje en clave. La mayoría de las personas no se ven en esas circunstancias: tienen recuerdos sencillos, sin altibajos, y que se bastan a sí mismos y no necesitan decenas y decenas de años para aclararlos.

—Lo entiendo —me dijo, como si me hubiera adivinado el pensamiento—. Ese expediente será para usted, hasta cierto punto, una bomba de explosión

retardada.

Miró el *ticket*. A mí me daba mucho apuro no poder invitarlo. Pero no me atrevía a ponerlo al tanto de que aquella mañana era una persona insolvente.

Fuera, en la acera de la plaza, nos quedamos, Langlais y yo, quietos y callados. En apariencia, no quería que nos separásemos ya.

—Puedo darle ese expediente en mano… No hace falta que se lo mande por correo…, vivo aquí al lado…

—Es usted muy amable —le dije.

Dimos la vuelta a la plaza y me señaló con el dedo un rascacielos que hacía esquina con la avenida de Choisy.

—Ahí estaba Le Clair de lune —me dijo, indicándome los bajos del rascacielos—. Mi padre me llevaba a menudo. Conocía a la dueña…

Nos estábamos metiendo por la avenida de Choisy.

—Vivo un poco más abajo… Puede estar tranquilo, que no lo voy a obligar a andar kilómetros…

Llegábamos a la altura de la glorieta de Choisy. Me acordaba bien de esos jardines, que más bien parecían un parque, del edificio grande de ladrillo rojo que llamaban Instituto Dental, y del liceo femenino, al fondo del todo. Del otro lado de la avenida, pasados los rascacielos, había unas casas de planta baja que estaban tal y como las había conocido yo. Pero ¿por cuánto tiempo aún? Langlais se detuvo delante de un edificio pequeño que hacía esquina con un callejón sin salida y en cuyos bajos había un restaurante chino.

—No le pido que suba a casa…, me daría vergüenza…, está todo de un desordenado… Tardo un segundo…

Solo en la acera, miraba los árboles pelados del bulevar de Choisy y, a distancia, la mole rojo oscuro del Instituto Dental. Aquel edificio siempre me había parecido insólito en el parque. Mis recuerdos de la glorieta de Choisy no eran recuerdos de invierno, sino de primavera y de verano, cuando las frondas de los árboles contrastaban con el rojo oscuro del Instituto.

—¿En qué pensaba, tan ensimismado?

No lo había oído llegar. Llevaba en la mano una carpeta de plástico amarillo. Me la estaba alargando.

—Tenga… su expediente… Es bastante breve, pero seguro que le resulta

interesante…

Los dos titubeábamos antes de separarnos. Me habría gustado invitarlo a comer.

—No se moleste porque no le haya pedido que subiera…, es un piso diminuto donde ya vivieron mis padres… La única ventaja que tiene es la vista a todos estos árboles…

Y me señalaba la entrada a los jardines centrales de la glorieta de Choisy.

—Hablábamos hace un rato de Le Clair de lune… A la dueña la asesinaron allí, en la glorieta… ¿Ve el edificio de ladrillo rojo, el Instituto Dental…?

Parecía absorto en un recuerdo doloroso.

—Se la llevaron al Instituto… La arrimaron a una pared y la fusilaron por la espalda… Y luego se dieron cuenta de que se habían confundido…

¿Había presenciado la escena desde la ventana de su casa?

—Fue en la Liberación de París… Se había instalado un grupo entero en el Instituto Dental…, resistentes falsos…, el capitán Bernard y el capitán Manu…, y un teniente cuyo nombre se me ha olvidado…

Yo no sabía ninguno de esos detalles cuando cruzaba la glorieta de Choisy, hacía años, para ir a esperar a la salida del liceo a una amiga de la infancia.

—No hay que revolver excesivamente en el pasado. Y me pregunto si he atinado al darle este expediente… ¿Volvió a ver a la chica? Esa que tenía varios nombres.

No entendí de inmediato a quién se refería.

—El interrogatorio que le hice en el muelle de Gesvres fue por ella. ¿Cómo la llamaba usted?

—Dannie.

—En realidad se llamaba Dominique Roger. Pero tenía otros nombres.

Dominique Roger. A lo mejor era con ese nombre con el que iba a recoger las cartas a la lista de correos. Nunca pude ver qué ponía en los sobres. Se metía enseguida las cartas en el bolsillo del abrigo después de leerlas.

—A lo mejor la conoció con el nombre de Mireille Sampierry —me dijo Langlais.

—No.

Él separaba los brazos y me miraba con ojos rebosantes de compasión.

—¿Cree que todavía vive? —le pregunté.

—¿En serio quiere saberlo?

Yo nunca me lo había preguntado de forma tan concreta. A decir verdad, podía contestarle: No. En realidad, no.

—No merece la pena —me dijo él—. No hay que forzar las cosas. A lo mejor un día se cruza con ella por la calle. Nosotros nos hemos encontrado…

Yo había abierto la carpeta de plástico amarillo. A primera vista, había dentro unas diez hojas.

—Vale más que lea usted todo eso con la cabeza descansada… Si necesita alguna explicación, hágamelo saber.

Rebuscaba en el bolsillo interior de la chaqueta y me dio una tarjeta de visita diminuta donde ponía: Langlais. Avenida de Choisy, 159, y un número de teléfono.

Anduve unos pasos y me volví. No se había vuelto a meter en la casa. Seguía en medio de la acera y me miraba de lejos. Seguramente iba a seguirme con la mirada hasta que desapareciese al final de la avenida. En los tiempos en que trabajaba en su oficio, debió de estar de vigilancia a menudo en días de invierno como aquel, o incluso de noche, con ambas manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

«No hay que revolver en el pasado», me había dicho Langlais según nos separábamos, pero en aquella mañana de invierno me quedaba por delante una buena caminata para regresar a mi casa, en la otra punta de París. ¿Había sido realmente una casualidad estar en la plaza de Italie después de más de veinte años y que hubiera salido del cajero automático la cartulina: «Saldo disponible insuficiente. Disculpe las molestias»? ¿Qué molestia? Yo era feliz aquella mañana, e ingrávido. Los bolsillos vacíos. Y esa larga caminata, con un paso regular, haciendo paradas en los bancos… Sentía no llevar la libreta negra. Tenía en ella un repertorio de los bancos de París en diferentes trayectos: de norte a sur, de oeste a este, esos bancos que siempre señalaban una etapa donde uno podía descansar un rato y soñar. Ya no me percataba demasiado bien de la diferencia entre el pasado y el presente. Había llegado a Les Gobelins. Llevaba toda la juventud —e incluso la infancia— andando, y siempre por las mismas calles, de forma tal que el tiempo se había vuelto transparente.

Crucé por el Jardín Botánico y me senté en un banco del paseo central. Pocos transeúntes, porque hacía frío. Pero seguía haciendo sol, y el azul del cielo me confirmaba que el tiempo se había detenido. Bastaba con quedarse allí hasta que cayera la noche y escudriñar el cielo para descubrir en él unas cuantas estrellas a las que daría nombres sin saber de verdad si eran los suyos. Y me volvían a la memoria pasajes enteros de mi libro de cabecera de por entonces, en la calle de L'Aude: *La eternidad por los astros*. Esa lectura me ayudaba a esperar a Dannie. Hacía tanto frío en aquella época como en este banco del Jardín Botánico, y la calle de L'Aude estaba nevada. Pero, pese al frío, fui pasando las hojas de la carpeta de plástico amarillo. Había también

una carta, firmada por Langlais y en la que no me había fijado cuando abrí a medias hacía un rato esta carpeta amarilla y él me dijo: «Vale más que lea usted todo eso con la cabeza descansada». Una carta escrita deprisa y corriendo —era casi ilegible— en su casa, antes de bajar para darme el expediente.

Mi querido amigo:

Me jubilé hace diez años, así que estuve aún trabajando mucho tiempo en los servicios del muelle de Gesvres y del muelle de Les Orfèvres mientras usted escribía sus libros, que he leído con muchísima atención.

Por supuesto que me acordaba de su paso por mi despacho del muelle de Gesvres para un interrogatorio siendo usted muy joven. Tengo buena memoria para las caras. Me gastaban bromas a menudo diciéndome que podía reconocer a una persona de espaldas después de diez años aunque no hubiera coincidido con ella más que una vez.

Cuando dejé definitivamente el servicio me permití llevarme de los archivos de lo que había sido la brigada antivicio unos cuantos recuerdos de mi trabajo y, entre ellos, este expediente incompleto que tenía que ver con usted y que siempre quise darle a conocer. Ha llegado ese día gracias a nuestro encuentro de hoy.

Cuente con mi discreción. Por lo demás, me parece que escribió usted en alguna parte que vivimos a merced de ciertos silencios.

Su buen amigo,

LANGLAIS

P. S. Para que se quede tranquilo del todo: la investigación algunas de cuyas piezas tiene usted delante quedó ya definitivamente abandonada.

Según iba hojeando el expediente, me iba encontrando fichas de identidad, informes, actas de interrogatorios. Me saltaban a la vista algunos nombres:

«Aghamouri, Ghali, pabellón de Marruecos, Ciudad Universitaria, nacido el 6 de junio de 1938 en Fez. Supuestamente "estudiante", miembro de los servicios de seguridad marroquíes. Embajada de Marruecos… Georges B., conocido por "Rochard", pelo castaño, estatura media, nariz recta, prominente. Se ruega entrar en contacto con mi Dirección, TURBIGO 92.00 para información complementaria… Comparece el llamado Duwelz, nombre y apodo: Pierre. El inculpado lee, se ratifica y firma… Chastagnier, Paul, Emmanuel. Estatura 1,80 m. Usa el coche Lancia matrícula 1934 GD 75… Marciano, Gérard. Señas personales: cicatriz de 2 cm, externa, ceja izquierda…». Yo iba pasando las páginas muy deprisa, evitando pararme en alguna y temiendo en todas descubrir un detalle nuevo o una ficha referida a Dannie. «Dominique Roger, conocida por "Dannie". Con el nombre de Mireille Sampierry (calle de Blanche, 23), alias Michèle Aghamouri, alias Jeannine de Chillaud… Según los informes de Davin, vive al parecer en el Unic Hôtel con el nombre de Jeannine de Chillaud, nacida en Casablanca el… Recibía la correspondencia en lista de correos como demuestra la tarjeta de abono adjunta expedida por la estafeta 84 de París».

Y en la parte de abajo de las páginas, unidas por un clip:

«Dos proyectiles alcanzaron a la víctima. Uno de los dos proyectiles lo dispararon a quemarropa… Han aparecido los dos casquillos que corresponden a las dos balas disparadas. El portero del 46 bis del muelle de Henri-IV…».

Una noche nos habíamos bajado de un tren Dannie y yo, en la estación de Lyon. Creo que volvíamos de esa casa de campo que se llamaba La Barberie. No llevábamos equipaje. El vestíbulo estaba lleno de gente, era verano y, si no recuerdo mal, el primer día de las vacaciones. Al salir de la estación, no cogimos el metro. Esa noche Dannie no quería ir al Unic Hôtel y decidimos ir andando a mi casa, en la calle de L'Aude. Cuando íbamos a cruzar el Sena, me dijo:

—¿No te importa que demos un rodeo?

Me llevó por los muelles en dirección a la isla de Saint-Louis. París estaba desierto, como lo está tantas veces en las noches de verano, y contrastaba con el gentío de la estación de Lyon. Muy poca circulación. Una

sensación de ingravidez y de vacancia. Escribí esta palabra con letra grande, en la libreta negra, con una fecha: 1 de julio, la fecha de esa noche. Y añadí incluso la definición de vacancia tal y como la había leído en un diccionario: «Se dice de lo que está vacante, disponible».

Íbamos por el muelle de Henri-IV, que nombran precisamente en la parte de abajo de esa página del expediente de Langlais, una página donde se especifica con toda claridad que «hubo un muerto». Dannie se paró delante de uno de los últimos edificios, el 46 bis, el mismo que figura en esa página, lo comprobé el día en que me encontré con Langlais, pasados veinte años. Ese día me bastó con cruzar el puente desde el Jardín Botánico.

Se dirigió hacia la puerta cochera y titubeó un momento:

—¿Me harías un favor?

Hablaba con voz poco firme, como si estuviera en una zona peligrosa donde podían sorprenderla.

—Llamas a la puerta del bajo izquierda y preguntas por la señora Dorme.

Miraba las ventanas de la planta baja, que tenían cerradas las contraventanas metálicas. Por las rendijas pasaba una luz débil.

—¿Ves luz? —me dijo en voz baja.

—Sí.

—Si hablas con la señora Dorme le preguntas cuándo puede llamarla por teléfono Dannie.

Parecía tensa y, a lo mejor, se arrepentía de aquella iniciativa. Creo que estaba a punto de sujetarme para que no fuera.

—Te espero en el puente. Vale más que no me quede delante de la casa.

Y me indicaba el puente que cruza por la punta de la isla de Saint-Louis.

Entré y me paré a la izquierda, delante de una puerta maciza de madera clara, de dos hojas. Llamé. Nadie venía a abrirme. No oía ningún ruido detrás de la puerta. Sin embargo, habíamos visto luz por las rendijas de las contraventanas. Saltó el automático de la luz de la escalera. Volví a llamar en la oscuridad. Nadie. Allí estaba yo, esperando en la oscuridad. Tenía la vana esperanza de que alguien acabara por abrirme, de que se quebrara el silencio y volviera a haber luz. En un momento dado, golpeé la puerta con los dos puños, pero la madera era tan gruesa que no sonaba ningún ruido. ¿De verdad golpeé

la puerta aquella noche? He soñado tantas veces con esta escena, tiempo después, que el sueño se confunde con la vida. La noche pasada, estaba en una oscuridad total, sin ningún punto de referencia, y golpeaba con ambos puños una puerta como si me hubieran encerrado. Me asfixiaba. Me desperté sobresaltado. Sí, otra vez el mismo sueño. Intenté recordar si había llamado así aquella noche de hacía tanto tiempo. Fuere como fuere, el caso es que llamé varias veces, en la oscuridad, y me sorprendió el sonido cristalino, de cascabel, de ese timbre. Nadie. El silencio.

Salí a tientas del edificio. Dannie paseaba arriba y abajo por el puente. Me cogió el brazo y me lo apretó. Mi regreso era un alivio para ella y me pregunté si habría corrido peligro. Le dije que nadie me había abierto la puerta.

—No habría debido mandarte que fueras —me dijo—. Pero hay momentos en que creo que las cosas siguen siendo como antes…

—¿Antes de qué?

Se encogió de hombros.

Volvimos a cruzar el puente y fuimos por el muelle de La Tournelle. Dannie no decía nada y no era buen momento para hacerle preguntas. Aquí todo estaba en calma y resultaba tranquilizador; las fachadas antiguas de las casas, los árboles, los faroles encendidos, las calles estrechas que desembocaban en el muelle y me recordaban a Restif de la Bretonne. Muchas páginas de la libreta negra estaban llenas de notas que se referían a él. Ni siquiera me apetecía hacerle preguntas a Dannie. Me notaba ingrávido, despreocupado, feliz de ir andando esa noche con ella por el muelle y de repetirme el nombre de consonancias dulces y misteriosas de Restif de la Bretonne.

—Jean… Querría preguntarte una cosa…

Íbamos bordeando esa zona, en un entrante del muelle, en cuyo centro hay mesas y maceteros con plantas que delimitan la terraza de un café. Aquella noche les habían puesto sombrillas a las mesas. Una noche de verano en un puertecito del sur. Murmullos de conversaciones.

—Jean… ¿Qué dirías si hubiera hecho algo grave?

Reconozco que esa pregunta no me alarmó. Quizá por el tono indiferente que había empleado ella, como si citase la letra de una canción, o un poema. Y

porque ese: «Jean… ¿Qué dirías…» era precisamente un verso que me había vuelto a la memoria: «… Dime, Blaise, ¿estamos muy lejos de Montmartre?».

—¿Qué dirías si hubiera matado a alguien?

Pensé que estaba bromeando o que me hacía esa pregunta porque solía leer novelas policíacas. Por cierto, era lo único que leía. A lo mejor en una de esas novelas una mujer le hacía esa misma pregunta a su novio.

—¿Qué diría? Nada.

Hoy en día le habría contestado lo mismo. ¿Tenemos derecho a juzgar a los que queremos? Si los queremos, será por algo y ese algo nos prohíbe que los juzguemos. ¿O no?

—Bueno… Si no lo hubiese matado de verdad… Si hubiera sido un accidente…

—Me tranquilizas.

Pareció decepcionarla esa respuesta que he tardado tantos años en darme cuenta de que era seca y con un sentido del humor pobre e involuntario.

—Sí… un accidente…, el disparo salió él solo…

—Hay a menudo balas perdidas —le dije.

Había pensado en el acto en disparos de revólver. Y no me había equivocado, ya que me dijo:

—Tienes razón…, balas perdidas…

Me eché a reír. Me miró con reproche. Luego me apretó el brazo.

—No hablemos más de cosas tristes… Anoche tuve un mal sueño…, soñé que estaba en una casa y le disparaba a un individuo para defenderme…, un individuo horrible con párpados gruesos…

—¿Párpados gruesos?

—Sí…

Debía de andar aún algo metida en ese sueño. Pero no me preocupaba. Yo había pasado a menudo por esa misma experiencia: algunos sueños —o más bien algunas pesadillas— que se han tenido la noche anterior, se llevan luego a rastras todo el día. Se mezclan con nuestros gestos más cotidianos y, por mucho que estemos con amigos, al sol, en la terraza de un café, nos persiguen a retazos y se adhieren a nuestra vida real, como una especie de eco o de interferencia de la que no conseguimos librarnos. Una confusión así se debe a

veces a la falta de sueño. Tenía ganas de decírselo para tranquilizarla. Habíamos llegado a la altura de Saint-Julien-le-Pauvre. Delante de la librería americana habían colocado los bancos y las sillas como en una terraza y unas diez personas estaban sentadas, oyendo una música de jazz que salía de la librería.

—Deberíamos sentarnos con ellos —le dije—. Se te olvidaría el mal sueño…

—¿Tú crees?

Pero seguimos andando, no sé ya por dónde. Recuerdo avenidas silenciosas donde las hojas de los plátanos formaban una bóveda, unas cuantas ventanas encendidas en las fachadas de las casas y el león de Belfort que montaba guardia, mirando fijamente hacia el sur. Dannie había salido del mal sueño. Nos sentamos en los peldaños de las escaleras empinadas que llevan a la calle de L'Aude. Yo oía que chorreaba agua por alguna parte. Dannie arrimó su cara a la mía.

—No hagas caso de lo que te dije hace un rato… No ha cambiado nada… Está todo exactamente igual que antes…

Esa noche de verano, ese chorrear de cascada o de fuente, esas escaleras empinadas excavadas en la pared alta y desde donde teníamos a nuestros pies las hojas de los árboles… Todo estaba en calma y yo estaba seguro de que ante nosotros se abrían líneas de fuga hacia el porvenir.

No se vuelve a menudo a los barrios del sur. Son una zona que ha terminado por convertirse en un paisaje interior, imaginario, hasta tal punto que sorprende que nombres como Tombe-Issoire, Glacière, Montsouris, el castillo de la Reine Blanche estén de verdad, escritos con toda claridad, en los planos de París. Nunca he vuelto a la calle de L'Aude, Salvo en sueños. Ahora vuelvo a verla en diferentes estaciones. Desde la ventana de mi antigua habitación está nevada, pero si se llega por la avenida, por las escaleras empinadas, siempre es verano.

En cambio he pasado a menudo en coche por el muelle de Henri-IV para ir a la estación de Lyon. Y noto siempre una punzada en el corazón y una especie

de inquietud. Una noche en que había cogido un taxi al salir de la estación, le dije al taxista que se parase delante del 46 bis, con el pretexto de que estaba esperando a alguien. Clavé la mirada en la puerta cochera. La había abierto más o menos a esa misma hora, en un mes de julio. Y esta noche también era julio. Intentaba contar los años. Al cabo de un rato, el taxista me dijo:

—¿Está seguro de que va a venir esa persona?

Le pedí que me esperase un momento y me bajé del taxi. Al llegar delante de la puerta cochera, me llamó la atención, a la derecha, el teclado para el código del portero automático. En aquellos tiempos no existía. Pulsé con el índice, al azar, cuatro números y la letra D. La puerta siguió cerrada. Me volví a subir al taxi.

—Se le ha olvidado el código, ¿eh? —me dijo el taxista—. ¿Seguimos esperando a la persona esa?

—No.

A veces, en los sueños, sé el código y no necesito empujar la puerta cochera. En cuanto pulso con el índice la letra D la puerta se abre automáticamente y se vuelve a cerrar cuando entro. La luz del día, que viene de una cristalera del fondo, ilumina el pasillo ancho de la entrada. Me veo delante de la otra puerta, la del piso de la planta baja, esa puerta de madera maciza y clara que debería haberme abierto una tal señora Dorme aquella noche de julio en que estaba con Dannie. Espero un momento antes de llamar. En la puerta hay manchas de sol. Me siento ingrávido, sí, liberado de un remordimiento, de a saber qué culpabilidad. Todo será como antes o, más bien, nunca hubo ni antes ni después en nuestras vidas, ni ese «algo grave», esa fractura, ese inconveniente, ese pecado original —intento en vano dar con palabras acertadas—, ese peso que llevábamos a rastras aunque fuésemos jóvenes y despreocupados. Voy a llamar y el sonido será tan cristalino como la primera noche. Se abrirán las dos hojas de la puerta con el mismo movimiento pausado que la puerta cochera y una mujer rubia de unos cincuenta años, de rasgos regulares y vestida con elegancia, me dirá: «Dannie lo está esperando en el salón».

¿Esa mujer es la señora Dorme? Me despierto siempre al llegar a esta pregunta, pero nunca hay respuesta. En el expediente de Langlais la nombran y

dan de ella varias informaciones sin importancia. No hay ninguna foto suya…: «… conocida por señora Dorme, socia al principio de Paul Milani en el "4" de la calle de Douai… Directora del Buffet 48… y de L'Étoile-Iéna… Compró, al parecer, varios caballos de carreras hace quince años… Es posible que se fuera a Suiza en fecha sin determinar…». Una mujer sin rostro, como ese muerto que metieron en un coche aparcado delante del edificio. Era alrededor de la una de la madrugada, según la declaración del portero del 46 bis. Les abrió él personalmente la puerta cochera para que entrasen. Eran cuatro. Él, el portero, no sabía que el hombre estaba muerto; uno de los que lo sujetaban le dijo sencillamente que el individuo aquel se había puesto malo y que lo llevaban al hospital Lariboisière. ¿Por qué al Lariboisière? Estaba lejos, en la otra punta de París. La verdad es que, por las informaciones que había reunido Langlais, llevaron al muerto «a su domicilio» para que pudiera morirse allí oficialmente en su propia cama sin que llegara a saberse nunca que había ocurrido en un bajo del 46 bis del muelle de Henri-IV. Ya venía notando el portero desde hacía unos meses, a partir de las nueve de la tarde y durante la noche, muchas idas y venidas. Se oía a menudo música, pero aquella noche, por lo que dijo, no había ruido en el piso. Tú debías de estar con ese a quien llaman «el muerto» sin decir nunca cómo se llamaba. Y, sin embargo, en la parte de abajo de una página se intuye que ese nombre se escribió a máquina y que luego lo borraron. Apenas si pueden verse dos letras: una S y una V. Así que tú estabas aquella noche en el piso con el desconocido, con otras personas —una reunión «bastante restringida», dice el informe— y la tal señora Dorme. El portero oyó dos disparos inmediatamente antes de las doce de la noche. Al cabo de unos diez minutos vio salir del piso a dos hombres y a dos mujeres; luego a «una joven» a quien describe con bastante precisión, porque llevaba varios meses yendo a menudo al piso, había hablado con ella varias veces y ella recogía con regularidad correspondencia que iba a nombre de «Mireille Sampierry». Eras tú. Los otros cuatro llegaron una hora después, más o menos, para llevarse a aquel hombre sin nombre y sin cara en el coche aparcado delante del edificio. Una de las personas que asistieron a aquella velada —un tal Jean Terrail— declaró que eras tú quien había disparado, pero que el arma era del desconocido y que este te había

amenazado «de forma brutal y obscena». Seguramente estaba bebido. Ya no existe para poder confirmarlo. Es como si no hubiera existido nunca. Se supone que conseguiste arrebatarle el arma, que disparaste, o que «los disparos salieron solos» porque tú hiciste un ademán demasiado brusco. ¿Dos balas perdidas? Encontraron los casquillos en un dormitorio del piso durante la investigación. Pero ¿quién les abrió la puerta? ¿La señora Dorme? No hay gran cosa acerca de ti en ese expediente. No naciste en Casablanca, como me dijiste una noche cuando hablábamos de Aghamouri y de algunos parroquianos del Unic Hôtel que tenían «estrechas relaciones» con Marruecos. Naciste sin ir más lejos en París durante la guerra, dos años antes que yo. De padre desconocido y de Andrée Lydia Roger, en el número 7 de la calle Narcisse-Diaz, en el distrito XVI. Clínica Mirabeau. Pero, poco tiempo después de la guerra, consta que tu madre, Andrée Lydia Roger, vive en el número 16 de la calle de Vitrube, en el distrito XX. ¿Por qué esa especificación y por qué ese paso brusco del distrito XVI al barrio de Charonne? A lo mejor sólo tú podrías habérmelo dicho. No se menciona a tu hermano Pierre, de quien me hablabas a menudo. Saben que viviste en la calle de Blanche con el nombre de Mireille Sampierry, pero no dicen por qué usabas ese nombre. Ninguna alusión a tu habitación en la Ciudad Universitaria ni al pabellón de los Estados Unidos. Ni a la avenida de Victor-Hugo. Y, sin embargo, yo te acompañaba a menudo y te esperaba detrás del edificio con dos salidas. Y tú volvías siempre con un fajo de billetes de banco y yo me preguntaba quién te los había dado, pero de eso no se enteraron. Tampoco hay nada acerca del pisito de la avenida de Félix-Faure ni de La Barberie, la casa de campo de Feuilleuse. Saben que te fuiste a una habitación del Unic Hôtel, por un informe de «Davin», pero no parecía que les corriera prisa interrogarte, pues en caso contrario habría bastado con esperarte en el vestíbulo o, sencillamente, con un telefonazo de «Davin» que los avisase de que estabas en el hotel. Debieron de dar de lado enseguida la investigación y, en cualquier caso, cuando me citó Langlais tú ya habías «desaparecido». Lo pone en una ficha. Habías desaparecido como la señora Dorme, cuyo rastro no encontraron en Suiza, en el supuesto de que lo buscasen en serio.

No sé si llevaron de mala manera esta investigación o si los informes que

tienen guardados en sus archivos acerca de miles y miles de personas son así de incompletos, pero confieso que me han decepcionado. Yo creía hasta ahora que escudriñaban el corazón y los pensamientos más íntimos, que en sus ficheros estaban los mínimos detalles de nuestras vidas, todos nuestros humildes secretos, y que estábamos a merced de sus silencios. Pero ¿qué saben verdaderamente de nosotros dos y de ti, aparte de esas balas perdidas y de ese muerto fantasmal? En el interrogatorio que me hicieron firmar debajo del epígrafe «me ratifico y firmo» no les digo casi nada de ti. Ni de mí. Les digo que nos conocimos hace muy poco por mediación de un estudiante marroquí de la Ciudad Universitaria y que tú también querías matricularte en la facultad de Censier. Y que nos estuvimos viendo apenas tres meses en el Barrio Latino y en el de Montparnasse, entre los estudiantes aplicados y los pintores viejos de pelo rizado y chaquetas de terciopelo que andaban habitualmente por esas zonas. Íbamos al cine. Y a las librerías. Especifiqué incluso que dábamos largos paseos por París y por el bosque de Boulogne. Según iba respondiendo a las preguntas en ese despacho del muelle de Gesvres, oía el repiqueteo de la máquina de escribir. Langlais escribía personalmente, con dos dedos. Sí, íbamos también a los cafés del bulevar de Saint-Michel, y como teníamos poco dinero, a veces comíamos en el restaurante de la Ciudad Universitaria. Y puesto que Langlais había preguntado: «¿Qué diversiones tenían?», para, según me dijo, «acotar mejor nuestras personalidades», acabé por darle más detalles: solíamos ir a la cinemateca de la calle de Ulm y estábamos a punto de darnos de alta en las Juventudes Musicales de Francia. Cuando me hizo preguntas acerca de Aghamouri y del Unic Hôtel, noté que estaba en terreno resbaladizo. Habíamos conocido a Aghamouri en la cafetería de la Ciudad Universitaria. Yo, la verdad, lo tenía por un simple estudiante. Además había ido varias veces a buscarlo a Censier después de las clases. No, ni se me habría ocurrido que pudiera pertenecer a los «servicios especiales marroquíes». Y, bien pensado, no era cosa nuestra. ¿Y el Unic Hôtel? No, no, no era Aghamouri quien nos había llevado allí. Yo había oído decir que en el Unic Hôtel te alquilaban habitaciones aunque fueras menor y a mí me faltaba un año para la mayoría de edad. Por eso cogíamos allí una habitación de vez en cuando mi amiga y yo.

Me fijé en que Langlais no escribía esa respuesta a máquina y que, en apariencia, todas mis mentiras le daban igual.

−Así que, si lo he entendido bien, ¿Ghali Aghamouri nunca les presentó a su amiga y a usted a los denominados Duwelz, Marciano, Chastagnier y Georges B. conocido por Rochard?

—No —le dije.

Mientras pulsaba las teclas con los dedos índices iba diciendo la frase en mi lugar: «El denominado Ghali Aghamouri no me presentó nunca a los denominados Duwelz, Marciano, Chastagnier y Rochard. Mi amiga y yo sólo nos cruzábamos con ellos en el vestíbulo del hotel». Luego me sonrió y se encogió de hombros. A lo mejor opinaba lo mismo que yo: en el fondo todos estos detalles tan pobres no iban con nosotros. Pronto no tendrían ya ningún peso en nuestras vidas. Se quedó pensativo un buen rato, con los brazos cruzados, detrás de la máquina de escribir, con la cabeza agachada, y pensé que se había olvidado de mí. Y, con voz suave, sin mirarme, dijo: «¿Sabe que su amiga estuvo hace dos años en la cárcel de la Petite-Roquette?». Noté una punzada en el corazón. «No es que fuera nada muy grave… Estuvo ocho meses…», y me alargó una ficha que me esforcé por leer muy deprisa porque él la sujetaba entre el pulgar y el índice y temía que la apartase de pronto de mi vista. Las líneas y las palabras me bailaban delante de los ojos: «… hurtos en varias tiendas de lujo…, detenida en la avenida de Victor-Hugo cuando se llevaba un bolso de cocodrilo… "Entraba en una tienda sin llevar bolso. Y una vez dentro escogía uno y me iba con él… y lo mismo con los abrigos"».

No me dejó tiempo suficiente para leerlo todo y puso la ficha encima del escritorio. Parecía molesto por haberme enseñado aquel documento… «No era tan grave», repitió, «chiquillerías…, cleptomanía… ¿Sabe lo que dicen de la cleptomanía?». Yo estaba asombrado de que aquel interrogatorio se convirtiera de pronto en una conversación ordinaria, casi amistosa, entre nosotros. «Falta de cariño… Robas lo que los demás no te han dado nunca. ¿Le faltaba cariño?». Me clavaba los ojos azules y saltones y yo tenía la sensación de que intentaba leerme los pensamientos y que lo conseguía.

—Desde luego ahora está metida en algo mucho más serio… Ocurrió hace tres meses…, inmediatamente antes de que usted la conociera… Murió un

hombre.

Creo que me puse muy pálido porque los ojos azules que se clavaban en mí expresaban ahora cierta intranquilidad. Parecía estar acechándome.

—Claro que puede considerarse un accidente…, dos balas perdidas…

Con gesto de cansancio metió una hoja en blanco en la máquina de escribir y me preguntó:

—¿Su amiga nunca le contó confidencialmente nada referido a una velada del mes de septiembre pasado en una vivienda del 46 bis del muelle de Henri-IV de París?

Contesté negativamente y volví a oír el repiqueteo de la máquina. Luego, otra pregunta:

—¿Le explicó su amiga por qué cambiaba continuamente de nombre?

No estaba al tanto de ese detalle, pero, si lo hubiera estado, no me habría extrañado gran cosa. Yo también había cambiado de nombre de pila y falsificado la fecha de nacimiento para echarme años y ser mayor de edad. En cualquier caso, sólo la conocía por «Dannie». Mientras Langlais tecleaba mi respuesta, le deletreé el nombre al acordarme de la falta de ortografía que había hecho yo en nuestro primer encuentro.

—¿Le ha dado señales de vida desde que desapareció o tiene usted idea de dónde puede estar?

Esa pregunta me puso tan triste que me quedé callado. Contestó él en mi lugar, pulsando, según lo decía, las teclas de la máquina con los dos dedos índices: «Mi amiga no ha dado señales de vida desde que desapareció y supongo que se ha marchado al extranjero».

Se interrumpió:

—¿Nunca le habló de una tal señora Dorme?

—No.

Se quedó pensando un momento y continuó, en voz alta, mientras seguía pulsando las teclas de la máquina de escribir con los dos dedos índices: «… que se ha marchado al extranjero, en compañía seguramente de la denominada Hélène Méreux, conocida por señora Dorme».

Suspiró, como si acabase de quitarse de encima una pejiguera. Me alargó la hoja:

—Firme ahí.

Yo también notaba alivio por haber acabado.

—Es una investigación rutinaria que tenemos pendiente desde hace meses —me dijo, con cara de querer tranquilizarme—. Seguramente echarán tierra al asunto… El muerto murió supuestamente de muerte natural en su domicilio. Espero que a usted no le traiga consecuencias. Pero nunca se sabe…

Yo estaba buscando algunas palabras amables antes de despedirme.

—¿Escribe las declaraciones a máquina? —le pregunté—. Me parece que antes se escribía todo a mano.

—Tiene razón. Y la mayoría de los inspectores de entonces tenían una letra estupenda. Y redactaban los informes en un francés excelente.

Me fue guiando por el pasillo y bajamos la escalera juntos. Antes de separarnos, en el vano de la puerta que daba al muelle, me dijo:

—También usted, me ha parecido entender, ha empezado a escribir. ¿A mano?

—Sí. A mano.

Han derribado la Petite-Roquette. En el lugar en que estaba hay ahora una glorieta. Cuando tenía unos veinte años, iba a menudo a ver a un tal Adolfo Kaminsky, un fotógrafo que vivía en uno de los edificios grandes que bordeaban la calle, enfrente de la cárcel. Desde sus ventanas se veía, más abajo, el edificio en forma de hexágono, con sus seis torres. Era la época en que te habían encerrado en ese sitio, pero yo no lo sabía. La otra noche estaba esperando ante el portal de la cárcel, enfrente de casa de Kaminsky, y me dejaron entrar. Me llevaron al locutorio. Me dijeron que me sentara ante una separación de cristal, y tú estabas sentada del otro lado. Te hablaba y parecía que me entendías; pero por mucho que movías los labios y pegabas la frente al cristal, no oía tu voz. Te hacía preguntas: «¿Quién era la señora Dorme? ¿Y el muerto fantasmal del muelle de Henri-IV? ¿Y la persona a quien ibas a visitar a menudo al edificio con dos salidas mientras yo me quedaba esperándote?». Por el movimiento de los labios, veía que intentabas contestarme, pero el cristal que nos separaba ahogaba tu voz. Un silencio de acuario.

Me acuerdo de que paseábamos a menudo por el bosque de Boulogne. A media tarde, los días en que tenía que esperarla en la parte trasera del edificio con dos salidas de la avenida de Victor-Hugo. Nunca sabré por qué Dannie salía por allí y no por la puerta principal, como si temiera cruzarse con alguien a esas horas. Íbamos por la avenida hasta La Muette. Según andábamos por el camino de los lagos, yo sentía que me quitaba un peso de encima. Ella también, porque me decía que estaría bien que viviéramos en una habitación de esos bloques de edificios a orillas del bosque. Una zona neutral, aislada de todo, entre escasos vecinos cuya lengua ni siquiera entenderíamos, de forma tal que no tendríamos necesidad de hablar con ellos ni de contestar a sus preguntas. Ya no tendríamos que darle a nadie cuentas de nada. Acabaríamos por olvidar los agujeros negros de París: el Unic Hôtel, la Petite-Roquette, el piso bajo del muelle con su muerto, todos esos sitios malos que nos daban a los dos esa forma de andar errática.

Mediada una tarde de octubre, era ya de noche y flotaba a nuestro alrededor un aroma a hojas secas, a tierra mojada y a cuadra; íbamos andando, orillando el Jardín de Aclimatación, y habíamos llegado al estanque de Saint-James. Nos sentamos en un banco. Yo estaba preocupado por el manuscrito que me había dejado olvidado en la casa de campo. Dannie me había dicho que no podíamos volver. Sería peligroso para nosotros. No me había especificado realmente la naturaleza de ese peligro. Se había quedado con las llaves de la casa de campo, como también con la llave del piso de la avenida de Félix-Faure, pero debería haberlas devuelto hacía mucho. Yo sospechaba incluso que había hecho copias sin que lo supieran los dueños. Seguramente tenía miedo de que nos sorprendieran en la casa, como si fuéramos unos ladrones.

—No le des tantas vueltas, Jean. Acabaremos recuperando tu manuscrito.

Y añadió que me tomaba las cosas demasiado a pecho. Bastaba con revolver en los puestos de los libreros de lance y elegir una de esas novelas antiguas cuyos escasos lectores habían muerto hacía mucho y cuya existencia no sospechaban los vivos. Y copiarla. A mano. Y decir que era el autor.

—¿Qué te parece mi idea, Jean?

Yo no sabía qué contestarle. Me acordaba de la primera frase de mi

manuscrito: «No me queda más remedio que volver a una época de mi juventud en que me llamaban el falso caballero de Warwick…». Me dije que echando mano de la libreta negra podía volver a escribir y corregir esas páginas perdidas. En el fondo, Dannie tenía razón. Me daría casi la impresión de que las estaba copiando. A mano. Es lo que estoy haciendo ahora.

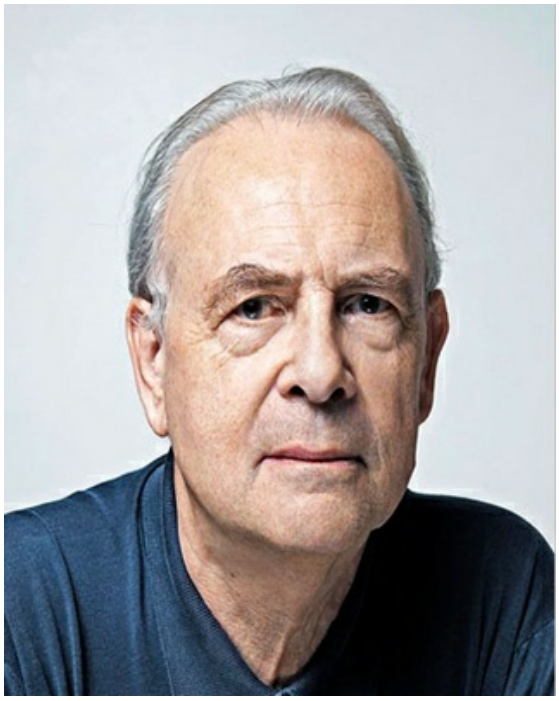
Dannie se había arrimado a mí y repitió en voz baja:

—No le des tantas vueltas, Jean…

Poco tiempo después, una mañana, me encontré un sobre que habían metido por debajo de la puerta de mi habitación:

> Jean:
>
> Me voy, y esta vez es probable que no volvamos a vernos hasta dentro de mucho. No te digo adónde voy porque no lo sé ni yo. No me encontrarás en ese sitio al que me voy. Estaré muy lejos y, en cualquier caso, no estaré en París. Si me voy es porque no quería meterte en líos.
>
> P. S. Te dije una mentirijilla que me pesa en la conciencia. No tengo veintiún años, como te dije. Tengo veinticuatro. Ya ves, dentro de poco seré vieja.

Había copiado esa carta de una novela antigua que habíamos comprado una tarde en los muelles. Todavía la oigo decirme: «No le des tantas vueltas, Jean…». El bosque de Boulogne, los paseos vacíos, la mole oscura de los edificios, una ventana encendida que nos da la impresión de que nos hemos olvidado de apagar la luz, o de que alguien nos está esperando aún… Tienes que estar escondida en esos barrios. ¿Con qué nombre? Acabaré por dar con la calle. Pero, a diario, el tiempo apremia y, a diario, me digo que otra vez será.



PATRICK MODIANO nace en Boulogne-Billancourt el 30 de julio de 1945.

Hijo de una actriz belga y de un hombre de negocios italiano, creció entre Jouy-en-Josas y la Alta Saboya. Las ausencias repetidas de sus padres le acercan a su hermano mayor, Rudy, que muere a la edad de diez años. Tras aprobar la selectividad, decide dedicarse plenamente a la escritura.

Sus primeras obras giran en torno a la ocupación nazi y el colaboracionismo (*El lugar de la estrella*, galardonada con el Premio Roger Nimier y el Premio Fénéon, *La ronda de noche* y *Los bulevares periféricos*). En 1978 obtiene el Premio Goncourt por *La calle de las tiendas oscuras*, una novela en la que la Segunda Guerra Mundial, y en 1984 recibe el Premio de la Fundación Pierre de Mónaco por el conjunto de su obra. En castellano, entre otras, también se han publicado *Domingos de agosto, Viaje de novios, El rincón de los niños, Las desconocidas, Dora Bruder* y *Joyita*.

Aunque el reconocimiento cumbre de su obra no puede ser otro que el premio Nobel de Literatura 2014. La Academia sueca argumenta que concede el premio a Modiano *por su arte de la memoria con el que ha evocado los*

destinos humanos más difíciles de retratar y desvelado el mundo de la Ocupación.

Y es que, este gran autor, de una extremada sensibilidad, describe en sus ficciones la búsqueda de la propia identidad, que oscila entre el recuerdo desgarrador y la tentación de la amnesia benéfica.